

Serie época

*Prometido
Deseado*

(Hermanas Laurens 2)

Sophie Saint Rose

Prometido deseado

(Hermanas Laurens 2)

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Lady Bethany miró de reojo a su padre. El Conde de Keighley leía el periódico mientras se llevaba a la boca el tenedor. Observó como comía el jamón antes de cortar de nuevo otro pedazo. Ella se mordió el labio inferior y miró a su hermanastra que sentada a su lado le hizo un gesto con sus expresivos ojos verdes para que hablara con él.

Carraspeó enderezándose y apartó sus rizos castaños de su hombro algo nerviosa. — Padre...

—¿Si, niña? —preguntó distraído.

—Carlton, la niña quiere hablar contigo. Deja de leer —dijo su madrastra sentada a la derecha de su marido antes de cogerle el periódico de su mano para echarle un vistazo. La cara de indignación del Conde fue evidente, pero su esposa le guiñó un ojo seductora y se le olvidó enseguida.

—Padre...

—Oh, sí. —Miró sus ojos azules, que precisamente había heredado de él, teniendo toda su atención. —¿Qué ocurre, hija?

—Estoy esperando.

—Eso ya lo veo.

—No, que estoy esperando tu proposición. Porque a mí no me lo vas a imponer, pero acepto propuestas.

Su padre la miró sin comprender y esta gimió por dentro porque se estaba explicando muy mal. —Tengo ya la edad, padre. Cumpló dieciocho en dos semanas.

—¿Ya? —preguntó asombrado haciéndola gruñir.

—Sí.

—Cómo pasa el tiempo.

Eugenia suspiró. —Es cierto. Mira a Delia. Ya es toda una mujer.

—¡Madre! —Su hermanastra se sonrojó apartando un rizo moreno de la frente. —Que me avergüenzas...

—Qué tontería. Debo hablar con tu hermano sobre la temporada. El año pasado tuvimos que irnos cuando apenas habías debutado, pero este año no será así. Ya verás cómo encuentras el hombre de tus sueños.

Bethany miró a su padre ansiosa, pero estaba tan obnubilado por su esposa que parecía que no se había enterado de nada. —¡Padre!

La miró sorprendido. —¿Qué?

—¡Mi prometido!

—¿Qué prometido? —preguntó asombrado—. ¿No me digas que te han propuesto matrimonio? ¿Quién se ha atrevido?

—No, que dónde está mi prometido.

Su padre estaba totalmente perdido y le miró desilusionada. —No me lo has buscado.

—¿Buscado?

—Querido, como se lo has buscado a su hermana mayor, la niña quiere que le busques uno. Es que nunca te enteras de nada. —El Conde la fulminó con la mirada. —Cielito, no me mires así cuando es obvio lo que quiere decir.

Carlton la miró entendiendo antes de volverse a su hija. —Le prometí a tu hermana que dejaría esa decisión en tus manos. —Carraspeó incómodo. —Aunque tengo que darle el visto bueno.

—No le prometiste eso. ¡Lo del visto bueno no se dijo en ningún momento!

—¡Pero se lo tengo que dar!

Bethany chasqueó la lengua como tenía por costumbre y le miró de reojo. —¿Así que no tienes ningún candidato? ¿Nadie?

Su padre suspiró. —Pues ya que lo dices sí que tenía. —Las tres se adelantaron mirándole fijamente. —Pero se casó hace dos meses. No me dio tiempo a proponerle nada.

—Vaya... —susurró Delia.

Decepcionada se encogió de hombros. —Bueno, ya buscaré yo algo. ¿Puedo levantarme?

Su padre vio la decepción en su rostro y asintió. —Sí, hija. Puedes retirarte.

Delia se levantó con ella y ambas salieron en silencio del comedor. Eugenia le fulminó con la mirada.

—No hace falta que me mires así. ¡Se lo prometí a Belinda!

—¡Belinda está muy bien casada! Seguro que ahora no protesta tanto por el marido que le ha tocado en gracia.

—¿Que sea tu hijo no tiene nada que ver con esa opinión? —preguntó divertido.

—¿Te atreves a decir que no son el uno para el otro?

—No, por supuesto que no. Acerté de pleno.

—Pues eso es lo que quiere tu otra hija. ¡Qué aciertes!

El Conde pensativo se quedó mirando la puerta. —Bethany está de acuerdo. No puede protestar al respecto.

Eugenia sonrió de oreja a oreja. —¿Ves? Tienes medio camino ganado. No se negará en redondo como tu otra hija.

En ese momento se escuchó un portazo y vieron que Belinda llegaba con cara de mal humor. —Uy, esta ha discutido con Daniel —susurró su esposa.

El Conde forzó una sonrisa. —Qué sorpresa, hija. ¿Cómo está mi nieto esta mañana?

Les miró con los ojos como platos antes de chillar saliendo de casa a toda prisa. —Se ha vuelto a dejar el niño en el carruaje —dijo Eugenia como si fuera un desastre.

—¡La niñera está con él! ¡Y tiene muchas cosas en la cabeza!

En ese momento entró su hija con su nieto en brazos refunfuñando sobre que la niñera parecía un fantasma que nunca abría la boca. Forzó una sonrisa. —Aquí está el pequeño Daniel.

Los abuelos se levantaron de inmediato y Eugenia lo cogió en brazos. —Cada día está más grande. —El niño los miró con sus ojos azules como platos y pareció reconocerles porque soltó un gorgorito. El Conde se echó a reír asustándole mientras Eugenia con cariño le quitaba un rizo moreno de la frente. —Es igualito a mi hijo. Por cierto, ¿dónde está?

Gruñó sentándose a la mesa y haciéndole un gesto al mayordomo. —Un té.

—Enseguida, Marquesa.

Los abuelos hicieron una mueca antes de mirar a Belinda. —Se va a Boston —dijo dejándoles de piedra.

—¿Perdón? —preguntó su padre—. ¡Me dijo que viviría aquí! ¡Era una de las condiciones del compromiso!

—Pretende vivir aquí, pero ahora se va a Boston. Negocios —siseó—. ¡Y no puedo ir!

—¿Cómo que no puedes ir?

—Se lo dije, pero él nada, que no me hace caso como siempre —dijo como si no estuvieran delante—. Le avisé. ¡Fui muy clara, pero no me creyó y concertó las reuniones! ¿A quién se le ocurre?

Su padre se sentó en la cabecera de nuevo. —Hija, no te entendemos.

Un mechón de su cabello rubio platino se soltó de su recogido como siempre y su padre sonrió. —Empieza por el principio.

—Estoy en estado otra vez.

Sus padres gritaron de la alegría y ella gruñó cogiendo a su niño de brazos de su suegra o madrastra, lo que fuera.

—¡Sí, vosotros alegraros, pero yo me quedo aquí en Londres muerta del asco!

—¿Por eso estás enfadada? Cielo, con el niño tan pequeño no debes viajar. Aunque no estuvieras esperando otro no te irías de la ciudad —dijo Eugenia con los ojos brillantes de felicidad—. Otro nieto, qué alegría. Los hijos son un regalo del señor.

El Conde hinchó el pecho orgulloso. —Qué hija tengo. Va a tener doce por lo menos.

Le miraron como si estuviera mal de la cabeza y se sonrojó. —No me miréis así, el niño apenas tiene tres meses. ¡Es muy capaz!

Belinda estaba preocupada y su suegra se sentó a su lado. —Todo estará bien.

—¿Cómo va a estar bien si no va a estar conmigo? —Sus preciosos ojos azules se llenaron de lágrimas cuando escucharon otro portazo.

—Aquí llega mi yerno.

—¡Belinda!

Vieron como furioso llegaba a la puerta del comedor y la miraba fijamente antes de apretar los labios al ver su estado. No levantaba la vista de su hijo y el Marqués se acercó lentamente. —Madre, ¿puedes coger al niño un momento?

Eugenia se lo cogió de los brazos con delicadeza y Daniel se agachó a su lado cogiendo las manos de su esposa. —Preciosa...

—No se me va a quitar el enfado.

—Y lo entiendo. —Le miró sorprendida. —Pero tengo responsabilidades y debo ir. —Acarició su mejilla borrando una lágrima con el pulgar. —El próximo año iremos juntos a Boston y lo pasaremos estupendamente.

—¿Me lo prometes? —preguntó mirando sus increíbles ojos verdes.

—Te lo prometo. —Se acercó y la besó en los labios suavemente. —Ahora desayuna que casi no has probado bocado en casa. ¿Jeremy?

—Enseguida, Marqués.

El Conde le dio una palmada en la espalda. —¡Felicidades, hijo!

Daniel sonrió. —El mérito no es sólo mío.

—Esta vez será niña —dijo mientras el lacayo le servía un plato lleno de todo lo que le gustaba.

—Una preciosidad rubia de ojos verdes —dijo su suegra ilusionada.

—Estáis aquí —dijo Bethany desde la puerta. Corrió hasta el niño y lo cogió de manos de Eugenia—. Hola Daniel. Soy la tía Bethany. ¿Te acuerdas de mí? Nos vimos ayer. —Se agachó y le dio un beso en la mejilla a su hermana. —Belin, cada día está más guapo.

—Ha salido al padre —dijo Eugenia orgullosa haciéndola chasquear la lengua.

—¿Cómo va todo? —preguntó su hermana mayor sin importarle sus modales.

—No me lo ha buscado.

Belinda dejó caer el tenedor de golpe antes de mirar a su padre. —¿Vas a respetar tu promesa?

—¡Por supuesto que sí!

—¿Sin ninguna triquiñuela o trampa? ¿No le vas a pasar a tu candidato por los ojos hasta que claudique?

—¿Pero por quién me tomáis? —La familia levantó las cejas y el Conde tuvo la decencia de sonrojarse. —¡Pues no! ¡Pensaba dejarle la elección a tu hermana! ¡La verdad es que no hay quien os entienda! ¡Elijo a tu marido y soy un monstruo, dejo la elección a tu hermana y parece que no me interesa! ¿Queréis aclararos?

Daniel se echó a reír sentándose a la mesa. —Carlton, ¿te lo ponen difícil?

—¡Qué te voy a contar a ti que no sepas ya!

—Sí, suegro... No me lo cuente que lo sé de sobra —dijo mirando a su esposa como si fuera lo mejor del mundo y esta se sonrojó de gusto.

—Así que no hay candidato. —Los ojos de Belinda brillaron. —Tendremos temporada.

—Doble temporada porque también tenemos que casar a Delia —dijo Eugenia ilusionada. Miró a su alrededor—. Por cierto, ¿dónde está?

—Pintando —respondió Bethany antes de abrir los ojos como platos hacia su sobrino—. ¿Dónde está lo más bonito del mundo? ¿Dónde?

El niño soltó un gorgorito y todos sonrieron.

—¿Ves, preciosa? Estarás entretenida. Antes de darte cuenta ya estaré de vuelta.

—Sí, hija. Tienes que aprovechar la temporada ahora que todavía no se te nota. —dijo su padre satisfecho—. ¿Por qué no te mudas aquí mientras tanto? Así no estarás tan sola en esa enorme casa y el niño estará atendido por Portia que le adora. Ella os crio a vosotras y sabe lo que hace.

Belinda miró a su hermana que estaba totalmente enamorada de su sobrino y asintió sin dejar de masticar.

—Necesitamos un vestuario nuevo. —Todos miraron a Eugenia que se sonrojó ligeramente. —Tenemos que estar a la altura.

—Menudo regalito me hiciste, yerno —dijo el Conde por lo bajo—. Va a acabar con la herencia de mis hijas. Empiezo a pensar que me hizo un lío para atraparme. Seguro que tú no eras tan permisivo.

La Condesa jadeó indignada y Daniel se echó a reír. —Ahora no puedes arrepentirte. Y tienes razón, no lo era porque casi ni me veían. —Su esposa le miró entrecerrando los ojos. —

Cosa que no va a pasar en nuestro matrimonio, preciosa.

—¡Más te vale! ¡Te quiero aquí cuanto antes o si no ya sabes lo que puede ocurrir!

—Belinda... ¡ni se te ocurra subirte a un barco, que la tenemos!

Bethany suspiró. —Padre, ¿seguro que no hay por ahí algún candidato que no hayas recordado? ¿Alguno que no te pareciera mal del todo?

—¿Ahora a qué viene tanta prisa?

Se puso como un tomate y todos la observaron sonrojándola. Miró a su sobrino. —Quiero uno de estos. Quiero muchos. —Chasqueó la lengua antes de mirarlos. —Y uno como Daniel también me vale, padre. ¿No hay nada por el estilo que esté disponible?

—Gracias, cuñada —dijo divertido.

—He llegado a ver tu lado bueno. Era difícil de encontrar, pero me he esforzado mucho.

—Es un alivio.

El Conde reprimió la risa. —No, hija. Como nuestro Daniel no hay nadie, pero déjame echar un vistazo a esta temporada. Igual... —De repente se quedó mirando al vacío y todos se miraron los unos a los otros.

—¿Carlton? —preguntó su mujer preocupada.

Belinda dejó el tenedor atenta a su padre y a Bethany se le cortó el aliento. Ambas hermanas se miraron antes de echarse a reír.

—¿Qué ocurre, querido? —preguntó Eugenia preocupada por su marido.

Bethany la miró ilusionada. —Lo tiene. ¡Tiene un candidato!

Delia, Belinda y Bethany estaban ante el despacho del Conde intentando escuchar algo, porque en cuanto su padre había puesto esa cara había dicho a su yerno que fueran al despacho y

llevaban allí encerrados varios minutos.

—¿Oís algo? —preguntó Eugenia sobresaltándolas.

—No —respondió su hija.

Portia pasó tras ellas con el niño en brazos. —¿Se sabe algo?

—No —respondió Belinda a su doncella de toda la vida hasta que se había casado—. No se escucha bien. —La risa de su marido al otro lado la sorprendió y pegó la oreja a la puerta.

—Que se ría no es bueno —dijo Bethany preocupándose de veras—. ¿A ver si por presionar a padre vamos a meter la pata?

—Tienes que darle una oportunidad. Ya lo habíamos hablado. Mira lo bien que me ha ido a mí. Y calla que no me entero de nada.

Chasqueó la lengua pegando la oreja como su hermana y Delia que había ido corriendo cuando se había enterado estaba entre las dos aun con el pincel en la mano. —Ha dicho Duque.

—¿Duque? ¿Cómo que Duque? —preguntó Bethany sintiendo que se le salía el corazón antes de fruncir el ceño—. ¿Cómo voy a casarme con un Duque? ¿Yo?

—No ha dicho Duque, ha dicho aunque —replicó Eugenia.

Todas miraron a su derecha para verla con un vaso pegado a la pared. —¿Eso funciona? —preguntó Belinda.

—Claro que funciona —respondió la Condesa remilgada—. Hay que leer más, niñas.

—Nos gusta el método tradicional. —Su hija pegó la oreja de nuevo.

Bethany se mordió el labio inferior intentando escuchar algo. Y fue cuando su cuñado dijo claramente —Carlton lo vas a tener difícil, no es que lo conozca mucho, pero en los dos años que llevo viviendo en Londres apenas le he visto dos veces en el club. ¿Cómo le vas a abordar?

—Que diga el nombre, que diga el nombre —susurró Delia.

—Shuss —chistó Portia y todas miraron a su izquierda para verla sin soltar al niño con la

oreja pegada a la puerta. De repente se apartó de golpe mirándolas con los ojos como platos al igual que la Condesa que hasta dejó caer el vaso.

Belinda levantó una ceja. —Padre se va a enfadar. Ese vaso es italiano.

Bethany cogió del brazo a su hermana deteniéndola sin dejar de mirar los ojos castaños de Portia. —¿Lo has escuchado? —Su doncella asintió pálida. —¿Y?

—Niña...

—Habla de una vez —dijo Delia impaciente sin darse cuenta de que su pincel estaba pintando la puerta.

—El Duque de Cowlshaw —susurró Eugenia.

Todas se volvieron de golpe y la miraron sin comprender. —Así que es un Duque —dijo Delia encantada de la vida—. Felicidades, chica. Vas a ser Duquesa.

—Mi hermana una Duquesa —dijo Belinda soñadora—. Para que luego digas que padre elige mal.

Se sonrojó de gusto. Jamás, ni en sus mejores sueños pensó en ser Duquesa. Su hermana sí, por supuesto, que era mucho más hermosa que ella, pero lo único destacable de su físico eran sus ojos azules que depende de cómo le diera la luz podían parecer violáceos. El resto era muy normalito como para llamar la atención de un Duque nada menos. Ya podía ir olvidándose, porque él no la aceptaría.

Suspiró profundamente. —Bueno, ya puedo ir a la modista para que intente arreglarme un poco para la presentación.

Belinda jadeó. —¿No vas a darle una oportunidad? ¡Si no le has visto siquiera!

—Niñas... —dijo Eugenia apretándose las manos mientras Portia la animaba con la mirada.

—Claro que le daría una oportunidad, ¿pero yo Duquesa? Hay que ser un poco realista.

Puede que padre piense en dejarme mucho dinero, pero un Duque puede tener a quien quiera.

—¡Niñas!

Se volvieron hacia su madrastra que forzó una sonrisa. —Creo que tu padre no ha acertado esta vez, cielo. Sí, creo que es mejor ir a la modista y...

—¿Por qué? —Belinda puso las manos en jarras dando un paso hacia ella. —¡Mi hermana puede conseguir a quien quiera! ¿Por qué no él?

—Porque está casado.

—¿Cómo que casado? —Bethany no salía de su asombro. —¿Cómo va a estar casado si es un candidato de padre? ¿Acaso no sabe que se ha casado?

—Claro que lo sabe, como lo sabe toda Inglaterra. El Duque perdió a su mujer en una cacería. No hubo rastro de ella. La buscaron por media Inglaterra y parte de Escocia. Por eso Portia sabe de ella.

Las chicas se volvieron hacia su doncella que asintió. —Estuvo en Laurens Hall hace como unos cinco años buscándola por la zona. —Miró a Belinda. —Tú estabas de visita en casa de Lady Hudson en Bath pasando varios días y tu hermana estaba en la escuela. Es un hombre... Me puso los pelos de punta y yo no soy nada asustadiza, ya lo sabéis.

—Oh, pero esa está muerta —dijo Bethany como si nada haciendo que todas la miraran espantadas—. ¡Vamos, es lo que estáis pensando todas!

—Claro que sí —dijo Eugenia—. ¡Pero aún está casado ante la ley!

—¿Y cómo se llama el presunto viudo? —preguntó Delia intrigada—. Porque Diabolo ya tenemos a mi hermano.

—Casi... —Todas dieron un paso hacia Eugenia. —Un nombre que procede de aquel que asesinó a su hermano por celos. —A todas se les cortó el aliento. —Kayne Robert Furburgh.

Bethany sonrió soñadora. —Se llama Kayne. Me gusta. —La miraron como si estuviera

loca. —¿Qué? ¡Cain también fue el primogénito de Adán y Eva! ¡Mira que sois negativas! ¡Y él no mató a su mujer por celos! ¡Se perdería la buena señora y ya no supo cómo regresar a casa! ¡Pasa mucho! —Se cruzó de brazos levantando la barbilla. —La buscó. La buscó de manera incansable y si la hubiera matado para qué perder el tiempo.

—En eso mi hermana tiene razón. Si la hubiera matado él...

En ese momento se abrió la puerta y todas miraron al Conde impacientes. —Hija, he tomado una decisión. Voy a tantear el terreno con cierto candidato y ya te contaré algo.

Sonrió radiante. —¡Gracias, gracias! —Se acercó y le abrazó muy contenta antes de besarle en la mejilla. —¡Necesito vestidos nuevos!

Su padre se echó a reír. —Sí, mi niña. Ve y diviértete.

Delia se cruzó de brazos. —¿Eso significa que ya no se presentará este año?

—Claro que sí. Si esto fructifica quiero un cortejo como Dios manda. Quiero que se conozcan primero, que luego pasa lo que pasa.

Belinda se sonrojó recordando su accidentado noviazgo viendo a su marido tras su padre que le guiñaba a un ojo. —Cariño, necesito una siesta.

Todos la miraron como si estuviera loca. —Pero si son las diez de la mañana —dijo su hermana asombrada—. ¿Estás bien?

—Es el embarazo. Ya te enterarás, ya. ¿Daniel?

—Sí, preciosa. Estoy aquí. Sí parece cansada —dijo comiéndosela con los ojos cogiéndola por la cintura para llevarla hasta la puerta.

Totalmente enamorados salieron de la casa del Conde y Eugenia chasqueó la lengua. —Se dejan al niño.

—Es para que pase más tiempo con nosotros —dijo su padre defendiéndola como siempre—. ¡Además tienen que pasar tiempo juntos antes de que tu hijo se vaya a América!

—Sí, por supuesto —le apoyó Bethany—. Y padre, ¿es un buen partido?

Hinchó el pecho orgulloso. —Te vas a quedar con la boca abierta.

Capítulo 2

Quince días después muy nerviosa se apretó las manos yendo hacia el despacho de su padre. Tomó aire y llamó a la puerta dos veces. —Pasa, hija.

Sonrió entrando en el despacho y levantó una de sus cejas castañas impaciente. —¿Ya has hablado con él, padre?

—Por supuesto. Siéntate, hija. Tengo que hablar contigo.

Muy ansiosa se sentó mirándole fijamente con sus ojos azules que en ese momento estaban algo violáceos de la emoción. —Dime. ¿Ha dicho que sí?

—Vendrá a cenar esta misma noche para que os conozcáis.

—¡Esta noche! —chilló levantándose—. ¡Padre queda muy poco para que me arregle!

El Conde reprimió la risa. —Tranquila, debo hablar contigo primero de varias cosas.

—Sí, por supuesto. —Se sentó de nuevo. —¿Pero está de acuerdo?

—Está muy interesado en la propuesta, pero por supuesto quiere conocerte.

—Por si soy fea.

—¡Mis hijas son muy hermosas! ¡Cómo iba a pensar eso!

—Padre, no me ha visto nunca. Sería lógico ya que me estás buscando marido.

—Pues sus dudas se resolverán esta noche. De todas maneras el acuerdo económico le parece muy bien.

—¿Acuerdo económico? —preguntó extrañada.

Su padre carraspeó. —Ya sabes que esto son cosas de hombres, pero como se trata de tu

herencia, quiero que estés al tanto para que nada te tome por sorpresa en el futuro.

—Sé que heredaré todo lo que está relacionado con Londres mientras que Belinda heredará lo que tenemos en el campo.

—Exacto, de momento te corresponde esta casa, la casa de tu abuela que como sabes está alquilada y la propiedad de varios locales en Bond Street que dan muy buenos dividendos al año. Una renta muy sustanciosa. Serás rica, hija. Y por lo tanto tu marido también. Eso por no hablar del dinero que te corresponde que es una pequeña fortuna.

—Sí, padre —dijo impaciente—. ¿Pero él no es rico? Daniel es rico.

Su padre sonrió. —Por supuesto que es rico y precisamente por eso no busca una mujer pobre.

Frunció el ceño. —Pues menuda tontería. Si es rico podría buscar a la mujer que quisiera, que no va a dormir con los billetes.

El Conde se sonrojó. —¡Hija, esa lengua! ¡Le he dicho que eres una dama con todas las letras, educada en los mejores colegios, así que no me dejes mal que me voy a enfadar!

Chasqueó la lengua. —¿Cuándo te he dejado yo mal, padre? —Sonrió melosa. —Venga, cuéntame cómo es. ¿Es hermoso?

—¿Hermoso? —preguntó sorprendido.

—Atractivo para una dama. —Se tensó por la expresión de su padre. —¡No me digas que es feo! ¡A Belinda se lo buscaste muy atractivo!

Parpadeó como si le hubiera dado la sorpresa de su vida. —Bueno, hija... no es feo si me lo preguntas. Pero yo no me fijo en esas cosas.

—Pues hay que fijarse, padre. Hay que fijarse.

—Es el candidato adecuado. Te va a dejar impresionada.

—Sí, eso ya me lo has dicho. —Sonrió radiante. —Estoy deseando conocerle.

—Ve a ponerte hermosa para la cena. Quiero que le dejes con la boca abierta.

Soltó una risita. —Lo intentaré.

Ilusionada salió del despacho de su padre casi corriendo. Seguro que era muy atractivo, pensó mientras subía los escalones. Lo que pasaba es que su padre a esas cosas no le daba importancia. Se detuvo ante la puerta de la habitación del Conde escuchando tararear a su reciente esposa. Pues él sí que la había escogido hermosa. Chasqueó la lengua. Como no fuera guapo la iban a oír. Vaya si la iban a oír.

Bajó veloz las escaleras sujetando su vestido blanco con rosas en el bajo y las bajó tan aprisa que sus rizos castaños, recogidos a un lado de la cabeza, se deslizaron cayendo tras su hombro. Llegó casi sin respiración a la puerta del salón donde esperaba su familia.

Belinda sentada en el sofá al lado de Delia levantó una ceja. —¿Qué haces con tu vestido de presentación?

—Si todo sale bien esta noche ya no lo voy a necesitar y pienso lucirlo. —Soltó las faldas y se dio una vuelta. —¿Cómo estoy?

—Hermosa —dijo su padre orgulloso acercándose y ofreciéndole el brazo para acompañarla hasta el sofá donde estaba Eugenia con una copita de jerez.

—Gracias, padre. ¿Tardará mucho?

—Seguro que está al llegar.

Sentada forzó la sonrisa. —Estoy algo...

—¿Nerviosa? —preguntó su hermana con ironía.

—Pues sí. ¿Te recuerdo cómo estabas tú cuando conociste a tu prometido?

Se sonrojó ligeramente. —Es que me pilló por sorpresa.

En ese momento escucharon un coche de caballos entrando en la casa y Eugenia emocionada cogió su mano. —Ya está aquí.

—Seguro que es de tu agrado —dijo Delia amablemente—. Ya verás como sí.

El Conde se estiró la chaqueta de su traje de noche. Enderezó la cabeza recorriendo el salón con la mirada asintiendo y su esposa sonrió de gusto porque acababa de dar el visto bueno. —Querida, la cena...

—Todo está preparado.

Las hijas se miraron reprimiendo la risa porque sabían que no le gustaba quedar mal con sus invitados. De hecho se enfadaba muchísimo si algo salía mal.

Jeremy llegó al salón y agachó la cabeza ligeramente. —Marquesa, Conde, Condesa, miladies... El Conde de Packett.

Un hombre rubio con cara de sentirse muy incómodo forzó una sonrisa. —Conde, es un placer estar en su casa.

Bethany frunció el ceño levantándose como las demás que también estaban de lo más confusas mientras su padre se acercaba a darle la mano. —Bienvenido, bienvenido. Ven que te presente a mi familia.

Ella miró a su madrastra. —¿Hay más invitados? —susurró.

Eugenia se sonrojó. —Sólo un cubierto más. Eso es lo que me dijo.

Jadeó llevándose la mano al pecho cuando ante ellas apareció aquel desconocido con una agradable sonrisa. —Mi esposa.

—Es un verdadero placer, Condesa —dijo cogiendo su mano.

—Mucho gusto, Conde —contestó confusa.

—Ella es mi hija menor, Laurence. Lady Bethany.

La miró fijamente y cogió su mano agachándose para besarla sin dejar de mirarla con sus

bonitos ojos castaños. —Es un verdadero honor.

Se sonrojó de gusto, pero apartó la mano de golpe dejándole algo confuso. —Conde, espero que disfrute de la velada.

Él sonrió más tranquilo. —Estoy seguro de que me encontraré muy a gusto.

Su padre hinchó el pecho orgulloso. —Ven, aquí está mi hija mayor. La Marquesa de Rushford.

—Marquesa es un placer conocerla. Tuve el gusto de conocer a su esposo hace unos días en el club.

—Oh, el placer es mío. Bienvenido —farfulló con evidente confusión.

—Muchas gracias.

—Y ella es mi hijastra. La hermana de Daniel. Lady Delia.

—Me han dicho que es una artista de gran talento. —Delia se sonrojó de gusto tendiendo su mano.

—Gracias, milord. Es muy amable.

—Espero tener la oportunidad de ver su obra.

—Belinda también pinta.

La aludida levantó una ceja. —En mí es una afición, querida. En ti es arte con todas las letras.

Su hermanastra se sonrojó sentándose de nuevo y el Conde sonrió. —Encantadora.

—¿Un jerez, Laurence? ¿Jeremy? Jerez para todos.

Bethany sin salir de su asombro se inclinó ligeramente hacia su madrastra. —¿Qué está pasando aquí?

—No tengo ni idea. Habrá cambiado de opinión.

—¡O habréis escuchado mal!

Gimió a su lado. —Eso también puede ser.

La fulminó con la mirada. —Pues en esto no hay que equivocarse, hermosa. ¡Qué es mi futuro del que hablamos!

—Shusss.

Miró hacia los hombres y se sonrojó al darse cuenta de que la observaban. —Hace una noche buenísima, ¿verdad? —preguntó sonriendo como una loca.

El Conde frunció el ceño. —Va a nevar.

—¿De veras? Pues aquí hace calor.

—Este año se ha adelantado el invierno —dijo el Conde preguntándole con la mirada de qué hablaba. Se encogió de hombros. ¡Dios, aquello no podía estar pasando! No es que el Conde fuera inadecuado. Era... normalito. Bueno, para ser justa era atractivo, pero no de esa manera arrolladora que esperaba. Nada que ver con lo que su hermana había sentido cuando conoció a su hombre, que la había dejado temblando desde que sus ojos coincidieron por primera vez. Al principio puede que todos pensarán que era de miedo, pero el tiempo había demostrado que la atracción había existido desde el principio. Ella miraba al Conde y pss... Se quedaba tal cual. Nada de palpitaciones, de ponerse nerviosa o de que le alterara la respiración. Y si eso no pasaba aquello no iba nada bien. ¿Dónde estaba su Duque? Se mordió el labio preocupada mirando la alfombra mientras le daba vueltas. Puede que no quisiera casarse con ella. O que su padre cambiara de opinión y hubiera buscado un sustituto. También puede que siguiera amando a su huidiza esposa y no quisiera seguir adelante.

—Hija, ¿por qué no le cuentas al Conde lo bien que se te da organizar la casa?

Levantó la vista con los ojos como platos. ¿Organizar la casa? ¡Si no lo había hecho nunca! Antes lo había hecho Belinda y afortunadamente ahora lo hacía Eugenia. Y menos mal porque era un auténtico desastre en todo lo que tuviera que ver con las labores de la casa. Se sonrojó dispuesta a mentir como una bellaca. —Sé hacer de todo, milord. Nunca se sabe cuándo

se puede necesitar. En la escuela hasta me enseñaron a cocinar.

Belinda dejó caer la mandíbula. —¿De veras? Pues la señora Hamilton no me lo dijo nunca.

La miró levantando las cejas. —Claro que sí. Lo que pasa es que no lo recuerdas.

Al darse cuenta Belinda jadeó. —Oh, sí. Vaya memoria tengo últimamente. —Se echó a reír. —Con decirle que esta mañana me dejé el paraguas en la sombrerería.

—Como si eso fuera lo más grave que se te ha olvidado —dijo su madrastra con ironía.

Belinda la miró con rencor. —No se nos olvidó. ¡Lo hicimos a propósito para despedirnos en condiciones! ¡Le hice un gesto a Portia con la mirada antes de irme! ¡Oh por Dios, sólo se me olvidó una vez en el carruaje! ¡Vale, fueron dos veces y estaba con la niñera! Si fuera Portia saldría detrás de mí, pero la otra no hace nada si no se lo ordeno. No es que olvide, olvide a mi hijo. ¿Cómo voy a olvidar al amor de mi vida? ¡Es que olvido ordenarle a esa sosa que salga y se queda allí sentada sin decir ni pío!

Su padre carraspeó. —Volviendo al tema —dijo antes de advertir a sus hijas con la mirada —. ¿Qué más te enseñaron, hija?

Entonces se le pasó por la cabeza que para qué diablos quería impresionar a ese hombre cuando no le interesaba en absoluto. —Oh, pues me enseñaron a pintar, pero no tengo talento en absoluto.

El Conde se echó a reír. —¿Y algo que se le dé bien?

—Pues... —Se mordió el interior de la mejilla como si lo pensara.

—Toca el piano estupendamente —dijo Delia intentando ayudarla.

—Bah, del montón —dijo haciendo un gesto con la mano para que no la tomara en cuenta.

Delia frunció el ceño y abrió los ojos como platos entendiendo. Negó con la cabeza para que no continuara, pero Bethany no le hizo ni caso. —Monto a caballo, aunque Belinda es mejor

amazona. Bordo, aunque Belinda lo hace mejor.

El Conde rio por lo bajo. —Al parecer su hermana es un dechado de virtudes.

Belinda se sonrojó. —No, Conde. Está exagerando.

—Belinda la crio cuando su madre falleció y es un referente para mi hija pequeña. Se adoran.

—Eso está muy bien porque la hará una madre entregada porque lo ha visto en casa.

—¿Yo? —preguntó con los ojos como platos.

—Sí, hija. Le he dicho al Conde lo que te gustaría ser madre. A mi nieto le adora. Siempre está con él en brazos.

El Conde la miró con otros ojos como si le gustara lo que veía y ella gimió por lo bajo. Giró la cabeza hacia su hermana para que le echara una mano y la Marquesa dijo —Conde, cuéntenos algo de usted. ¿Sus padres aún viven?

—Sí, el Duque y su esposa están en nuestra casa de campo de Devon.

—Creo que no tengo el gusto de conocerles. —Soltó una risita. —Aunque no es de extrañar porque desde que visité Londres por primera vez casi no he asistido a fiestas.

—Pues es una pena, Marquesa.

—Mi marido es más de quedarse en casa.

—Además has tenido al pequeño Daniel —apostilló su padre—. Un futuro Marqués con todas las letras.

Todos se echaron a reír y el Conde también. —Se le nota orgulloso y no es para menos.

—Y dentro de poco llegará otro.

—¡Padre!

El Conde sonrió. —Felicidades, Marquesa. Espero que todo salga maravillosamente.

—Gracias, Conde.

—Si no es indiscreción preguntar, ¿el Marqués se encuentra en el campo?

Bethany entrecerró los ojos porque parecía muy interesado y su hermana dijo con una sonrisa —Ha tenido que ir a Boston para encargarse de sus negocios allí.

—Es una pena que no hayamos coincidido. Me interesaría conocer cómo se abrió camino en Boston. Tengo entendido que hizo fortuna allí.

—Mi hijo es un trabajador incansable, Conde —dijo su madre orgullosa—. Se dejó la piel para sacar a su familia adelante.

—Admirable.

Todos sonrieron, pero Bethany siguió mirándole sin disimular su desconfianza. Ese quería los contactos de su cuñado para abrirse camino en Boston. Eso era obvio hasta para el más ciego. Chasqueó la lengua. Al parecer su fortuna no era suficiente para el Conde. Quería más. El dinero debía ser muy importante para ese hombre y eso no le gustaba. No le gustaba nada. Su padre no había dado ni una en esa ocasión.

Jeremy apareció en la puerta y agachó la cabeza. —Condesa, la cena está lista. Cuando gusten pueden pasar al comedor.

—Oh, pues no perdamos el tiempo —dijo Bethany levantándose de golpe, aunque no habían terminado su jerez. Se sonrojó por la mirada de su padre—. La cena no debe esperar.

—Hija, no hay prisa. —Eugenia la cogió por el brazo sentándola de nuevo. —Enseguida vamos.

Gruñó por dentro mientras su padre carraspeaba. A punto de hablar Delia preguntó —¿Tiene hermanos, Conde?

—No, soy hijo único.

Un niño mimado, además. Cada vez le gustaba menos. Se cruzó de brazos y Eugenia levantó una ceja haciéndola separarlos en el acto enderezando la espalda.

—Mi padre se ha casado cuatro veces y sólo tuvo suerte una vez.

—¿Cuatro veces? —preguntó sin poder evitarlo.

El Conde sonrió. —Sí, no ha sido afortunado en el amor. Se le morían antes del año.

Eso le puso los pelos de punta y asombrada miró a su hermana que se encogió de hombros.

—¿De enfermedad? —preguntó Eugenia algo incómoda.

—Desafortunados accidentes. Esperemos que la actual Duquesa le dure algo más. Sólo llevas seis meses casados.

—Pobre mujer —susurró recibiendo un codazo de su madrastra.

—Vaya —dijo Belinda forzando una sonrisa—. Crucemos los dedos.

El Conde se echó a reír. —La Duquesa dice que romperá la maldición.

—¿Maldición? —preguntó el Conde horrorizado.

—Sí, la maldición de los Packett. —Levantó una ceja. —¿No lo han escuchado nunca?

Todos negaron con la cabeza con los ojos como platos. —Es una tontería. Hace unos cien años una gitana entró en nuestras tierras y el Conde la echó de allí. Dice que tuvo una relación con ella, pero yo no me lo creo —dijo con altanería—. El hecho es que los aldeanos escucharon que lanzaba una maldición y le gritó al Conde que jamás un Packett sería feliz con su mujer porque estas no vivirían lo suficiente.

Bethany tensó la espalda mirando a su padre que se encogió de hombros.

—¿Y lo que le pasa a su padre, ha ocurrido antes? —preguntó su hermana frunciendo el ceño.

—Oh, pero han sido casualidades...

Como si nada bebió de su copita y su padre preguntó —¿Cómo casualidades? ¿De cuántas casualidades estamos hablando? ¿Alguna murió de vieja?

Laurence lo pensó antes de echarse a reír. —Pues ahora que lo pienso...

—¡Piénselo, piénselo, que mi niña no se va a jugar el cuello! —exclamó su padre asombrado—. ¡Esto no me lo había dicho!

—¿Padre? —preguntó Bethany como si estuviera asustada.

—Un momento, hija... que estoy esperando una respuesta.

—Bueno, en algún momento hay que morir. Les llegó su hora.

Las mujeres jadearon horrorizadas. —¿Carlton? —chilló la Condesa a su marido levantándose.

—Sí, cielo... —Cogió del brazo al Conde que aún con la copa en la mano le miró sorprendido. —Venga conmigo.

—Conde, no sé lo que se imagina, pero le aseguro...

—¡No me asegure nada, milord! —Se detuvo mirándole furioso. —¡Dios sólo me ha dado dos hijas! ¡Y mi deber es cuidarlas hasta el día en que me muera! —Belinda y Bethany sonrieron de oreja a oreja. —¿Cree que pienso poner en peligro a mi sangre? ¿Es que se ha vuelto loco? ¡Ahora entiendo que aceptara el trato tan rápido! ¡Nadie se quiere casar con usted!

—Menuda mentira. ¡Me siento ofendido!

Belinda se levantó de golpe. —Perdón, ¿qué ha dicho?

—¡Se me ha insultado! —gritó desde el hall.

Los Laurens mirándole como si quisiera matarle dieron un paso hacia él que carraspeó dando un paso atrás. —No se le ha insultado, milord —dijo Bethany sonriendo maliciosa—. Mi padre ha dicho la verdad basada en su relato.

—¿Cómo va a sentirse ofendido por eso? —preguntó Delia suavemente.

—No sería lógico —apostilló la Condesa.

La Marquesa levantó una de sus rubias cejas. —Aunque si quiere reparación estaré gustosa de enfrentarme con usted en el campo del honor.

—Lo mismo digo —dijo Bethany.

—No hace falta, hijas. Con este no tengo ni para empezar. —Dio un paso hacia el Conde y en sus ojos se veía que tenía ganas de matar. Laurence perdió el color de la cara retrocediendo. — Cuando quiera y como quiera, Conde. Pero debo advertirle que si se empeña en su desafío, mis hijas no pararán hasta ver como se desangra lenta y dolorosamente hasta perder la vida. Los Laurens somos así. Es nuestra tradición familiar. ¿No lo había escuchado nunca?

—Algo había oído. Su padre...

—Exacto. El coronel no tenía buenas pulgas. ¡Y el abuelo menos!

—Padre no hables de pulgas que se me revuelve el estómago —dijo Bethany recorriendo el hall y abriendo la puerta—. Fuera.

El Conde jadeó viendo como levantaba la barbilla orgullosa. —¡Me voy con mucho gusto! ¡Jamás emparentaría con una familia como la suya!

—Por supuesto que no. Tenemos mejor gusto, caballero. —Le cerró la puerta en las narices y puso los brazos en jarras. —Padre, ¿dónde está mi Duque?

Su padre parecía no saber de qué estaba hablando. —Sí, padre... creíamos que el candidato era el Duque de Cowlshaw.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿El Duque de Cowlshaw? ¿De dónde habéis sacado esa...? —Miró a su mujer ofendido. —¡Habéis escuchado a escondidas cuando hablaba con Daniel!

—Querido, eso es obvio.

—Pero no se escuchaba bien —dijo Delia divertida—. Aunque eso creo que lo acabamos de descubrir con la visita de ese estúpido.

—¡No te vas a comprometer con el Duque! ¡Hablabas con Daniel de otra cosa después de comentarle quien era tu prometido!

—Ahora entiendo sus carcajadas —dijo molesta—. ¿Y de qué hablabais? —preguntó Bethany de lo más interesada.

—¡Daniel quiere comprarle unas tierras a las afueras de Londres para construir unas fábricas! ¡Me preguntó si le conocía porque quiere esa ubicación exacta!

—¿Y le conoces? —Las mujeres dieron un paso hacia él inquisitivas.

Carlton negó con la cabeza. —¡Ni hablar! ¡Qué se os vaya quitando esa idea de la cabeza! ¡Él sí que tiene algo que ver en la desaparición de su esposa!

—¿Qué sabes de eso, padre? —preguntó de lo más interesada.

Bufó exasperado antes de decir —¡Jeremy la cena!

—Enseguida, Conde.

Todas corrieron tras él y vieron cómo se sentaba en la cabecera. Impacientes se sentaron a la mesa. Pero Bethany le miraba fijamente y él entrecerró los ojos. —¡He dicho que no!

—¡Ya me había hecho ilusiones! ¡No puedes dármelas y robármelas! —exclamó Bethany enfadada.

—¡Bethany a tu habitación!

—Ya empezamos —dijo Belinda por lo bajo antes de sonreír—. Padre, es más cabezota que yo y sabes que lo de la habitación no funciona.

Carlton gruñó cogiendo su copa que aún estaba vacía. —¡Jeremy, dónde está el vino!

—De inmediato, milord. —Le dio un empujón al lacayo porque cuando el Conde se enfadaba rodaban cabezas.

—Querido, tampoco puede ser para tanto. —Eugenia sonrió dulcemente. —¿Es atractivo?

—¿Rico? —preguntó Delia.

—¿Tiene mal carácter como mi esposo? —Belinda se inclinó esperando su respuesta.

—¡Mi hijo no tiene mal carácter, niña!

—Sí, tú sigues ignorando la verdad.

En ese momento llamaron a la puerta y todos miraron hacia el hall para ver llegar al mejor amigo de Daniel que sonrió agradablemente. —Buenas noches familia. —Miró la mesa y vio un sitio libre. —Oh, ¿me estabais esperando?

—Sí, mi querido Barry. Siéntate, siéntate —dijo la Condesa encantada.

Delia sonrió cuando se sentó a su lado y tocó su brazo llamando su atención. —Estamos interrogando al Conde.

Él la miró con adoración. —¿Sobre qué?

—Sobre el Duque de Cowlshaw.

Barry parpadeó sus ojos castaños antes de mirar al Conde. —¿Y hay alguna razón en especial?

—Creían que era mi candidato para la niña —dijo antes de beberse su copa de golpe.

—Oh... Que el Conde no...

—Ese mata-mujeres —siseó el Conde con rabia.

—Padre, olvídale. ¿Sobre el Duque? —preguntó Bethany impaciente.

—¿Por qué no le preguntas a Barry? Ahora le conoce mejor que yo.

Todas le miraron y él se sonrojó ligeramente. —Bueno, he tenido que tratar con él sobre unas tierras. Esta semana mismo me he reunido con él dos veces para...

—¿Cómo es? —le interrumpió Delia.

—Bueno, es... Alguien duro para los negocios. Sabe muy bien lo que cuestan sus tierras. Nos costará conseguirlas a un buen precio. —Las mujeres pusieron los ojos en blanco y frunció el ceño. —¿Por qué no sois más específicas? ¿Qué queréis saber?

—¿Es atractivo? —preguntó Eugenia.

—Mujer, ya lo has preguntado dos veces —dijo su marido mosqueado.

Se sonrojó ligeramente. —Es que estoy segura de que la niña quiere saberlo.

—Sí, padre. Me interesa y mucho.

—Bueno, no soy quién para juzgarle en ese aspecto, pero sí creo que las féminas deben considerarle atractivo. Muy atractivo.

Bethany sonrió encantada. —¿De veras? ¿Es rubio como tú?

—Es moreno. Y sus ojos son negros. Debe rondar los treinta y es alto como yo. Me ha llamado la atención porque suelo ser el más alto, pero él no se queda atrás. Aunque es más musculoso. Tengo entendido que todos los días que está en Londres acude al club de esgrima y que es un espadachín excepcional. A veces se reta con el Duque de Stanford que como sabemos es una pareja dura de pelar y se comenta que están a la par en habilidades.

—¿Sabes algo más de él?

—Me costó mucho concertar una cita con él porque se pasa grandes temporadas en su finca del campo.

Miró a su hermana desilusionada. —¿No le gusta Londres?

—No le gusta relacionarse mucho con la gente. Supongo que la desaparición de su esposa tiene algo que ver. Cuando yo era joven se relacionaba con todo el mundo. De hecho en mi primer baile era el centro de atención porque se le consideraba un pretendiente deseado por todas las debutantes. Por supuesto, porque es rico y Duque, además. Su carácter cambió después. Se volvió huraño y algunos dirían que intratable. De hecho en estas reuniones me observaba de una manera que a veces ni recordaba para lo que había ido. Te mira de una manera que parece que traspasa el alma. No me extraña que eso incomode a sus iguales.

—¿Y qué sabes de su esposa? —preguntó Delia.

Él le sonrió. —Una dama muy hermosa. Creo recordar que era pelirroja y tenía unos bonitos ojos verdes.

—Lady Dafne se llamaba —dijo Eugenia asintiendo—. La recuerdo. Vine de visita desde

Boston y asistí a un baile. Era deslumbrante y muy hermosa. Desapareció ese mismo fin de semana en su casa de campo durante una cacería. Su caballo no regresó. No se hablaba de otra cosa. Por eso recordaba quien era el Duque.

—Así que era muy hermosa —dijo Bethany desilusionada.

—Mucho. —Barry gimió llevándose la mano al tobillo antes de mirar asombrado a Delia que le sonreía angelical. Él levantó sus cejas rubias interrogante, pero ella se hizo la loca colocando sus rizos morenos sobre su hombro.

—Padre, ¿por qué no le consideras un candidato adecuado para nuestra Bethany?

—¡Porque no me fio de un hombre tan hermético! Desde hace unos cinco años no hay quien hable con él. Casi todos han dejado de saludarle siquiera. ¡No quiero que mi hija sea una paria social!

Bethany pensó que igual precisamente era porque no tenía a alguien como ella a su lado y se había vuelto un amargado. Eso la hizo empeñarse mucho más en conocerle. —¿Y cuándo crees que podrás presentármelo, padre?

La miró como si le hubieran salido cuernos y se sonrojó ligeramente. —Te he oído, ¿pero no merece todo el mundo una segunda oportunidad?

—¡No!

—Pues el Pastor Raimond...

—¡Qué sabrá ese hombre! ¡Si tiene la nariz metida en las escrituras todo el maldito día! ¡Si su esposa se fuera de casa ni se enteraría! —Golpeó la mesa firmemente. —¡He dicho que no! Buscaré a otro candidato que no vaya matando esposas. Tranquila que...

Mientras su padre seguía hablando miró a su hermana y esta suspiró cogiendo la cuchara para empezar a comer el consomé de guisantes negando con la cabeza. Cuando su padre se empeñaba en algo, no había quien se lo quitara de la cabeza a no ser que hubiera una desgracia y recapacitara. Pero Bethany era igual de empecinada que él, así que el conflicto estaba asegurado.

Capítulo 3

Sentadas en el salón después de cenar observaban como Barry jugaba al Bridge contra los Condes. Mientras ellas tomaban una taza de té, él estaba atento a Delia que era su pareja y ganaba en ese momento echándose a reír.

—Hermana, ¿qué piensas hacer ahora?

Chasqueó la lengua antes de coger su taza y darle un sorbito como toda una dama. —Pues mi presentación. ¿Qué voy a hacer? Hasta que no lo haga no puedo acudir a ningún evento y por lo tanto no puedo conocerle.

Belinda sonrió divertida. —Podrías abreviar.

Miró a su hermana a los ojos. —¿Se te ha ocurrido algo?

Echó un vistazo a la mesa, pero estaban tan distraídos que no se daban cuenta de nada. — Es sencillo, tienes ahí mismo a alguien que tiene relación con él, aunque sea de tipo profesional.

—¿Quieres que me haga la encontradiza?

—Mejor que perseguirle por todo Londres de fiesta en fiesta con la esperanza de que alguien te lo presente... Porque padre no lo va a hacer. Aún tiene que darle un par de vueltas al asunto. En este momento está empeinado.

—¿Y si no cambia de idea? —preguntó preocupada.

—¿Padre? Ha cambiado mucho gracias a mi matrimonio. Sólo quiere que seamos felices. Ya has visto como ha echado al Conde rápidamente ante la posibilidad de perderte. En cuanto se dé cuenta de que eres feliz, todo lo demás le dará lo mismo. Además, es un candidato buenísimo como yerno. ¿Quién no estaría orgulloso? —La miró a los ojos. —Si lo consigues, por supuesto.

Suspiró mirando el fuego. —Su primera esposa era una belleza.

—Y tú eres muy bella, cielo. Tus ojos son maravillosos, mucho más bonitos que los míos, y tienes el cuerpo de una ninfa. No habrá soltero en Londres que te rechace y con tu fortuna aún menos.

—Pero él no está soltero —susurró—. Esto es una locura. Si ni siquiera le he visto nunca.

—¿Quieres verle?

Se le cortó el aliento sintiendo que su corazón daba un vuelco por la resolución en la mirada de su hermana y susurró —Sí.

—Pues mañana nos vamos de compras. Tú déjame a mí.

Sentadas en el carruaje no dejaban de mirar por la ventanilla hacia la impresionante casa del Duque. —¿Para qué va a querer la casa de padre si tiene esa? —susurró mirando el tercer piso.

—Es lo que tienen los hombres, que siempre quieren más. Mira mi Daniel, pensando en poner fábricas aquí. Es que no para, siempre ideando algo. Dice que quiere dejarles a los niños una buena herencia y que aquí es muy fácil ganar dinero porque sus iguales casi no mueven un dedo. —Miró hacia la casa. —Espero que salga hoy. Hace algo de frío.

—¿Y si ya ha salido? Padre nos ha retrasado en el desayuno. Y Delia se ha enfadado. Teníamos que haberla traído. No hubiera dicho nada.

—¿Y si se lo dice a su madre? ¿Y si Eugenia se lo cuenta a padre?

Llamaron a la puerta a sus espaldas y se sobresaltaron al ver a Delia allí con cara de querer pegar cuatro gritos. —¡Te he oído! —gritó abriendo la puerta y entrando en el carruaje—. ¡Muchas gracias por la confianza!

—¿Cómo sabías que estábamos aquí? —preguntó Bethany viendo como se sentaba a su lado.

—Muy fácil. Os he seguido.

—¿Has salido sola?

—Portia...

En ese momento se abrió la puerta y entró la doncella con toda la confianza sentándose al lado de Belinda. —A mí me vais a dejar en casa.

—¡Serás chivata! Se lo has dicho tú, ¿verdad? —le recriminó Bethany a su doncella.

—Por supuesto. La niña se había disgustado.

Bethany la miró arrepentida. —Lo siento, pero...

—Todavía no confiáis en mí —dijo ofendida sonrojándolas—. Pero nunca le he contado a madre algo que no debiera. Ni a Daniel.

—No es que no confiemos en ti, pero te debes a ellos... ¡Mi marido se enfadaría si supiera qué hago aquí!

—¡Qué sale!

Las cuatro miraron por la ventanilla y a Bethany le faltó el aire al ver como se abría la puerta. Un hombre con un abrigo marrón con puños de ante negro miró al mayordomo que en ese momento le dio su sombrero y unos guantes que él rechazó. Al ver su perfil algo en ella tembló y sus ojos lo recorrieron hambrientos. Desde su cabello negro impecablemente peinado, pasando por su recta nariz hasta su mentón, que indicaba que era un hombre de carácter. Lo confirmó cuando se volvió y frunció el ceño antes de ponerse el sombrero. Acercándose más al cristal vio como bajaba los cinco escalones de una manera tan masculina que se quedó sin aire. Un carruaje se interpuso en la acera e impaciente esperó a que se alejara, pero cuando lo hizo su Duque había desaparecido.

Todas se quedaron en silencio regresando a sus sitios mientras ella seguía pegada al cristal buscándole con la mirada y cuando reaccionó al cabo de unos minutos pensativa se sentó en su asiento. La observaron ansiosas y su hermana fue la primera en preguntar —¿Qué te ha parecido?

—¿Qué le va a parecer, niña? Menudo hombre. Si fuera una dama me desmayaba a su paso.

Delia soltó una risita. —La verdad es que es gallardo.

—Es... —Dejó caer los hombros perdiendo toda esperanza. —Ese hombre jamás se fijará en mí.

—¡No te he preguntado eso! —Bethany la miró sorprendida. —¿Te agrada?

Sus preciosos ojos brillaron al recordarle. —Por supuesto que sí. ¿A ti no?

—Bueno, a mí Daniel me ha estropeado a la hora de admirar a un hombre. Ahora todos me parecen del montón y encima del montón está mi Marqués.

—¿De veras? —preguntó Delia impresionada.

Soltó una risita asintiendo. —Para mí no hay nadie más. Y ahora voy a preguntarte algo, hermana... ¿crees que puedes enamorarte de ese hombre? ¿Crees que puede ser el hombre que necesitas? ¿Estás segura de continuar, aunque puedas sufrir si te rechaza?

Se mordió el labio inferior antes de mirarla sinceramente a los ojos. —Creo que ya he empezado a sufrir porque acabo de perder el corazón y temo no recuperarlo nunca.

Su hermana cogió su mano. —Entonces sólo nos queda seguir con el plan.

—¿Qué plan? —preguntaron todas a la vez.

Bethany sonrió a Delia que frunció el ceño. —¿Yo formo parte del plan?

—Claro que sí. Eres una parte esencial.

Sonrió satisfecha. —Preparada para lo que sea.

—¿Qué has dicho? —chilló Delia escandalizada.

—Vamos, sólo será un poco de coqueteo.

—¡Con Barry!

—¡Tenemos que enterarnos de cuándo es la próxima reunión! ¡Es esencial para el plan!

—¿Y por qué no se lo pregunto directamente?

—Porque después de que padre haya dicho que no de manera tan tajante, Barry no querrá decirte nada. Tendrás que darle algo a cambio.

—¿Cómo que algo? —Las miró con desconfianza.

—Sólo va a ser un beso. No pasa nada. Muchas debutantes lo hacen.

—¡Pues serán algo sueltas! ¡Yo sólo pienso besar a mi marido! ¡Además, es el mejor amigo de mi hermano! ¡No quiero hacerle daño!

—¿Crees que ahora no le haces daño con tu indiferencia?

—Belinda... —la advirtió su hermana pues Delia había palidecido—. Ya está bien. Si no quiere hacerlo...

—Lo has dicho como si Barry sintiera algo por mí. ¡Y sólo somos amigos!

—¡Por Dios, estás ciega! ¡Está enamorado de ti desde hace tiempo! ¡Todos lo hemos visto! ¡Hasta tu hermano y mira que no se fija en esas cosas!

Delia se quedó de piedra. —No, tienes que estar equivocada. —Miró a Bethany que apretó los labios. —¿Tú crees eso?

—Sí, Delia. De hecho me di cuenta desde que le conocí. Te mira de una manera que es difícil ocultarlo. Además, siempre procura sentarse a tu lado. ¿Es que acaso no te has dado cuenta?

Asombrada negó con la cabeza. —Creía que era la camaradería que se ha forjado desde

que regresamos a Inglaterra. Antes sólo le había visto un par de veces y nunca hablábamos demasiado.

Delia había perdido todo el color de la cara y Bethany se sentó a su lado en la cama. —No te preocupes, si no te agrada...

—¿Estás loca? ¡Este ya no se me escapa!

—Con las ideas claras como su hermano —dijo Belinda satisfecha. Todas la miraron levantando las cejas y ella jadeó indignada—. ¡Me quiso desde el principio! ¡Lo que ocurrió después fueron las circunstancias!

—¿El Marqués estará de acuerdo con esto? —preguntó Portia irónica—. Lord Barry no tiene fortuna. Trabaja para tu marido, niña.

—Eso a mí no me importa —replicó Delia levantando la barbilla—. Es el marido que quiero.

—Además tiene que heredar de una tía abuela o algo así —dijo Bethany—. Tarde o temprano la vieja cascará, digo yo.

—No tiene título. El Marqués... —Negó con la cabeza. —Va a hacer temblar la casa con sus gritos por muy amigo suyo que sea. Recemos porque no le rete a duelo y todas sabemos quién ganaría, ¿verdad?

—Entonces tendremos que hacer que sea irremediable, ¿no crees Delia? —preguntó Bethany maliciosa porque nada le gustaba más que hacer rabiar a su cuñado.

Su hermanastra sonrió radiante y suspiró. —Creía que me consideraba una niña. ¿Estáis seguras de que me ama?

—Totalmente. Tú no lo tienes nada difícil. Lo difícil vendrá después cuando le convenzas de que tiene que decirte dónde será la siguiente reunión —respondió Belinda.

Delia frunció el ceño y asintió. —Entendido.

—Bien, invitemos a Barry a cenar. Aunque seguramente se presentará por sorpresa como siempre.

—¿Pero qué hace? —preguntó Bethany en voz baja exasperada.

—Nada, no hace nada. Igualita que su hermano. No sabe cómo comportarse.

Ambas giraron la cabeza hacia Delia que estaba jugando a las cartas y no daba una. De hecho Barry la miraba preocupado porque casi ni había abierto la boca en toda la noche roja como un tomate. —Esto es increíble. —Bethany no salía de su asombro. —Si no lo puede tener más fácil. Él la mira con ojos de carnero degollado. Ya quisiera yo que mi Duque me mirara así.

Su hermana le dio palmaditas en la rodilla. —Tranquila, que lo hará. De eso nos encargaremos muy pronto.

—Delia, ¿te encuentras bien? —preguntó Barry preocupado.

—¿Yo? —Se sonrojó aún más antes de soltar una risita tonta. —Claro que sí.

—Oh, por Dios. No se puede ser más lenta. Me va a dar algo.

—¿Estás segura? Te veo acalorada y no es que juegues mal porque nunca lo haces, pero parece que no te interesa el juego.

—Que amable eres conmigo cuando no estoy dando ni una.

Rio otra vez con timidez y Bethany puso los ojos en blanco. —A este paso le convence dentro de una eternidad. ¡No puedo esperar seis años para conocerle, porque ya estará casado! ¡Otra vez! ¡Haz algo!

—¿Yo? —preguntó asombrada su hermana—. ¿Y qué quieres que haga?

Bethany entrecerró los ojos. —Ya sé lo que ocurre. Es por nuestros padres. No tienen la intimidad que necesitan.

Belinda la entendió de inmediato y asintió. —Sí... Mi Marqués siempre se empeña en que necesitamos intimidad.

En ese momento entró Portia e inclinó la cabeza. —Marquesa, Lord Daniel se ha despertado llorando de nuevo. Creo que tiene gases, pero como lleva todo el día así, creo que deberíamos llamar al doctor por si está malito.

—Oh... —Se levantó de inmediato perdiendo algo del color de la cara. —¿Mi niño está enfermo?

Salió corriendo de la habitación y el Conde se levantó de la mesa. —Portia, ¿debo preocuparme?

—No creo, Conde. No tiene calentura, pero parece que le duele.

—Que llamen al doctor Weixler de inmediato.

Jeremy salió del salón a toda prisa siguiendo sus instrucciones y el Conde cogió de la mano a su esposa para que le acompañara. —Vamos a ver a nuestro nieto.

—Sí, amor. Vayamos. —Se dirigieron hacia la puerta. —No debemos preocuparnos, seguro que no es nada. Delia sufría cólicos de niña y me dio muchos sustos así.

Bethany preocupada por el niño se levantó apretándose las manos.

—Espero que no sea nada —dijo Barry dejando las cartas sobre la mesa.

Vio cómo se sonreían y levantó la ceja antes de decir rápidamente —Delia, ¿te encargas de nuestro invitado? Voy a ver a Daniel.

—No es necesario —dijo Barry confundido—. Soy de la familia.

—Pues eso. ¡Te quedas ahí hasta que sepamos cómo está el niño! ¡Por si te necesitamos! —exclamó dejándole de piedra—. ¿Delia?

Su hermanastra se sonrojó intensamente. —Sí, por supuesto. Yo me ocupo de Barry.

—Pues a ver si es verdad —dijo haciendo que Delia se pusiera de un rojo intenso que no

la favorecía nada—. Oh, por Dios —siseó saliendo del salón—. No voy a conocer a mi Duque en la vida. Voy a tener que buscar otro camino. —Se detuvo en medio de la escalera y frunció el entrecejo. —¿Sería demasiado si me presentara en su casa y ya está? —Abrió los ojos como platos. —Como la dama desvalida... Tendrá que hacerme entrar en la casa y...

Una doncella bajó la escalera corriendo y volvió al presente porque los criados sólo bajaban por la de servicio. —¿Qué ocurre?

—Lord Daniel ha vomitado, milady.

Bethany corrió escaleras arriba y fue hasta la habitación del niño donde su padre estaba pálido observando como Belinda con su bebé en brazos se balanceaba de un lado a otro con lágrimas en los ojos mientras el niño no dejaba de llorar. —¿Belin?

Su hermana la miró a los ojos y sonrió. —Se pondrá bien. Es muy fuerte como su padre.

—Y como su madre —dijo ella entrando en la habitación y acercándose para ver al bebé rojo de tanto llorar. Se angustió al verle así—. ¿Me dejas a mí? Puede que cambiando...

—Sí, por favor. —Se lo puso en los brazos como si fuera la cosa más frágil del mundo y la observó. Belinda empezó a canturrearle, pero no funcionaba, así que le cogió por debajo de las axilas cargandoselo al hombro y acariciando su espalda sin dejar de cantar en voz baja. El niño dejó de llorar tan fuerte y al cabo de unos segundos sólo gemía. Belinda se echó a llorar del alivio. —¿Cómo lo has hecho?

—El otro día se me durmió así y parecía que estaba cómodo.

Le escucharon eructar y su padre suspiró del alivio sentándose en el diván. —Gases, son gases.

—¿Ves, querido? Te lo dije. —Su mujer se sentó a su lado.

—¿Creéis que es eso? —preguntó Belinda ansiosa sin dejar de mirar al bebé.

—El médico lo confirmará.

—Tú no le muevas —dijo Belinda mirando a su hermana que sonrió—. Aunque no lo harías.

—Sabes que no. —Se giró lentamente. —¿Se ha dormido?

—No. Te ha agarrado del pelo.

—Tú ya estás despeinada —dijo divertida porque siempre estaba así. Por mucho que lo intentara su sedoso cabello siempre se salía del recogido.

—Me agarra del cabello como a ti.

Todos sonrieron viendo cómo el niño tenía en su puñito un mechón del cabello de su tía que seguía acariciando su espalda.

—Vas a ser una madre maravillosa —dijo su padre orgulloso.

—¿Eso crees?

—Sabía que tu hermana lo sería por cómo había asumido ese papel cuando murió vuestra madre, pero es verte con Daniel en brazos y darte cuenta de que sabes qué hacer de manera natural.

—¿No somos así todas las mujeres? —preguntó sorprendida.

—Te sorprenderías —dijo su madrastra irónica—. Yo he visto cosas que te pondrían los pelos de punta. Una vez supe de una dama, de la que no voy a decir el nombre, que dejó a su niño moribundo para asistir a la fiesta más grande de la temporada. No se la hubiera perdido por nada del mundo.

Belinda se llevó una mano al pecho impresionada. —¿Sobrevivió?

—No les cuentes esas cosas, Eugenia. Es muy desagradable —dijo el Conde molesto—. Y más en estas circunstancias.

Eugenia se sonrojó. —Siento mi falta de tacto.

—Espero que sobreviviera y le diera una patada en todo el trasero a su madre —dijo

Belinda —. Si le hizo eso, es que no le cuidó en absoluto.

Su madrastra se quedó en silencio mirando de reojo a su marido que muy incómodo se revolvió en el diván. —¿Dónde estará el maldito médico?

—Padre, se encuentra mejor —dijo Belinda intentando calmarle—. Ya no se queja.

El Conde miró a su nieto y vieron como sus ojos se llenaban de lágrimas dejándolas de piedra. —No he sido buen padre y no seré buen abuelo.

Belinda emocionada se arrodilló ante él. —No digas eso. Hiciste lo que creías mejor por nuestro bien y gracias a tu educación somos así. Lo hiciste muy bien a pesar de tu crianza.

Carlton sonrió con tristeza y acarició su mejilla. —¿Eso crees?

—Por supuesto que sí. —Sonrió cogiendo su mano y la besó. —Te queremos. Y me alegro de que ahora nuestra relación sea así. Esta familia está más unida que nunca.

—Escúchala padre, porque nunca ha dicho verdad tan grande. —Bethany se volvió. —¿Se ha dormido?

—No —contestaron los demás antes de ignorarla.

Belinda sonrió a su padre. —Serás un abuelo como no ha habido otro, ya verás. Tú los consentirás como es tu deber y Daniel te odiará por ello.

Su padre entrecerró los ojos. —Es cierto, no tengo que educarlos. Eso es cosa vuestra.

—Exacto, marido. Ser abuelo es mucho mejor.

El Conde más tranquilo se acercó a su hija y la besó en la frente. —Gracias, cielo. Sé que estás nerviosa, pero como siempre estás a todo.

—Pues ya que estoy a todo... —Miró de reojo a su hermana que estaba pendiente del bebé. —Queremos al Duque.

Su padre parpadeó demostrando que no se lo esperaba. —¿Perdón?

—En la familia. Seguro que nos recibe con los brazos abiertos.

—¡Ni hablar! —El niño se quejó cortándoles el aliento, pero después de varios segundos seguía en silencio y su padre dijo más bajo —Ni hablar.

—Vale. —Se sentó sobre sus talones. —Soy una persona razonable, así que dame una razón.

—¿Te parece poca razón que su esposa haya desaparecido?

—No sabemos lo que ocurrió. ¿Por qué le echas la culpa? ¿Acaso también desapareció justo en la cacería?

—Eso es lo que le salvó, que estuvo con varios conocidos durante todo ese tiempo.

—Veo que te has informado —dijo maliciosa.

—Igual que yo —dijo Eugenia sorprendiéndolas—. Esta tarde he ido a tomar un té a casa de una vieja amiga. Lady Colton es una chismosa de cuidado y en cuanto le dije que me pareció ver al Duque en el parque ya no hubo quien retuviera su lengua.

Bethany dio un paso hacia ella. —¿Y qué te contó?

El Conde apretó los labios. —Eugenia... —la advirtió mirándola fijamente.

Su mujer hizo que no le había escuchado. —Pues que contó que hasta fue invitada a la boda por parte de la novia. Aunque conocía al Duque, al padre, pero la invitó la madre de Lady Dafne. Una boda preciosa y parecían muy enamorados. Pero luego se empezaron a escuchar cosas.

—¿Qué cosas? —preguntaron las chicas a la vez.

—Que discutían mucho. Que él era muy celoso y que siempre la estaba vigilando.

—Por algo sería —dijo Bethany provocando que la miraran—. ¿Qué? ¿No opináis como yo? Padre quiere mucho a Eugenia y no la vigila. Tenía que haber un motivo.

—¿Ella le era infiel? —preguntó Belinda impresionada—. Si fuera así, la hubiera matado. No tenían hijos.

—Cierto, no se puede poner en duda la paternidad del primogénito —dijo el Conde muy

serio—. Después, y si el matrimonio no se lleva bien, cada uno hace su vida si el marido es razonable. Y muchos lo son para tener sus escarceos sin recriminaciones.

—Tú... —Belinda levantó sus cejas.

—No, por supuesto que no. Le fui fiel a tu madre hasta el día de su muerte. —Carraspeó incómodo. —Y no fue fácil, te lo aseguro. Las mujeres se me lanzaban como moscas.

Bethany asintió. —Es que debiste ser muy atractivo.

—Todavía lo es —dijo Eugenia orgullosa—. Bueno, a lo que estábamos. El hecho es que el Duque era celoso y al parecer la noche antes de desaparecer, la Duquesa se levantó en la cena y los invitados decían que parecía disgustada. El Duque estaba furioso y aunque intentó disimular diciendo que a su esposa le dolía la cabeza y que la disculparan, a nadie le pasó desapercibido. Al día siguiente la Duquesa parecía radiante. De hecho se rio durante el desayuno varias veces y horas después... Se había esfumado. Durante el té no dejaron de hablar de todo lo que la buscó. Hubo rumores, pero la madre del Duque que aún vivía entonces los cortó de raíz gracias a su influencia. La Duquesa era de armas tomar cuando se enfadaba. Se contrataron detectives y hombres la buscaron por toda Inglaterra, pero ni rastro.

Todos se quedaron en silencio. —Algo no huele bien en todo esto —dijo Carlton molesto—. Así que no.

Belinda miró sobre su hombro a su hermana que estaba a su lado. —¿Tú qué dices?

—Es lo que sabía. Así que no he cambiado de opinión, padre. Me lo quedo.

—¿Cómo que te lo quedas? ¡Si ni le conoces! —Ambas se sonrojaron y Carlton se levantó lentamente. —¿Hijas? ¡Estoy esperando!

Belinda se levantó a toda prisa. —Padre, el niño.

—Más te vale que no sea lo que me estoy imaginando porque...

—¿Qué te imaginas exactamente, marido?

—¿Qué han ido a verle! Eso me imagino.

Belinda al lado de su hermana susurró —Qué bien nos conoce.

—¿Bethany!

—A mí no me grites, padre. —Levantó la barbilla. —Fue idea de Belinda.

Él fulminó con la mirada a su hermana que la miró asombrada. —¿Chivata!

—Tú estás casada. A ti no puede castigarte —dijo entre dientes antes de sonreír como una niña buena.

—Oh, es verdad. —Miró a su padre. —Sí, padre... todo culpa mía. La niña se nos ha enamorado.

Eugenia jadeó llevándose la mano al pecho. —¿De verdad?

Bethany se sonrojó con fuerza. —Bueno, yo...

En ese momento Jeremy llamó a la puerta abierta y todos miraron hacia allí. —Marquesa, el médico ha llegado.

Bethany suspiró del alivio porque la mirada de su padre no presagiaba nada bueno hasta ese momento, pero entró el doctor y la preocupación en el niño hizo que se centrara en otra cosa. El doctor dijo que allí había mucha gente y les mandó salir a todos excepto a Portia y a su madre. Preocupados bajaron en silencio para esperar noticias en el salón cuando los tres se detuvieron en seco al ver a Delia y a Barry besándose apasionadamente en el sofá. Ni se enteraron de como la Condesa se desmayaba de la impresión mientras Bethany dejaba caer la mandíbula de la sorpresa y su padre reaccionaba tapándole los ojos, pero ella vio entre sus dedos como Barry llevaba la mano al pecho de Delia y la acariciaba con pasión por encima del vestido haciéndola gemir.

—¿Barry! —gritó su padre furioso.

Se separaron de golpe y Barry con la respiración agitada y el cabello revuelto se levantó en el acto. Su padre apartó las manos apretándolas en dos puños antes de acercarse y pegarle un

puñetazo que le tiró sobre su sillón favorito. Delia chilló levantándose y al mirar hacia Bethany chilló de nuevo viendo a su madre en el suelo. Corrió hacia ella y se arrodilló a su lado para darle palmaditas en la mejilla. —¿Madre? Madre no me asustes.

—Carlton la quiero.

—La quieres... —Bethany asombrada vio como su padre le cogía de las solapas y le daba otro puñetazo. —¡Suerte tienes de que no esté su hermano porque te pega un tiro! ¡Eres su mejor amigo! ¡Confía en ti!

—Eso no impide que la ame. Y hubiera pedido su mano hace mucho tiempo si fuera merecedor de ella.

—Mi amor —dijo Delia emocionada—. Yo también te amo.

Mírala, cómo se había espabilado en cuanto se habían quedado solos. Tenía que tomar nota y quedarse a solas con su Duque. Entrecerró los ojos. Sí, eso haría.

—¡Le amas! —gritó su padre haciéndola volver al presente—. ¡Pues a ver cómo se lo dices a tu hermano! ¡Y a tu madre! ¡Eso sí se recupera del susto!

Bethany se vio obligada a intervenir. —Padre, si se quieren... —El Conde la fulminó con la mirada y puso los brazos en jarras molesta. —¿Acaso no amas a tu esposa? ¿Y Daniel a Belinda? ¿Quiénes sois vosotros para juzgar a Delia y Barry porque se amen? ¿Acaso no quieres que sean felices? ¡Porque yo sí! ¡Y si lo es con él, nadie debería intervenir!

Su padre la miró fijamente soltando la chaqueta de Barry que se levantó de inmediato alejándose. —¡Ni siquiera conoce a otros hombres!

—Belinda sólo conocía a los que la rodeaban como Delia y la comprometiste con Daniel. —Se cruzó de brazos levantando una ceja.

Su padre gruñó y su esposa gimió desde el suelo. —¿Madre? —preguntó Delia preocupadísima con lágrimas en los ojos—. Madre, ¿estás bien?

Eugenia cogió su brazo mirándola con los ojos como platos. —Cuando se entere tu

hermano...

—Oh, por Dios... —Bethany chasqueó la lengua. —¡Tampoco es para tanto! Barry heredará. —Se volvió hacia él. —¿Verdad?

Barry pareció avergonzado. —Mi tía abuela no es rica. Heredaré su casa en Londres y pequeñas rentas, pero... —Miró a Delia apretando los puños y todos vieron su angustia antes de que se volviera hacia el Conde. —Debo disculparme. Como has dicho no soy merecedor de su mano. Si quieres retarme a duelo lo comprendo perfectamente.

Carlton apretó los labios mientras Delia se echaba a llorar. —No será necesario.

Barry asintió. —Hablaré con Daniel en cuanto llegue —dijo levantando la barbilla—. Presentaré mi dimisión y todo quedará olvidado.

—Barry... —Delia sollozó al lado de su madre. —A mí no me importa.

El amor que reflejaron sus ojos emocionó a todos. —Nada me hubiera gustado más que compartir lo que me queda de vida a tu lado, pero no podré jamás darte todo aquello a lo que estás acostumbrada y sé que mi orgullo no dejará que seamos felices. Creo en ti y creo en que lo intentarías, pero llegaría un momento en el que me odiarías al no poder tener un vestido nuevo para un baile o no poder tener invitados como estás acostumbrada. Debo presentar mis disculpas por mi atrevimiento, milady —dijo formalmente dejándoles sin aliento—, y sólo espero que pueda perdonarme en el futuro. Le deseo toda la felicidad del mundo. —Inclinó la cabeza con firmeza antes de salir del salón a toda prisa.

—¡Barry! —gritó Delia desgarrada antes de echarse a llorar. Su madre la abrazó llorando también y miró sobre su hombro a su marido que apretaba los puños observando su dolor impotente.

Bethany con lágrimas en los ojos gritó —¿Es que nadie va a hacer nada?

—¡Sube a tu habitación! —ordenó su padre.

—¿Qué ocurre? —preguntó Belinda desde la puerta con el doctor a su lado—. ¿Barry se

ha ido? Parecía... —Vio a Delia llorando aún en el suelo al lado de su madre. —Por Dios, ¿qué ha pasado?

—Doctor, ¿cómo está mi nieto? —preguntó su padre sin hacerle caso.

—Se encuentra mejor. Le he dado unas gotitas que debe tomar unos días por la mañana e instrucciones a su hija sobre su nueva alimentación.

Belinda hizo una mueca. —Al parecer mi leche no le sienta bien.

—O cielo, no pasa nada. Una nodriza era lo que te había sugerido desde el principio — dijo Eugenia intentando recomponerse—. Querido, ¿me ayudas a levantarme?

El médico carraspeó. —Condesa, ¿necesita ayuda?

—Se ha desmayado —dijo Delia disimulando al limpiarse las lágrimas a toda prisa mientras Bethany no salía de su asombro.

—Me encuentro mejor. Ha sido un vahído sin importancia.

—¿Se encuentra en estado, Condesa?

Eugenia se puso como un tomate mientras todos la miraban con los ojos como platos. — ¿Estado? —preguntó casi sin voz antes de poner los ojos en blanco cayendo sobre su hija sin sentido mientras Delia gritaba.

Carlton y el doctor se acercaron de inmediato mientras Belinda y Bethany aún impresionadas ni sabían qué decir. —¿Cuándo dice estado, se refiere en estado de buena esperanza? —preguntó Belinda viendo como la trasladaban hacia el sofá.

—Bueno, la Condesa aún es joven. Este mismo año he asistido al parto de varias mujeres de más edad que la Condesa. No sería extraño.

Belinda asombrada miró a su padre que también se había quedado de piedra. — ¡Estupendo! ¡Mira cómo lo has liado todo!

—Hija, yo... —De repente sonrió. —Un heredero. Puedo tener un heredero.

Belinda se echó a reír y abrazó a su padre. —Ya verás cuando Daniel se entere de que al final no heredo la finca del campo.

Su padre se sonrojó. —Hija...

—No pasa nada, padre. Tenemos de sobra. —Le besó en la mejilla. —Sólo quiero que seas feliz.

Bethany forzó una sonrisa sabiendo que todo su futuro cambiaba con ese nacimiento. Porque si era varón lo heredaría todo salvo algo de dinero que les correspondería. Las propiedades siempre las heredaba el primogénito y sólo le quedaría su dote para convencer a su Duque. Esperaba que no le importara. —Felicidades, padre.

—No adelantemos los acontecimientos. —Se volvieron hacia la Condesa que se despertaba en ese momento por las sales que el doctor había pasado bajo su nariz.

—Condesa, ¿hace cuánto que no tiene el periodo?

—Cuatro meses —dijo avergonzada mirando de reojo a su marido—. Creía que me estaba haciendo vieja. ¿Cariño? —preguntó asustada.

—No pasa nada, cielo —dijo cogiendo su mano.

—No puede ser eso. ¿O sí, doctor?

—Llémosla arriba para reconocerla. Condesa, ¿puede levantarse?

Lo hizo con ayuda de su marido y entre él y el doctor la sacaron del salón. Las tres se quedaron en silencio como si hubiera pasado un huracán por la habitación y efectivamente había sido así porque lo que acababa de pasar afectaría seriamente a ambas familias. Bethany vio a Delia intentando retener las lágrimas sentada en el sofá y se acercó para sentarse a su lado. Belinda susurró —¿Qué ha pasado?

Bethany la miró a los ojos y se lo relató rápidamente dejándola de piedra. —Dios mío... Daniel se va a enfadar.

—¡No me importa que se enfade! —exclamó Delia levantándose —. ¡Es mi vida no la suya! ¡Me casaré con quien quiera!

Salió corriendo del salón y las hermanas sonrieron. —Al menos tiene las ideas claras — dijo Bethany antes de suspirar pasándose las manos por las sienes.

Su hermana se sentó a su lado y acarició su espalda. —Te duele la cabeza.

Sonrió con tristeza. —Estoy bien.

—Sé lo que implica para ti que padre vaya a tener otro hijo.

—Le conseguiré igualmente. Puede que sólo tenga la dote para ofrecerle, pero lo conseguiré. —Empeñada asintió.

—La dote ya es mucho. Mucho más de lo que ofrecen otras debutantes.

Asintió sabiendo que tenía razón y la miró a los ojos. —¿Estás disgustada por no heredar Laurens Hall?

—La casa de campo de Daniel está a pocas millas y es tan hermosa que quita el aliento. Siempre he pensado que sería una pena tener que cerrar la casa de padre por falta de uso. Y tenemos muchas tierras. Me gusta que la familia esté al lado. Así les tendré más cerca. —Apretó los labios. —Y cuando tú te cases no necesitarás esta casa. Ya has visto la casa del Duque. No necesita el dinero tampoco.

Bethany la miró insegura. —¿Y si...?

—¡No! ¡Acabas de decir muy segura que lo vas a conseguir y vas a hacerlo! ¡No des un paso atrás!

Asintió elevando la barbilla y Belinda la besó en la sien. —Ahora a la cama.

—Delia...

—Nos ocuparemos de eso mañana, que ya hemos tenido bastante por hoy. —Sonrió acariciándole el cabello. —Te veo tan mayor... Esta tarde he visto cómo te has enamorado y veo

tu miedo y tu ilusión. No dejes que ese miedo te paralice o te haga huir. Enfrentate a lo que sientes.

—Gracias por estar siempre a mi lado.

—Y lo estaré mientras viva. Para todo. Ahora hazme caso y descansa.

—El niño...

—Está durmiendo y la niñera de noche no se separa de su lado.

Bethany sabía que ella tampoco lo haría preocupada por si se ponía peor. —Estás en estado. Debes descansar.

—Portia me tiraría de las orejas si no lo hiciera. Descansa tranquila. Mañana será un día largo.

—Tenemos que arreglar lo de Delia. Me siento responsable.

—Tú no tienes nada que ver. Tarde o temprano se hubieran sincerado el uno con el otro. El amor es así. Es como intentar poner puertas al campo.

Se levantó lentamente y Belinda sonrió observándola alejarse. De repente se volvió. —
¿Es así?

—¿El qué, cielo?

—Les he visto besarse como si se necesitaran. ¿Es así?

Su hermana asintió. —El amor por mi marido es tan intenso que cuando no está a mi lado siento que me falta el aire. Es difícil de explicar. Tienes que sentirlo. Y ya sientes algo, ¿verdad? Deseas verle, conocerle y estar a su lado. —Bethany asintió apretándose las manos. —Ya ha empezado. Cuando le mires a los ojos ya no habrá remedio.

—¿Algún consejo?

Belinda se echó a reír. —Que te vayas a la cama que mañana tienes que estar muy hermosa.

Su corazón saltó. —¿Mañana?

—Tengo que pensar en ello, pero tenemos mucho que hacer. —Le guiñó un ojo cómplice.

Sonrió ilusionada y salió corriendo casi chocándose con Portia. —Niña, ¿tu hermana?

—En el salón. ¿Daniel está bien?

—Dormidito como un ángel. —La miró frunciendo el ceño. —¡A la cama!

Soltó una risita corriendo escaleras arriba y la doncella sonrió observándola. —Enseguida subo a ayudarte.

—¡Sí, Portia!

La doncella fue hasta el salón y miró a su otra niña que sentada en el sofá parecía preocupada. Se acercó a ella en silencio y se sentó a su lado.

—¿Qué ha dicho el médico? —preguntó sin mirarla.

—Está en estado. —Belinda se quedó en silencio mirando la chimenea. —¿Te preocupa?
El Marqués...

—No me preocupa eso. Mi marido se alegrará por padre después de la sorpresa inicial. Él me quiere de verdad.

—Entonces es el Duque quien te preocupa.

—Un hombre como él puede tener a la mujer que le plazca.

—Nuestra niña es hermosa.

—Sí, pero no rica. Ahora ya no.

Portia asintió. —Puede que sea niña.

—No podemos esperar a saber qué será. Tenemos que actuar cuanto antes si queremos que Bethany tenga una oportunidad.

—¿Y eso por qué, cielo?

La miró a los ojos. —Porque temo que padre decida precipitar las cosas.

—¿Otro compromiso a la fuerza?

—Puede que se le pase por la cabeza.

—Igual tienes que recordarle su promesa.

Belinda entrecerró los ojos. —Sí, debería.

Capítulo 4

Su padre llegó al salón y sorprendido vio a su hija mayor que estaba esperándole al lado de la chimenea. Sonrió encantada. —Ya me he enterado, padre. Felicidades de nuevo.

—Gracias, hija. —Fue hasta el mueble bar. —Todavía no me lo creo.

—Espero que sea niño. Me crees, ¿verdad?

Con la copa de brandy en la mano la miró a los ojos. —Por supuesto, hija. Tienes un corazón enorme.

—Me gustaría hablar contigo.

Él suspiró sentándose en su sillón. —¿Es sobre Delia? ¿Bethany? —Levantó sus cejas rubias. —Bethany. Hija...

—Me lo prometiste.

—Te prometí que sería feliz y lo será.

—Le quiere a él. Nunca te ha pedido nada y ha sido una hija modelo.

—Como debe ser —dijo indignado.

—Padre... —Le miró decepcionada y el Conde apartó la mirada bebiendo de su copa.

En cuanto tragó miró el líquido ambarino. —No se quedará con ella. No se casará.

—Me ocultas algo, ¿verdad?

—¿Por qué tendré unas hijas tan cabezotas?

Sonrió divertida. —Porque somos hijas tuyas. Dímelo.

—El Duque tiene una amante desde hace años. Solicitó la anulación de su matrimonio y se

la concederán en breve. Piensa casarse con ella.

Separó los labios de la impresión. —¿Una viuda?

Su padre asintió. —La Baronesa de Dodford.

—Dios mío —susurró por lo que eso significaba—. Bethany se va a disgustar muchísimo. Ya está medio enamorada, padre. Tenías que haberla visto esta tarde.

—¡Es que no teníais que haber ido a verle!

—Si hubieras sido sincero desde el principio esto no habría pasado.

—Es una cría. ¿Cómo iba a decirle eso?

—¡Pues podías habérmelo dicho a mí! —exclamó indignada.

Su padre apretó los labios y Belinda puso los brazos en jarras. —Muy bien, todavía no está todo perdido. Aún no se ha casado con esa Baronesa. —Su padre la miró asombrado. —¡No me mires así! Pienso hacer lo que haga falta para que mi hermana consiga lo que quiere.

—Ni le conoce. ¡Te aseguro que tu Marqués tiene un carácter estupendo a su lado! ¡Es intratable! ¡Todo el mundo lo dice! ¡No está apartado por lo de su mujer, está apartado por la lengua tan afilada que tiene! ¿Sabes lo último que he escuchado en el club? ¡Qué insultó a uno de los asesores de la Reina acusándole de ladrón por la recaudación de impuestos!

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Y qué ocurrió? ¿Se retaron?

—¿Cómo va a retarse nadie con él cuando ya ha matado a doce de los nuestros en cuatro años? ¡Huyen de él como de la peste porque provoca esos enfrentamientos!

Impresionada se sentó en el sofá. —¿Estás seguro de lo que dices?

—Hija, hazme caso en esto. Ese hombre no está bien de la cabeza. Perdió el norte totalmente cuando se fue su esposa. ¿Crees que yo me negaría a esta relación sólo porque tuviera un carácter fuerte? ¡Te comprometí con Daniel! Te comprometí con ese hombre que ahora es tu marido sabiendo cómo era perfectamente. ¡No me asusta alguien con un carácter fuerte, me asusta

todo lo demás!

Pensativa asintió. Su marido había mejorado mucho, pero era cierto que cuando le conoció su carácter era insoportable y mucho más frío. De hecho aún se comportaba así con quien no era de la familia porque ese era su carácter. Se mordió el labio inferior intentando buscar una solución, pero no la encontraba. —No se dará por vencida y en parte es culpa mía.

El Conde gruñó antes de beber todo el contenido de su copa. Jeremy que la vio vacía en su mano desde la puerta entró de inmediato para cogerla. —¿Le sirvo más, Conde?

—Sí.

—Por cierto, Conde. Todo el servicio desea que el heredero llegue sano y fuerte.

Su padre sonrió. —Gracias, Jeremy. Aunque que sea niño o niña me da igual.

—Padre prefiere niñas, ¿verdad padre?

La miró con cariño. —Sí, cielo. Sois más sumisas y obedientes. —Su hija jadeó indignada. —Bueno, lo erais hasta que Daniel entró en nuestra vida.

Sonrió radiante. —Sí, mi marido cambió muchas cosas. ¿Te arrepientes de haberme comprometido con él?

—Viendo lo feliz que eres y la cara de mi amado nieto no tengo ninguna duda.

—Pues esta es la cara que puede tener tu otra hija si consigue lo que quiere. Es tan cabezota como tú, ¿crees que se va a dar por vencida por una amante? No, ella no es así. Este último año la ha hecho madurar muchísimo.

—Lo sé. Y eso es lo que me preocupa.

—Ayúdala, padre. Que no sea porque no lo hayamos intentado. Y si no funciona pues lo olvidará.

Se miraron fijamente a los ojos. —Como le haga daño...

—Entonces el Duque tendrá una vida corta, padre. Ya sea por mi mano, la mano de mi

marido o la tuya, no vivirá mucho tiempo —dijo fríamente.

Su padre lo pensó durante unos minutos y sin mover el gesto Belinda casi chilló de la alegría porque sabía que le había convencido. —Muy bien. Haré los arreglos necesarios.

—¿Y Delia?

La miró exasperado. —Lo arreglaré tu marido como su tutor.

—¿De veras vas a dejarlo en manos de Daniel? A mi marido no se le dan bien estas cosas. Mira lo que tardamos en llegar a un acuerdo.

Su padre puso los ojos en blanco. —No pienso meterme en los asuntos de mi yerno.

—Muy bien pues como es mi marido me meteré yo. —Se levantó con una sonrisa en los labios y le dio un beso en la mejilla. —Buenas noches.

—Intenta descansar un poco, ¿quieres? Tienes que cuidarte y dejar de preocuparte por los demás.

—Lo intentaré —dijo divirtiéndole.

Bethany apenas durmió recordando a su Duque y todo lo que había pasado ese día, que obviamente había cambiado su vida de manera drástica. Pero lo poco que durmió soñó con él. Ella que llevaba un maravilloso vestido rojo, bailaba mirando sus ojos que eran de un increíble color negro que la hipnotizaba. Se acercó a su oído estremeciéndola cuando sintió su aliento y susurró —Te amaré siempre. —Gimió en sueños volviéndose y se abrazó a la almohada mientras el calor la recorría de arriba bajo. La luz la cegó y dejó de verle.

—¡Bethany, Bethany!

Se despertó de golpe para ver a su hermana ante ella. Había abierto las cortinas y tuvo que cubrirse los ojos sintiéndose desilusionada. —Belinda, tengo sueño.

—Padre ha dado su consentimiento.

Se sentó como un resorte mirándola con los ojos bien abiertos. —¿A qué exactamente?

—¿A qué va a ser? Consiente al Duque. —Sonrió de oreja a oreja. —Tu Duque.

El corazón saltó en su pecho. —¿De veras? ¿Qué has hecho?

—He hablado con él. Con lo contento que estaba por el estado de Eugenia no fue difícil convencerle apelando a los sentimientos. Además, le recordé su promesa.

—Qué lista eres —dijo con admiración.

—Bah, estas cosas se aprenden cuando una se casa. Hay que tener mano izquierda para tratar al marido y evitar discusiones. —Sonrió maliciosa. —Aunque a veces no las evito. —Bethany parpadeó sin comprender. —Da igual, ya lo entenderás. Vístete, tenemos mil cosas que hacer porque tu Duque nos ha complicado un poco las cosas.

—¿Cómo las ha complicado?

Su hermana la miró como si no supiera cómo decírselo. —Mejor no andarse por las ramas.

—Sí, dilo de una vez. —Jadeó llevándose la mano al pecho. —Ha encontrado a su esposa y tenemos que matarla.

—No, no es eso...

Bethany respiró del alivio. —Entonces no puede ser tan grave.

—Ha pedido la nulidad de su matrimonio y en cuanto la reciba se casará con su amante. La Baronesa de Dodford.

Se levantó a toda prisa corriendo hacia el armario y abrió la puerta. Llevándose las manos a la cabeza para apartar su cabello castaño miró su vestuario. —¡No tengo nada que ponerme! —Se volvió hacia su hermana. —¿Un vestido de mañana? —Abrió los ojos como platos. —No, mejor sigo mi plan.

—¿Tu plan?

Se volvió hacia el armario sacando su traje de montar de terciopelo color bronce. Siempre había querido un traje de ese color y se lo habían entregado hacía una semana. Ni lo había estrenado. —Había pensado hacerme la dama desvalida.

—¿Cómo?

—¿Qué tal si llamo a su puerta y finjo que me he torcido el tobillo al caerme del caballo? Deben llamar a padre para que vayan a buscarme. Como poco podré estar en su casa media hora.

—Muy bien, voy contigo.

—Ah, no. Necesitamos estar solos.

—¿Cómo que solos? —preguntó su hermana escandalizada.

Levantó una ceja y Belinda separó los labios entendiendo. —Vaya, vaya... Quieres comprometerle para que se vea obligado a casarse contigo.

Dejó el vestido sobre la cama. —Como has dicho no tengo mucho tiempo y tengo que deshacerme de la Baronesa. ¿Conoces otra manera?

Belinda se apretó las manos preocupada. —Primero debes conocerle.

—No, porque así le tomaré por sorpresa.

—Espera un momento. —La cogió por el brazo para que se sentara en la cama y lo hizo a su lado.

—¿Me ocultas algo?

—Una cosilla sin importancia. Tu Duque se parece mucho a mi marido en muchos aspectos.

—¿En qué exactamente? ¿Tiene carácter? Eso ya me lo imaginaba. Pero padre también lo tiene y podré con ello.

—No, no es eso que también. Es que... no hay quien se enfrente a él en el campo del honor.

Separó los labios entendiendo—Ah. Y temes por padre.

—No es tan joven y ya no es tan ágil para volverse rápidamente. Va a tener otro hijo y no quiero que esto le perjudique, ¿me oyes? Al parecer el Duque es de los que buscan el enfrentamiento a la mínima provocación. Padre se vería obligado a retarle si te rechaza después de comprometerle. —La advirtió con la mirada. —Debes ser más lista que él. Debe ser culpa suya de verdad.

Bethany entrecerró los ojos. —¿Que me comprometa él sin que yo haga nada?

—Exacto. Si tiene honor deberá casarse.

—Bien. —Pensó en ello. —Pero de momento me torceré el tobillo. A ver qué ocurre.

—De esa manera podrás conocerle sin tener que preparar tu presentación y esperar a que aparezca en una de las fiestas. Pero mide tus pasos, hermana. —Preocupada asintió. —Sabes lo que ocurriría si algo sale mal.

Se le cortó el aliento. —Tu marido le mataría.

—Y si no le mata él lo haré yo.

Asintió porque ambos eran muy capaces y preocupada agachó la mirada. —Eh... —Su hermana la cogió por la barbilla para que la mirara a los ojos. —No quiero que te echés atrás. Lucha por lo que quieres, pero se cauta, sólo eso. Ahora vístete, que te tienes que torcer un tobillo.

Bajó a desayunar más tarde de lo que pensaba porque se había pasado por la habitación del niño para comprobar cómo estaba. Afortunadamente parecía que ya no le dolía nada y estaba tan contento. Bajó corriendo las escaleras y se encontró con su familia en la sala de desayuno. Su padre sentado a la cabecera levantó una ceja al ver que llegaba con la respiración agitada. —¿No es un poco tarde para salir a montar, hija?

Belinda la miró sentada frente a ella esperando su respuesta. —No, padre. Me voy a pasar por casa del Duque a ver si me hago la encontradiza y me voy a torcer un tobillo para que te llame y vayas a buscarme. —Sonrió sirviéndose un buen desayuno porque una dama no comía demasiado en público y no iba a pedirle de desayunar. Un té quizás sí que se lo tomaría si se lo ofrecían. Pero sólo por ser educada.

Sumida en sus pensamientos ni escuchó como Eugenia a la derecha de su padre jadeaba antes de mirarle con los ojos que casi se le salían de las cuencas esperando su reacción, al igual que Delia que tenía los ojos hinchados de tanto llorar esa noche.

—Hija... —Distraída le miró con el tenedor en la mano— ¿Y quién va a acompañarte?

—¡No puedes hablar en serio, Carlton! —dijo Eugenia indignada—. ¡Una dama no va por ahí encontrándose con quien le interesa! ¡Si fuera así todas las debutantes estarían llamando a las puertas!

—¿Y no es lo que hacen? —preguntó Belinda divertida—. Llevan un cartel con sus vestiditos blancos diciendo que están disponibles a cualquiera que les interese.

—¡Ya, pero son los hombres quienes se acercan!

—Si hubieras mostrado algo más de interés por padre, él no hubiera dudado en hacerte su esposa mucho antes. A veces las cosas cambian y Bethany no puede perder el tiempo.

—¿Le has dado permiso para enamorar al Duque? —preguntó Delia a punto de llorar otra vez.

Todos se quedaron en silencio y Carlton impotente no sabía qué decirle. —Querida...

—¿Tus hijas pueden tener a quien quieran y yo no? —gritó levantándose y dejándoles de piedra porque nunca la habían visto tan furiosa.

—¿Vas a comparar a un Duque con Barry? ¡Si ni va a heredar un título! —exclamó su madre asombrada.

—¡Pueden morirse sus dos hermanos y entonces será Conde! —Todos hicieron una mueca.

—¿Qué? ¡Cosas más raras se han visto!

—Cuando llegue tu hermano lo hablas con él. —El Conde miró a su hija mientras Delia hervía de rabia. —Y a ti...

—¿Si, padre? —preguntó radiante de felicidad.

—¿Te acompañará tu hermana?

Miró a Belinda que como habían hablado negó con la cabeza. —Lo he pensado padre, pero el Duque podría decir que alquiláramos un coche de caballos.

—¿Y dónde se supone que está tu montura, hija?

—Fácil, padre. Me encanta cabalgar y he perdido a mi escolta en el parque. Eso me asustó mucho porque te enfadarías, así que al salir del parque a toda prisa para llegar a casa el caballo me tiró. Temiendo por mi reputación crucé la calle y llamé a la primera puerta que me encontré buscando ayuda.

—Eres maquiavélica —dijo su hermana encantada—. No podrá negarse a ayudar a una dama.

—Por supuesto que no.

El Conde entrecerró los ojos. —Estarás sola en una casa desconocida.

—Si es un caballero no dirá nada que pueda perjudicar mi reputación.

—Eso si tiene honor.

—Lo tiene. Sus duelos son prueba de ello. —Levantó la barbilla.

Al ver que el Conde no se lo discutía, Delia gritó furiosa volviéndose de golpe y tirando la silla al suelo en su prisa por salir corriendo.

Carlton suspiró. —Habla con tu hija, Eugenia.

—Sí, cielo. Lo haré de inmediato en cuanto solucione esto. No puedes... —Los Laurens se levantaron dando por terminado el desayuno y ella gritó —¡Un momento!

Se volvieron para mirarla como si estuvieran aburridos del tema. Eugenia se levantó y respiró hondo. —Si queréis que este plan funcione el Duque debe estar en la casa.

—Eso es obvio.

—Y no está.

Dejaron caer la mandíbula del asombro. —¿Cómo lo sabes, mujer?

—Porque tengo oídos. La chismosa de ayer me comentó que esta mañana vendía sus caballos en el mercado.

—¿Caballos? —preguntó ella ilusionada—. ¿Padre? —Le suplicó con la mirada. —Por favor...

El Conde la miró divertido. —Pues entonces deberás cambiarte, hija.

—No, padre. Tengo que montarlos.

Belinda se echó a reír. —Apuesto a que los vas a montar todos.

—Espero que tenga muchos.

—Esto no me lo pierdo —dijo su hermana antes de salir corriendo escaleras arriba.

—¡Esperarme, yo tampoco quiero perdérmelo! —Eugenia cogió el bajo de su vestido y echó a correr tras ella.

—¡Mujer no corras que estás en estado!

La Condesa se volvió y le fulminó con la mirada. —¿Me estás llamando vieja?

Su padre se sonrojó. —No, claro que no, pero...

—¡Pues espérame! —Se volvió con la barbilla muy alta y subió las escaleras como toda una dama.

—Delia, ¿quieres venir? —gritó Bethany desde abajo—. ¡Igual tienes suerte y ves a Barry!

—Hija, esos modales. Últimamente estáis un poco salvajadas.

—¡Vale! —gritó Delia desde arriba antes de acercarse a la barandilla con la nariz roja como un tomate—. ¿Voy bien así?

Hizo una mueca porque era evidente que había llorado a lágrima viva y molesta puso los brazos en jarras. —¿Quieres dejar de llorar? ¡Así no solucionas nada! ¡Lávate la cara! —Bufó molesta. —¡Tenéis dos minutos! ¡Mi Duque me espera! —gritó como un soldado y su padre sonrió orgulloso.

—Qué hijas tengo. Si os viera vuestro abuelo.

La familia entró en el recinto que estaba atestado de gente y después de caminar unos metros su hermana a su lado admiró a un ejemplar blanco que estaba a su derecha. —Padre, qué belleza... —dijo impresionada dando un paso hacia la vaya que le rodeaba.

—Hija no te detengas que...

Sus hijas y Delia no le hicieron ni caso y gruñó por dentro pensando que cuándo había perdido el mando en esa casa. Eugenia alargó la mano para tocar la cabeza, pero él corrió apartando la mano a toda prisa. —¿Estás loca, mujer? ¡Estás en estado!

La Condesa se sonrojó con fuerza y siseó —¿Quieres gritarlo más alto para que te oigan los del fondo?

Sonrió encantado. —Da igual. En cuanto pueda iré al club a divulgarlo en condiciones.

Su esposa soltó una risita.

—Padre... —Belinda le rogó con la mirada. —Te lo pagará mi marido.

—¿Y tu caballo? —preguntó con asombro—. ¡Si le adoras y te lo compré hace dos años!

Bethany ni escuchó cómo intentaba convencerle mientras acariciaba el cabello blanco que caía sobre el largo cuello de aquella hermosura, cuando este dio un paso hacia ella hociendo su

hombro. Se echó a reír llamando la atención de los que tenía a su alrededor y un joven lacayo de unos quince años se acercó de inmediato. —¿Le gusta, milady?

—Es hermoso. —Sus preciosos ojos brillaron de la admiración viendo los ojos castaños de tan perfecto ejemplar.

—¿Quiere montarlo? Puedo prepararlo en un instante.

Le miró ilusionada. —¿Puedo?

—Por supuesto, milady. Veo que viene preparada. —Abrió la valla dejándola pasar y Bethany no pudo evitarlo. —Enseguida le ensillo.

—No es necesario. —Acarició su cuello lentamente cogiendo sus crines y con un ágil movimiento se subió a su grupa riendo al acomodarse.

Al oír que la gente murmuraba, su familia se volvió y el Conde al ver a su hija montada a caballo gruñó. —Será posible —dijo por lo bajo—. Se ha subido sin silla.

—Padre, déjala disfrutar. —Impresionada dio un paso hacia la valla. —Mírala.

Para todos fue evidente el dominio que tenía del caballo y varios hombres se acercaron para ver cómo giraba en el pequeño cercado. Bethany rio encantada y al levantar la vista hacia los suyos vio unos ojos negros que le cortaron el aliento. Detuvo su montura y este levantó sus patas delanteras demostrando su brío, pero a Bethany no le costó dominarlo girando su montura y mirando de costado a su Duque. —¿Es suyo este caballo, milord? —preguntó casi sin aliento.

Él entrecerró los ojos ligeramente haciendo que su corazón volara. —No, milady. El caballo es suyo. —Sin dejar de mirarla a los ojos le hizo un gesto al lacayo que se acercó de inmediato mientras la sangre de Bethany corría alocada por sus venas sin poder apartar la vista de él. Sus ojos se volvieron aún más violáceos y le escuchó decir —Encárgate de que lo reciba.

—Sí, Duque.

Todos murmuraron a su alrededor impresionados. —Duque, mi hija no puede aceptarlo. Es muy generoso, pero no es apropiado.

El Duque giró la cabeza hacia su padre. —Ese caballo es para ella. Ha nacido para que milady lo monte. Eso es obvio para cualquiera que la vea sobre él —dijo con desprecio—. ¿Acaso es corto de vista?

Su padre se envaró. —¡Veo perfectamente, Duque! Pero como le he dicho no puede aceptarlo. Podemos negociar un precio. Hija bájate de...

—Se lo llevarán a casa —dijo el Duque como si fuera su última palabra—. Se volvió y se alejó indignando a su padre, pero para Bethany fue un auténtico triunfo. Le había regalado aquella maravilla. ¡Se había fijado en ella! Acarició sus crines buscándole entre la gente, pero no lo encontró y eso que era alto.

—Hermana... —dijo Belinda riendo por lo bajo—. ¿Piensas ir así a casa?

—¡Bájate de ahí ahora mismo!

Como una niña buena bajó del caballo y se acercó a la valla. El lacayo la dejó salir sonriendo de oreja a oreja, pero con curiosidad se detuvo antes de que cerrara la puerta. —¿El Duque había hecho antes algo así?

—Jamás, milady. Y llevo con él desde que nací.

Emocionada sonrió. —Gracias, muchacho.

—Ha sido un honor verla, milady.

Salió del cercado y su padre la esperaba con los brazos cruzados y el ceño fruncido. —No pongas esa cara, padre. —Le cogió del brazo y le susurró —Se ha fijado en mí y te has ahorrado unas libras por el caballo.

—¡Me ha llamado corto de vista! —le gritó a la cara cogiendo su mano y tirando de ella fuera del recinto mientras toda su familia les seguía.

—Bueno, últimamente no ves muy bien. El monóculo...

—¡Pretendía insultarme!

—Le insultaste tú al no aceptar su regalo.

Se detuvo en seco asombrado. —¿Te pones de su parte?

—Cariño, es que menudo regalo —dijo Eugenia como si fuera idiota.

Rojo de furia vio como se subían al carruaje y cuando todas estuvieron dentro iba a cerrar la puerta, pero se detuvo en seco contándolas de nuevo. —¿Dónde está Delia?

Lo que le faltaba para detener su plan fue que desapareciera su hermanastra. Sentada en el sofá esperaba noticias de su padre que la buscaba por todo Londres. Belinda chasqueó la lengua sentada frente a ella bordando un almohadón. La miró. —¿Todavía estás bordando las iniciales?

Sonrió encantada. —Sólo la de Daniel.

—Pero si llevas mucho casada.

—¡Oye! Tengo un hijo y otro en camino. ¡Y un marido al que mimar! ¡A este paso terminaré dentro de veinte años!

—Tenías que haber hecho como yo y bordar flores. Mi ajuar está terminado. Ya pagaré el Duque las sábanas con nuestras iniciales y que las hagan las monjas.

Su hermana gruñó. —Pero no será lo mismo.

Se encogió de hombros como si le diera igual. —Odio pasarme horas con la aguja en la mano repitiendo lo mismo mil veces. ¿No prefieres pintar? Últimamente lo haces muy poco. —Su hermana se mantuvo en silencio y Bethany frunció el ceño. —¿No será por Delia?

—¡Es que a su lado lo hago fatal!

—No te gusta que destaquen tus defectos. Te pasa desde siempre.

Belinda la miró enfadada. —Eso es mentira.

—¡Ja! —Miró hacia la ventana de nuevo. —¿Dónde estará esta chica? Es que de verdad,

qué ganas de complicarlo todo.

—Se ha impacientado.

—¡Pues a mí me ha fastidiado bien! ¡Ahora no me dejará seguir con el plan!

—Claro que sí. En cuanto se le pase el enfado porque tu Duque le ha dejado en evidencia.

—No le ha dejado en evidencia. —Sonrió soñadora. —Sólo le llevó la contraria.

Belinda rio por lo bajo. —Como a padre le gusta tanto que le lleven la contraria.

Hizo una mueca. —¿Pero crees...?

—¡Ya está aquí!

Al escuchar a Eugenia desde el hall se levantaron de inmediato acercándose a ella que estaba de los nervios. —Cálmate, esto no es bueno en tu estado —dijo Bethany yendo hacia la puerta y haciéndole un gesto al mayordomo para que se alejara. Él inclinó la cabeza y ella abrió quedándose de piedra al ver al Duque en persona con Delia a su lado llorando a lágrima viva.

—¡Hija! —Eugenia casi la arrolla para coger a su hija de la muñeca y meterla en casa de un tirón.

Pegada a la puerta siguió mirando al Duque que observaba la escena.

—¿Cómo se te ocurre? ¿Te has perdido?

—¡No!

El Duque levantó ambas cejas y Bethany creyó que se desmayaba de la impresión.

—¿Pero cómo se te ocurre? —gritó la Condesa—. Ya verás cuando se entere tu hermano.

—¡Me da igual!

El Duque sin ser invitado dio un paso adelante y apenas rozó su pecho al pasar, pero sintió que la traspasaba un rayo.

—Duque, gracias por traerla a casa —dijo su hermana forzando una sonrisa.

—Milady me dijo que se había perdido —dijo con voz profunda traspasando a Delia con la mirada—. ¿Verdad, milady?

Le miró furiosa dejándolas de piedra. —¡Bruto! ¡Me importa poco que sea Duque! Cuando una dama pide un favor, se hace sin rechistar.

Para asombro de todas él se echó a reír. —Milady si supiera de todos los favores que me piden, sería consciente de que no haría otra cosa en la vida.

Bethany a su lado ni se dio cuenta de que Jeremy cerraba la puerta porque no dejaba de mirar su perfil fascinada. Cuando reía era mil veces más atractivo. Él pareció reparar en ella y frunció el ceño. —¿Nos conocemos?

Esa frase le hizo recuperar el habla. —Esta mañana. Me regaló un caballo. —Sonrió de oreja a oreja y él entrecerró los ojos. —¿No se acuerda?

—Lo recuerdo perfectamente, milady. —Miró al frente hacia su madrastra. —Sobre Lady Delia...

—¿Se ha arrepentido? —preguntó preocupada interrumpiéndole. El Duque la miró como si fuera un fastidio—. Mi padre se ha enfadado un poco, pero no es rencoroso. En cuanto hablen sobre ello, seguro que se entenderán perfectamente.

—¿Y por qué iba a hablar con su padre?

Confundida miró a su hermana que la animó con la mirada. —Para ser amigos.

—Ya tengo amigos. —Miró a la Condesa de nuevo. —Sobre su hija...

—No me ha contestado, Duque. ¿Se ha arrepentido? —preguntó sin dejar que la ignorara.

—¿De qué, milady?

—De regalarme el caballo. Lo siento, pero como dice el dicho, el que da lo que tiene merece un garrotazo en la frente. Así que yo no lo devuelvo.

Él levantó una ceja. —¿Acaso ya lo ha recibido?

—No, pero sé que no faltará a su palabra. —Sonrió encantada.

Gruñó antes de decir —No me he arrepentido. Calígula es suyo.

—Oh, qué nombre más bonito. ¿Se lo puso usted?

—Duque, ¿quiere tomar un té? —Eugenia la advirtió con la mirada.

—No tomo té, Condesa. Ese mejunje me revuelve las tripas.

—Oh, ¿es de estómago delicado, Duque? —preguntó acercándose de más. Que bien olía. Tenía un olor muy masculino.

—Pues no, milady. ¡Mi estómago está perfectamente!

Ella sonrió radiante. —Entonces vamos a tomar un whisky. Mi padre lo trae de Escocia. —Para su asombro le cogió por el brazo tirando de él, pero nada, que no se movía. —Venga Duque, no se resista. Es para agradecerle el caballo.

El Duque gruñó de nuevo siguiéndola y todas sonrieron radiantes dejándole confundido. — Siéntese, siéntese aquí —dijo señalando el sillón de su padre sintiéndose maravillosamente por tocarle y cuando el Duque se sentó, ella lo hizo ante él en la mesa de centro—. ¿Jeremy? Un whisky para el Duque.

—Cielo, siéntate en el sofá —dijo su hermana sonrojada por su descaro—. Es que la tiene fascinada con su regalo, Duque. Y olvida sus modales.

Él chasqueó la lengua como si los modales le dieran igual. —Condesa, sobre su hija...

—Mira, le dan igual los modales como a Daniel, hermana. —Encantada se adelantó ligeramente. —Al parecer conoce a mi cuñado. El Marqués de Rushford.

—Sí, tenemos un negocio entre manos. ¿Me deja terminar una frase, milady? ¿O tengo que taparle la boca? —preguntó molesto.

Se sonrojó ligeramente mientras las demás jadeaban por su exabrupto. Bethany levantó la barbilla. —Es que tengo la sensación de que cuando hable con la Condesa se va a ir.

—Exacto. Es lo que pretendo.

—Y yo pretendo que no se vaya. —Se adelantó más sonriendo y mostrando parte de su escote sin darse cuenta. —Me gustaría conocerle mejor. Alguien que cría caballos tan hermosos debe saber mucho de ello. Es mi afición favorita.

Él levantó una ceja. —¿La cría de caballos es su afición favorita?

—Es que nos hemos criado en el campo —dijo su hermana sonrojada hasta la raíz del pelo cogiendo a su hermana del brazo para tirar de ella y que se sentara a su lado, pero Belinda se quejó palideciendo de golpe y llevándose la mano al vientre.

—¿Belin? —Asustada se puso a su lado. —Belin, ¿qué ocurre?

—Que llamen al médico —dijo sin aliento.

—¿Marquesa? —El Duque se levantó de golpe ignorando el whisky que le ofrecía Jeremy y cogió a Bethany del brazo para apartarla. —¿Se encuentra mal?

—Está en estado —respondió Bethany por ella. El Duque la cogió en brazos mientras Eugenia gritaba que llamaran al médico.

Bethany corrió tras ellos y en la escalera gritó —¡Portia! ¡A Belin le pasa algo!

La anciana doncella salió de la habitación del niño y al ver su cara pálida susurró —Dios mío.

Bethany les adelantó a toda prisa y abrió la puerta para que el Duque pasara. Él la tumbó en la cama con sumo cuidado y ordenó —No la muevan. Desvístanla así, ¿me han entendido?

Confundida por quién era ese hombre Portia asintió.

—Gracias, Duque —susurró Belinda desde la cama dejando a su doncella con la boca abierta mirándole de arriba abajo al reconocerle.

—No debe moverse, Marquesa. Le aseguro que ahora es lo mejor.

Asintió alargando la mano y Bethany angustiada la cogió de inmediato. —Es culpa mía.

—Shuss. No digas tonterías. Ahora quiero que bajes y esperes en el salón.

—Ni hablar, ya no soy una niña. Me quedo contigo.

—Debes atender al Duque hasta que llegue padre. Ya sabes que se molestaría si no lo hicieras.

—Eso no es necesario, Marquesa —dijo el Duque tajante—. Su hermana debe quedarse a su lado. Hablaré con su padre en otro momento ya que no puedo hacerlo con la Condesa. —Inclinó la cabeza. —Espero que no sea nada, Marquesa.

—Gracias Duque, es muy amable.

Bethany le vio asentir como si le molestaran los cumplidos y salió de la habitación.

—Vamos, niña... Tenemos que ponerte cómoda antes de que llegue el médico. —Ambas la miraron asustadas con lágrimas en los ojos. —Primero vamos a comprobar si manchas antes de ponernos en lo peor.

Capítulo 5

—¡Un tirón! ¡Te ha dado un tirón y he perdido la oportunidad de estar con mi Duque!

Su hermana se sonrojó con fuerza. —Perdona, pero me dolía mucho.

—Qué oportuna eres. —Se cruzó de brazos antes de fulminar a Delia con la mirada que estaba sentada a su lado. —¡Y padre sin llegar!

—Ha dicho que vendría a hablar con padre... —dijo Belinda intentando arreglarlo.

—Deberías estarme agradecida de que te lo haya traído. —Delia levantó la barbilla y las tres la miraron fijamente. Miró a su madre de reojo que estaba sentada en el sillón del Conde tomando una tisana para calmar los nervios. El susto había sido horrible durante la hora que había tardado en llegar el médico.

Todas esperaban la reacción de Eugenia, pero parecía distraída con sus pensamientos. —Madrastra, ¿estás bien? —preguntó Bethany extrañada de que no abriera la boca.

—¿Qué? —Levantó la vista hacia ella.

—Madre, ¿qué ocurre?

En ese momento escucharon un carruaje y Bethany corrió hacia la ventana. Había empezado a llover y vio como su padre salía del coche mientras Jeremy le cubría con un paraguas.

—¿Cómo que ya está en casa? —gritó furibundo entrando en la casa.

Delia gimió apretando las manos y Belinda se las cogió dándole ánimos. El Conde de Keighley entró en el salón sin quitarse el gabán siquiera. —¡A tu habitación! ¡Ni quiero saber dónde has estado! ¡No saldrás de tu habitación hasta que llegue tu hermano de Boston! ¡Ya le darás las explicaciones a él!

—Querido... —Eugenia pálida se levantó de su asiento. —Hemos tenido un susto.

Su marido la miró sin comprender. —¿Qué quieres decir?

—¡No le preocupes por proteger a Delia! —dijo Bethany indignada—. ¡Le dio un tirón!

El Conde dio un paso hacia ellas. —¿Qué ocurre aquí? —gritó fuera de sí.

—Nada, padre. No me encontraba bien y hemos llamado al médico. Pero fue un tirón. Lo que ocurre es que temí...

Su padre entendió perdiendo parte del color de la cara. —¿Pero todo está bien? —preguntó más tranquilo.

Sonrió dulcemente. —Muy bien. El médico me ha dicho que todo va bien.

—¡Eso pasa porque no paras! ¡No descansas lo que debes! —gritó sobresaltándola antes de señalar a su mujer—. ¡Lo mismo que tú! —Eugenia se sonrojó. —¡A partir de ahora en esta casa se hará lo que yo diga! ¡No saldréis sin mi permiso! ¡Y eso va por todas! —Bethany jadeó, pero ninguna dijo palabra y decidió callarse, no fuera a ser que la encerrara de por vida porque era muy capaz.

Las fulminó a todas con la mirada. —¡A vuestra habitación! —gritó a los cuatro vientos.

Las cuatro salieron pitando y Bethany subiendo las escaleras susurró —Pero, ¿y lo mío?

—Shuss —chistó su hermana advirtiéndola con la mirada.

El Conde se quitó el gabán gruñendo por lo bajo y Jeremy se lo cogió. —¿Un whisky, Conde?

—Sí, doble. —De mal humor se sentó en su sitio y molesto miró a su alrededor. —Tienen prohibido salir de su habitación, Jeremy.

—Sí, Conde. —Le entregó el vaso, pero no se movió de su lado mientras le daba un buen trago. El Conde le miró tragando y su mayordomo carraspeó. —Si me permite Conde...

—Habla de una vez.

—El Duque de Cowlshaw ha estado en la casa, milord. De hecho él trajo a Lady Delia.

Le miró asombrado. —¿El Duque la trajo?

—Sí, milord. Y ella no estaba nada contenta porque la trajera de vuelta, milord. Quería hablar con la Condesa, pero Lady Bethany no le dejaba y me ha dicho que vendrá a la hora del desayuno para hablar con usted de la actitud de sus hijas.

—¿La actitud de mis hijas? —gritó levantándose—. ¿Qué actitud?

—No lo sé, milord —dijo sonrojándose—. Eso dijo antes de salir de la casa.

—¡Mujeres!

Bethany vio por la ventana como llegaba su caballo y sonrió ilusionada mientras el lacayo lo hacía entrar por la verja abierta mirando a su alrededor como si quisiera asegurarse de que era allí. Ya había oscurecido y su pelo blanco empapado brillaba bajo la luz de la luna. Era tan hermoso que quitaba el aliento. Escuchó los gritos de su padre desde abajo y asustada corrió fuera de su habitación yendo hacia la barandilla de la escalera para ver a su padre en la puerta gritando que se lo llevaran de inmediato o sino le pegaba un tiro. Angustiada vio que el lacayo se alejaba.

—¡Padre!

El Conde se volvió y la miró asombrado. —¡Te he prohibido salir de tu habitación!

—¡Yo no tengo la culpa de lo que ha pasado! ¡No es justo! —gritó con lágrimas en los ojos de la impotencia.

—No te lo digo más, Bethany. ¡A tu habitación!

Portia la cogió del brazo. —Ven niña, no le enfades más. Ahora no atiende a razones. Nunca ha tenido mucha paciencia —susurró—. Y lo sabes.

Rabiosa corrió a su habitación y cerró la puerta de golpe. El Conde desde abajo se estiró

el chaleco. —Jeremy...

—¿Si, Conde?

—Que la vigilen.

—Vigilan a las dos, Conde. He creído oportuno no vigilar a su esposa ni a la Marquesa para no perder demasiados efectivos.

—Perfecto. —Satisfecho dijo —La cena.

—¿Quiere que llame a alguien para que le acompañe, Conde?

—¿Y aguantar sus morros? No, gracias.

El mayordomo reprimió la risa. —Entendido, Conde.

Bethany chasqueó la lengua mientras su doncella entraba en la habitación con la bandeja. Molesta entrecerró los ojos cruzándose de brazos. Ya había visto al lacayo vigilando fuera de la casa para impedir que huyera, ¿pero a dónde iba a ir? Además, tenía que cuidar su reputación para que el Duque no dudara de su inocencia. No era tan tonta como para ponerla en peligro. Ya encontraría la manera de ablandar a padre.

Portia le puso la bandeja en la mesa que tenía al lado. —Come, niña. Sé que estás disgustada por lo del caballo, pero debes comer para tener energías y enfrentarte a tu padre. Y al Duque, que tiene pinta de ser duro de roer.

Sonrió sin poder evitarlo. —¿Si, verdad? Pero le he gustado, lo sé.

—Claro que sí, niña. ¿Cómo no le vas a gustar? Te regaló ese caballo. Le has encandilado.

Su corazón saltó esperanzada. —¿Eso crees?

—¿Conoces a algún hombre que regale algo así por nada? Tienes que haberle gustado y mucho.

Frunció el ceño. —Pues cuando me vio en la casa no pareció reconocerme.

—Es que llevabas otro vestido. Ya te he dicho que debes lucir hermosa en casa, porque nunca se sabe cuándo vas a recibir una visita. ¿Ves cómo siempre tengo razón? Ahora a comer que mañana tienes que estar hermosa cuando se presente. Vendrá en el desayuno.

Se levantó ilusionada. —¿Vendrá?

—Me lo ha dicho Jeremy.

Sonrió sentándose de nuevo y empezó a comer con apetito como siempre. Portia acarició su cabello con cariño. —Así me gusta. A los hombres les gustan las mujeres con curvas.

—¿De verdad, Portia? —preguntó con la boca llena.

—¡Y con modales!

Soltó una risita haciéndola sonreír.

Bethany se levantó llena de energía deseando ver a su Duque y haciéndose la loca sobre no salir de su habitación, bajó a desayunar para encontrarse a todos en la mesa. El Conde dejó caer la mitad del periódico gruñendo, pero al parecer no podía decir nada si las demás estaban allí, así que gruñendo de nuevo enderezó el periódico. Se sentó en su sitio a toda prisa y su hermana le guiñó un ojo. —Buenos días —dijo suavemente.

—Buenos días, cielo —dijo Eugenia con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien.

El Conde volvió a gruñir como si la conversación le molestara y todas se quedaron en silencio. Miró a Delia sentada al lado de su hermana preguntándole qué había pasado y esta le señaló con la cabeza a Belinda que seguramente había hablado con su padre del tema para hacerle

cambiar de opinión. Se sirvió el desayuno mirando hacia la puerta de tanto en tanto impaciente porque apareciera. Estaba tan nerviosa que se sirvió de nuevo y todos la vieron comer como si no hubiera mañana.

—Bethany te va a sentar mal —protestó su hermana.

Parpadeó mirando su plato de nuevo y se sonrojó porque en realidad no tenía hambre. —Si se lo ha servido se lo come —sentenció el Conde.

Siguió comiendo en silencio cuando llamaron a la puerta y sobresaltada miró hacia atrás para ver si se veía algo por la ventana. Jeremy se acercó a la sala del desayuno. —Conde, el Duque de Cowlshaw le espera en el salón.

El Conde dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó murmurando algo por lo bajo. En cuanto salió todas se levantaron y corrieron hacia la puerta de la sala para ver como al otro lado del hall su padre entraba en el salón cerrándolas puertas tras él.

—Viene a hablar de vuestro comportamiento —susurró Eugenia

—¿Nuestro comportamiento o el de Delia? —preguntó asombrada.

—Jeremy le dijo que vuestro comportamiento.

—Del mío no. Mi comportamiento ha sido irreprochable —dijo Belinda haciendo que la miraran—. Eh, no tengo la culpa de que no sepáis comportaros. Una dama siempre es una dama —dijo con burla.

—No me hagas hablar, Marquesa —dijo Delia con mala leche.

Belinda le sacó la lengua y Delia jadeó antes de correr como las demás hasta la puerta del salón mientras Jeremy ponía los ojos en blanco.

Pegaron la oreja a la puerta y a Bethany se le cortó el aliento cuando les escuchó discutir —¡No puede regalarle un caballo a mi hija! ¡Y más sin mi permiso! ¿Cómo se atreve? ¡Ha dañado su reputación!

¿Cómo? Asombrada miró a Belinda que sonrió maliciosa. Ella sabía que iba a decirle eso a su Duque.

—Su reputación no está dañada. Deje de exagerar, Conde.

—¿Exagerar? —gritó furioso—. ¡Creerán que la pretende! ¡Nadie la pretenderá ahora al no estar a su altura! ¡Su presentación está próxima y si se presenta todo el mundo creerá que la ha rechazado!

—¡No me venga con sandeces, Conde! ¡Sólo fue un presente!

—Sabe tan bien como yo lo maliciosos que son los rumores.

—¡Pues esos rumores son sólo malas lenguas! ¡Yo no puedo casarme aún! ¡Todo el mundo lo sabe!

—¡Sí, pero pensarán que tendrán un noviazgo como mi hija merece para acallar las malas lenguas! En seis meses sí podría casarse, ¿no es cierto, Duque? ¡Ha arruinado la presentación de mi hija y me he gastado una fortuna en ella!

¿Que se había gastado qué? Si sólo le había comprado cinco vestidos. ¿Su padre había bebido? Belinda intentó retener la risa y ella le dio un pisotón que la hizo jadear.

—Shuss. No me entero —protestó Delia.

—Conde, cualquiera diría que quiere endilgarme a su hija. Y eso es totalmente inaceptable.

Bethany se quedó sin aliento y todas perdieron la sonrisa de golpe.

—¡Mi hija es más que adecuada para ser Duquesa!

—¡Debe estar de broma, hombre! —gritó rompiéndole el corazón—. ¡Es casi una niña! ¡Se comporta como si no supiera nada de la vida! ¡Y es una descarada que no sabe cuál es su lugar! ¡Sólo la he visto dos veces unos minutos y le aseguro que no me ha dejado buena impresión!

—¡Explíquese!

—¿Que me explique? Muy bien. En la primera ocasión se puso en evidencia ante medio Londres montando a pelo un caballo que era mío. ¡Se subió a él a horcajadas como cualquier aldeana! ¡Si le regalé el caballo fue para no dejarla en ridículo ante nuestros iguales por su fascinación por él y para evitar la humillación de la situación! —dijo fríamente. Los ojos de Bethany se llenaron de lágrimas de la decepción—. ¡Y en la segunda ocasión se ha comportado poco menos como una cualquiera, milord!

—¿Cómo se atreve? —gritó su padre.

—¡Eran obvias sus intenciones! ¡Se me ha insinuado con la mirada sin ningún pudor! Así que debo decirle que no me sorprende mucho lo que usted me acaba de decir, porque cualquier estúpido se daría cuenta de que quieren hacerme una encerrona. ¡Cómo dejar que su hermanastra se hiciera la encontradiza conmigo, diciendo que se había perdido para que no me quedara más remedio que traerla a casa!

Asombradas miraron a Delia que negó con la cabeza. —Sólo pregunté si me podía llevar a casa, pero él sabía dónde vivía —susurró—. Así que no pude darle la dirección de Barry.

—¿Qué esperaba, Conde? ¿Dejarme en un compromiso y que me casara con cualquiera de las dos o sólo con su segunda hija? ¡Disculpe, pero yo tengo mejor gusto!

Delia se llevó la mano al pecho de la indignación y Belinda entrecerrando los ojos se enderezó viendo el dolor en su rostro. Bethany salió corriendo escaleras arriba mientras todas la observaban, pero escuchó gritar a su padre. —¡Maldito bastardo!

Asustada por él bajó las escaleras y abrió las puertas encontrándoselos enfrentados a punto de retarse. —¡Basta!

La miraron y ella dio dos pasos al Duque. —Mi padre no ha tenido nada que ver. Yo quería conocerle, Duque. Lo reconozco. En cuanto me hablaron de usted sentí admiración por cómo me habían dicho que era. —Sonrió con tristeza viendo cómo se tensaba mirando sus ojos. — Me habían dicho que era fuerte, que había luchado por recuperar a su esposa sin descanso, que

tenía honor y quise que mi marido fuera así. —Una lágrima corrió por su mejilla y se la limpió con rabia intentando borrar el dolor que expresaron sus ojos. —Siento que mi familia y yo le hayamos importunado. Lo siento de veras. Si quiere limpiar su honor estaré encantada de encontrarme con usted al amanecer.

—¡Hija! ¡Tú has sido la insultada!

—¿Pero qué locuras dice? —preguntó el Duque asombrado.

Furiosa porque no la tomaba en serio se acercó dándole un bofetón que le volvió la cara. —Tienes razón, padre. ¡Yo he sido la ofendida, porque no soy una cualquiera! ¡Y nadie insulta a un Laurens sin pagarlo con sangre! —le gritó a la cara—. Le espero mañana al amanecer en Hyde Park. Al otro lado del puente Serpentine.

Su padre la observó orgulloso. —Hija, ese es mi cometido.

—No, padre —respondió fríamente sin dejar de mirar sus ojos negros que ahora estaban más oscurecidos de la furia—. También he oído que no rechaza un desafío, Duque. Espero que no lo haga en esta ocasión porque entonces todo el mundo creerá que opina que las mujeres no tienen honor.

—¡Esto es ridículo! —Miró a su padre. —¡No aceptaré un duelo con una mujer!

—Mi hija tiene más honor del que usted tendrá jamás —dijo su padre con desprecio—. Si no quiere retarse con ella la sustituiré en el desafío.

—¡No, padre! ¡Es mío! —gritó furiosa—. ¡Si fuera Belinda se lo permitirías!

El Conde apretó los labios porque todo el mundo sabía que decía la verdad porque era la mejor tiradora que conocían.

—Hermana...

—¡Iré al amanecer! Si no se presenta, Duque... es que no sólo no tiene honor y estaba totalmente equivocada respecto a usted, sino que también le da miedo una simple mujer.

—A mí no me da miedo nada —siseó con furia dando un paso hacia ella intentando intimidarla. Se retaron con la mirada y él apretó los labios—. Usted lo ha querido, milady.

Sus preciosos ojos brillaron de la anticipación. —Mi padre será el padrino.

—Enviaré al mío de inmediato para los términos.

—Perfecto.

Pasó ante ella mientras toda la familia le miraba con odio y antes de salir dijo por lo bajo —Familia de chiflados.

Los Laurens levantaron la barbilla hasta que escucharon el portazo que indicaba que había salido de la casa.

—Hija...

El nudo que tenía en la garganta desde que la había llamado una cualquiera la estaba ahogando y sollozó antes de salir corriendo, dejando a su familia en shock. Belinda se cogió las faldas para seguirla, pero su padre negó con la cabeza. —Dejadla sola. Si tiene que llorar para sacarle de dentro que lo haga —dijo muy serio—. No quiero que la entretengáis con charlas que alarguen su pena. Mañana debe enfrentarse a él y se juega la vida.

—No la matará —dijo Eugenia—. Puede que la hiera, pero...

—Entonces es más necio de lo que parece porque mi hija tirará a matar. Como a dicho, nadie insulta a un Laurens sin pagarlo con sangre.

Bethany no consiguió pegar ojo en toda la noche y no era de extrañar porque aunque su padre no había entrado en la habitación para pegarle cuatro gritos, sabía de sobra que había destrozado su vida al fijarse en ese canalla. Una cualquiera. Que interpretación tan retorcida de lo que había ocurrido. ¿Y qué si le había admirado? ¿Y qué si había querido conocerle? Maldito

estúpido. Sentada en la cama frente al fuego se abrazó las piernas apoyando la mejilla sobre sus rodillas, cuando se abrió la puerta lentamente como si no quisieran despertarla. Su hermana entró en camisón.

—Deberías estar dormida. Debes descansar, has oído a padre.

—Queda poco tiempo —susurró Belinda preocupada sentándose a su lado.

Cerró los ojos y su hermana le acarició la sien. —¿Qué has hecho? —Una lágrima recorrió su nariz. —Shuss, no llores —La abrazó a ella. —Olvídate de él y del daño que te ha hecho, ¿me oyes? Tienes que sobrevivir. Eso es lo único importante ahora mismo. —La apartó para mirarla a los ojos. —Debes matarle para limpiar tu honor. Todo el mundo se preguntará cuál es la afrenta para que te hayas atrevido a retarle a duelo. Y para todos sólo hay una razón, porque esos necios consideran que no tenemos honor. Pero tú vas a demostrar que sí, matando a ese cerdo que se atreve a insultarte ante el hombre que te dio la vida como si fuera el dueño del mundo. ¿Quién se cree que es ese cabrón? —preguntó con rabia.

Se echó a llorar. —Ahora nadie querrá mi mano. Pensarán que estoy manchada.

—Si un hombre te quiere de verdad obviará los rumores. —La cogió por las mejillas limpiando sus lágrimas. —Ahora debes prepararte y serenar esos nervios o te temblará la mano. Y tu pulso debe ser firme. ¡No puedes fallar, Bethany!

Se miraron a los ojos y Bethany ignorando su corazón roto y la rabia en su interior asintió. Belinda la miró angustiada. —Júrame que no dudarás.

—No dudaré.

—Tira a matar. Le quiero muerto porque puede que por ensañarse te dispare a matar. Padre nos ha enseñado bien. Sólo tienes que contar, volverte y disparar sin dudar. —Bethany asintió. —No esperes a verle. Está justo detrás de ti. En cuanto te vuelvas, dispara aunque no hayas centrado tu vista.

—Entendido.

—Sé que puedes hacerlo. Es como cuando jugábamos a dar a las pelotas de criquet en el campo. Lo has hecho mil veces. —La besó en la sien. —Debes prepararte. No te pongas faldones. Un vestido ligero que no te estorbe. Portia entrará ahora, así que límpiate las lágrimas que ya está muy nerviosa. Debes tener templanza.

—Sí, Belinda.

—Te quiero —dijo reteniendo las lágrimas por el miedo que la recorría.

—¿Vendrás?

—Por supuesto que estaré allí.

Su hermana se levantó, pero ella la cogió por el brazo deteniéndola. —Te quiero.

Belinda emocionada negó con la cabeza. —No me lo digas ahora. Dímelo de vuelta a casa.

—Si gana él no quiero que hagas nada. Ni padre. Habrá ganado limpiamente. Júramelo.

—No pienso jurarte eso —dijo con odio—. Esas palabras nunca saldrán de mi boca. Si te ocurre algo, el Duque está muerto.

Salió de la habitación y Portia entró de inmediato. Forzó una sonrisa para tranquilizarla porque estaba pálida. —Seguro que hace frío. Me pondré el vestido de montar sin faldones.

—Sí, mi niña. —Sorbió por la nariz yendo hacia el armario. Se echó a llorar sacando el vestido y Bethany se levantó de inmediato abrazándola por la espalda. Portia lo dejó caer acariciando sus brazos. —Mi preciosa niña.

—No pasará nada.

—He visto tantas cosas... ¿Cómo has podido ponerte en peligro de esta manera?

—¿Acaso dudas de mí?

—Nunca, mi amor. —Se volvió para mirarla. —Eres una Laurens. Nunca os dais por vencidos.

Frunció el ceño. —Por supuesto que no.

—Le vi salir del salón —dijo cortándole el aliento—. Y estaba asustado.

Dio un paso atrás. —¿Cómo asustado?

—Lo vi en sus negros ojos. Estaba furioso, pero durante un instante vi el miedo.

—¿El miedo a qué?

—No lo sé, niña, pero ese hombre sentía miedo. Debes vestirme.

—Dímelo. Sé que presientes cosas. Me lo has dicho antes.

La doncella se tensó. —Me ocurre desde niña, pero son suposiciones.

—Mientes. Hace un par de años me dijiste en la casa de campo que se acercaban cambios.

—Pero eso era evidente, porque Belinda debía presentarse y...

—Estabas muy nerviosa y pensaste que yo había salido de la habitación después de vestirme, pero te oí decir por lo bajo que la vida de los Laurens estaba en peligro. ¡Y lo estuvimos! Ahora dime lo que sientes ahora. —La miró y en sus ojos castaños vio su angustia helándole la sangre. —¿Voy a morir?

—No lo sé. Pero lo que sí sé es que él teme ese duelo. Teme matarte.

Se enderezó. —¿Por su reputación?

—No, porque yo no estaba equivocada. Le atrajiste desde que te vio —susurró cortándole el aliento—. Teme por ti.

Dio un paso atrás negando con la cabeza. —Te imaginas cosas.

—Puede que sí, pero si le matas no tendrás la oportunidad de vivir el resto de tu vida a su lado.

—Esa opción ya no existe.

La cogió de los brazos. —¡Sí que existe! ¡Él no tirará a matar y he visto que sufrirás, pero es el hombre de tu vida! ¡Me di cuenta en cuanto le vi!

Separó los labios asombrada. —Debo matarle. Me ha insultado. Ha dicho...

—¡Habló su orgullo para quedar por encima de tu padre! —Cogió sus hombros. —
Mírame. Los hombres a veces hacen daño hasta que encuentran el camino correcto. ¡Mira tu
padre! ¡Mira Daniel! Debes encauzarle.

—¿Y debo dejar que me dispare? —preguntó incrédula.

—¡Por supuesto que no! Pero no le mates. —Le rogó con la mirada. —La vida es muy
larga para vivirla en soledad y lo que sientes por él no lo sentirás por nadie más.

Se le cortó el aliento mientras se apartaba de ella y se limpiaba las lágrimas. —Ahora
vamos a vestirte. No debes llegar tarde.

En silencio se quitó el camisón y se puso la ropa interior que Portia le había preparado. Se
puso el vestido que sin los faldones le quedaba algo largo, pero no dijo nada para no preocuparla
mientras se lo abrochaba en la espalda. —Te permito no ponerte el corsé para que tengas libertad
de movimientos. —Terminó de abrochar su espalda y cogió la chaquetilla. En cuanto se la puso
sobre los hombros ella se volvió para que se la abrochara. Y cuando terminó se miraron a los
ojos. —El cabello...

—Está bien así. Lo quiero suelto.

—Entonces deja que te lo cepille un poco.

Se sentó en su silla ante el tocador y le cepilló el cabello suavemente haciendo que sus
rizos castaños se convirtieran en ondas a la espalda. Se miraron a través del espejo y Portia
susurró —El destino está en tus manos. Aún tienes tiempo para decidir si quieres luchar por lo
que quieres.

—¿Y si estás equivocada?

La miró a los ojos. —Sólo me equivoqué una vez y fue por no seguir mi instinto. Fui a
prisión por robar. Pero ya te he contado esa historia. Ahora baja, que te están esperando. —La
besó en la coronilla antes de sonreír. —Tomarás la decisión correcta. Estoy segura.

¿Estaba segura? Hacía unos minutos sólo quería matarle por el daño que sus palabras le

habían hecho. Pero eso no era amor. Su hermana había perdonado muchas cosas a su marido. ¿Debía hacer ella lo mismo? Había insultado a su familia. A Delia. Había abochornado a su padre, pero lo que más le había dolido había sido cuando había dicho que jamás la aceptaría. Se miró al espejo y sus ojos brillaron buscando venganza.

Capítulo 6

Su padre y Belinda se mantuvieron en silencio seguramente para no ponerla nerviosa. Sobre las piernas de su padre estaba la caja con las pistolas de duelo, lo que era un alivio porque las conocía bien. El carruaje se detuvo y sonrió a su familia. —Ha llegado la hora.

La puerta del carruaje se abrió de golpe y allí estaba el Duque con una chaqueta de montar azul y unos pantalones beige. —¡Increíble! ¡Conde, debe estar loco para permitir algo así!

—¿Esperaba que me echara atrás, Duque? —preguntó ella con burla.

—Sé que no entiende mi decisión, Duque. Pero mis hijas no son como las demás damas.

—¡Eso es obvio! ¡Estas están locas!

—¡Aléjese del carruaje antes de que sea yo mismo el que le pegue un tiro entre ceja y ceja!

El Duque apretó los labios y la fulminó con la mirada con ganas de pegarle unos cuantos gritos más antes de alejarse.

—Durante un segundo me ha parecido ver a mi marido —dijo Belinda molesta, pero a Bethany se le cortó el aliento y las palabras de Portia pasaron de nuevo por su mente.

Carlton salió tendiéndole la mano. —Vamos, hija. Los testigos esperan.

Cuando descendió hubo murmullos y ella levantó la vista encontrándose a cuatro hombres vestidos con trajes negros. Y algo más alejado estaba su Duque esperando mientras otro hombre muy rubio que estaba a su lado hablaba en voz baja con él.

Cogida del brazo de su padre caminaron hacia ellos y uno de los hombres se acercó preocupado. —Conde, esto es inaudito.

—La decisión está tomada. Igual así en el futuro el Duque retiene su lengua. Eso si sobrevive. —Le entregó la caja. —Aquí están las armas.

El Duque se acercó lentamente y el testigo mostró las armas. Le hizo un gesto al hombre que iba con él y este cogió una revisando que estuviera cargada mientras el Duque no dejaba de mirarla. —Todavía puedes echarte atrás.

—No recuerdo que nos hayan presentado, Duque. No se tome confianzas. —Cogió la otra pistola.

—Veinte pasos, hija.

Bethany asintió y fue con su padre hasta donde le indicó poniéndola de espaldas a los hombres.

—Sabes por qué lo he hecho, ¿verdad?

—Sí, hija. Te hizo daño.

Asintió forzando una sonrisa. —Gracias, padre.

La besó en la frente y se apartó emocionado. Le sintió a su espalda y cerró los ojos. — Detén esto, Bethany —susurró él—. No quiero matarte.

Bethany abrió los ojos. —¿Entonces por qué has venido, Kayne?

—¿Preparados? —preguntó el padrino del Duque.

Miró hacia él y asintió como su contrincante. —Bethany...

—¡Uno! —Dio un paso al frente levantando la pistola y concentrándose totalmente.

—¡Dos!

Fue dando los pasos casi sin darse cuenta y cuando llegó el numero diecinueve se le cortó el aliento. —¡Veinte! —Se giró con el arma en alto y lo vio todo borroso antes de disparar. El dolor en la pierna fue como un latigazo y miró sorprendida hacia abajo, pero no vio nada extraño mientras el padrino de Kayne corría hasta él. Le miró sintiendo su corazón que se le salía del

pecho cuando vio como apartaba molesto a su amigo caminando furioso hacia ella.

Sin saber muy bien las reglas le miró a los ojos. —¿Tenemos que repetir? —Entonces vio el agujero que había traspasado su brazo sin sentir ninguna pena por él. —Oh, he ganado.

—¡Me has disparado! —le gritó a la cara.

—Claro que sí. —Sonrió encantada porque no le había matado. —¡Y he ganado! —El Conde llegó hasta ella y le abrazó. —¡Padre, he ganado!

El Conde miró a su rival sobre su hombro dándole las gracias con la mirada. —Está herido, Duque.

—Padre, eso no es nada.

Kayne la miró asombrado salir corriendo mientras gritaba —¡Belinda he ganado!

Su hermana se echó a reír y la abrazó con fuerza. —No le has matado —le susurró al oído.

—Es que me daba pena.

Belinda se echó a reír y caminaron hacia el carruaje ignorando a los hombres que las observaban fascinados. Cuando las primeras luces iluminaron la hierba algo llamó la atención de Kayne. Miró el suelo donde Bethany había dejado caer la pistola. Se agachó para recogerla y vio la gota de algo oscuro que le puso los pelos de punta. La tocó con el índice y la luz le mostró ese color rojo tan característico de la sangre. Se incorporó para ver como el Conde iba hacia el carruaje satisfecho.

—¡Roy, está herida! —gritó antes de echar a correr hacia el carruaje.

Bethany sentada ya en su sitio miró hacia afuera. —¿Qué ocurre?

Alguien apareció en la puerta y era el padrino de Kayne. —Milady, ¿está herida?

—¿Pero qué dice este hombre?

Se abrió la otra puerta y apareció el Duque que la cogió por el brazo. —Bethany estás herida.

—¿Acaso no sabes perder? —preguntó indignada.

Su hermana miró sus botines y jadeó. —¡Tienes sangre en el botín!

Se inclinó hacia delante y antes de darse cuenta el Duque había levantado sus faldas. Palideció por la sangre que había manchado su pantalón interior en su pierna izquierda. —¿Qué es eso, Belinda?

—¡Joder, Roy! ¡Sangra mucho!

—¿Qué ocurre? —gritó su padre desde fuera empujando al doctor—. Dios mío.

Bethany reaccionó al ver la cara de desesperación de su familia. —Padre no puede ser grave. Tú no te preocupes porque no me duele nada. ¿Nos vamos?

Roy gritó —¡Conde, apártese! —Apareció de nuevo y con una rienda rodeó su muslo apretando con fuerza.

—¿Qué hace? ¡No me toque! ¿Cómo se atreve?

Kayne la cogió del brazo deteniéndola. —¡Está intentando salvarte la vida! ¡Es médico!

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—¿Por qué disparaste? ¡No pensaba responder! —le gritó a la cara—. Si no hubiera recibido el tiro en el brazo... ¡Se me disparó antes de darme cuenta!

—Kayne hay que llevársela.

—Vale, te perdono —dijo ella—. Padre, ¿nos vamos?

—¿Cómo que me perdonas? —preguntó asombrado—. Conde, ¿su hija está bien de la cabeza?

—¡Uy, este se está buscando otro duelo! —gritó su hermana histérica—. ¡Cochero a casa! ¡Padre sube!

El Conde empujó de nuevo a Roy entrando en el coche a toda prisa y cerrando la puerta. —¡Dejad que el médico la acompañe! —exigió su Duque.

—No será necesario. Gracias por el reto. Ahora me siento mucho mejor, excelencia.

Sin salir de su estupor con esa familia de chiflados ni escuchó que el Conde gritaba al cochero que les llevara a casa y este casi le arrolla cuando salió de allí a toda velocidad.

El Duque miró a su amigo que hizo una mueca. —Una familia algo peculiar.

—¿Eso es decir poco! —Frunció el ceño. —¿Se salvará?

—¿Te preocupa? Vamos a arreglarte ese brazo. Por lo que he visto te ha traspasado. — Antes de darse cuenta su amigo se había subido a su caballo y cruzaba el puente a todo galope. — Al parecer tengo que ir a casa del Conde —dijo divertido.

Bethany se miró el muslo y su hermana se acercó a ella rasgando la delicada tela de su pantalón interior. Tenía un agujerito en medio del muslo y chasqueó la lengua. —Será gañán.

—Se le disparó la pistola al recibir el impacto. Se volvió antes que tú. Podría haberte matado —dijo su hermana preocupadísima.

—¡Aprisa! —gritó su padre—. Dios mío, teníamos que haber dejado que viniera el médico.

—Sí, teníamos que haberlo hecho. —Se encogió de hombros y sonrió radiante. —No me ha matado. Portia tiene razón. Le gusto.

—¿Es que estás loca? —Su padre estaba de los nervios. —¡Un hombre al que le gustas no se hubiera retado a duelo contigo porque no te hubiera insultado!

—Es que debe tener peor carácter del que pensábamos. Bah, se le pasará.

Belinda y su padre se miraron sin saber qué decir. Miró por la ventanilla y parpadeó sin creerse lo que veía. Su Duque estaba escoltándolos y algo se calentó en su pecho. —Mirad.

Ambos miraron hacia allí y su padre gruñó. —¿Qué quiere ahora?

—¿No está claro, padre? Está preocupado por nuestra Bethany.

—¡Ahora! ¡Podía haberse preocupado antes! ¡Le ha pegado un tiro! —Sus hijas le miraron fijamente. —¡Ah, no! ¡Ni hablar! ¡Podía haberla matado! ¡Todavía puede matarla! ¡Nunca aprobaré ese matrimonio!

Belinda le ignoró acercándose a ella. —¿Sabes lo que tienes que hacer ahora?

Su corazón se aceleró en su pecho. —Comprometerle sin que se dé cuenta.

—Exacto. Es tu oportunidad. Él ha venido a ti.

—Pero para eso tengo que estar a solas con él. —Ambas rogaron a su padre con la mirada y este gimió pasándose la mano por la cara. —Por favor, padre.

—Tu reputación...

—Mi nombre estará en boca de todos en el desayuno y lo sabes muy bien. Esta es la manera de arreglarlo.

El Conde apretó los labios. —No me gusta ese hombre.

—Le tiene que gustar a ella, padre. —El Conde la fulminó con la mirada. —Me lo prometiste.

Gruñó volviéndose de nuevo hacia Bethany. —Como te haga daño de nuevo le mato.

Chilló de la alegría tirándose a su cuello y Belinda sonrió. —Muy bien, este es el plan.

El coche se detuvo ante la casa y la puerta se abrió de golpe encontrándose allí a su Duque. Ella jadeó indignada. —¿Es que no voy a librarme de ti? ¿Qué quieres ahora? ¿Otro tiro?

Sin responder la cogió en brazos sacándola del carruaje y Bethany chilló abrazando su cuello en su miedo a caerse. Impresionada porque la llevaba como si no pesara nada ni vio a su amigo Roy dando órdenes al servicio. —¿Por qué estás aquí? —susurró.

Sin dejar de subir las escaleras la miró con desconfianza. —Me siento responsable.

Bethany ocultó su desilusión y levantó la barbilla. —Estas cosas pasan.

—¡A mí no! —le gritó en la cara entrando en la primera habitación que encontró que era la de su hermana.

—No es aquí.

—¡Cállate! —La tumbó en la cama con suavidad y ella reprimió una sonrisa, pero la perdió al ver que cogía sus faldas.

—¿Qué haces? —preguntó intentando detenerle.

—¡Bethany déjate de tonterías! —Al levantar el vestido juró por lo bajo viendo el agujero y miró sobre su hombro donde sólo se escuchaban gritos en el piso de abajo. —¡Roy, dónde diablos estás!

Entonces recordó las palabras de su hermana y gimió. —Me duele.

—¿Cómo no te va a doler? ¡Roy! —Llevó las manos a la lazada de su pantalón interior y la desató a toda prisa, pero Bethany chilló de la vergüenza sujetándolos pololos como podía para intentar detenerle. —¡Bethany estate quieta! —La cogió por las muñecas y la tumbó con firmeza colocando sus brazos por encima de su cabeza. Se miraron a los ojos con la respiración agitada y Kayne miró sus labios. Su cuerpo casi chillaba de la alegría y algo se retorció con fuerza en su vientre provocando que separara los labios. Volvió a mirarla a los ojos y gruñó antes de apartarse tirando de sus pantalones hacia abajo. Bethany se sonrojó con fuerza cuando mostró el vello de su sexo y se mordió el labio inferior levantando la cabeza. Parecía concentrado en algo y sintió como desataba la rienda de su muslo para bajar el pantalón interior. Escucharon un ruido en el pasillo y Kayne se volvió para ver entrar a Roy con Belinda. Kayne alargó la mano cogiendo su vestido para metérselo entre las piernas abiertas y cubrir su sexo. Fue apenas un roce, pero todo su cuerpo vibró de arriba abajo provocando que se quedara con los ojos como platos.

—Muy bien —dijo Roy dejando el maletín a su lado y abriéndolo a toda prisa.

Portia llegó en ese momento con una jarra de agua y le guiñó un ojo, lo que fue un alivio porque debía tener un buen presentimiento. Si no tuviera ninguno estaría de los nervios. — Deberíamos desvestirla, pero no quiero perder más tiempo.

—¡Opérala ya! —exigió el Duque como si tuviera todo el derecho.

Su amigo sacó un frasquito y con su contenido empapó un paño. —¿Qué es eso? — preguntó empezando a asustarse.

—Algo que la dormirá, milady.

—¡No! ¡No quiero dormirme!

El Duque cogió el paño y se lo puso sobre la nariz y la boca casi recostado sobre ella. El olor la mareó y mirando sus ojos negros sintió que perdía el sentido. Kayne sonrió. —Eso es, preciosa. Así no te enterarás de nada.

Una risita a su lado la despertó y alguien chistó. —Se despierta.

Sentía la boca pastosa y le dolía algo la cabeza, pero sobre todo sentía un dolor punzante en la pierna que le hizo abrir los ojos para encontrarse con Portia y Belinda sobre ella. —¿Cómo te encuentras? —preguntó Portia pasando su mano sobre su frente para apartarle el cabello.

—Me duele todo. Ese matasanos... Me encontraba mejor antes. —Un movimiento a su lado la hizo volver la cara y parpadeó pensando que soñaba al ver a Kayne a su lado durmiendo. Pero lo que la espabiló de golpe es que estaba desnudo de cintura para arriba excepto por la venda de su brazo. Abrió los ojos como platos antes de mirarlas. —¿Qué ha pasado?

Belinda reprimió la risa. —Tu Duque se puso tan nervioso durante tu operación porque el médico no podía sacar la bala, que se pasó el paño por la cara sin darse cuenta. Se cayó redondo y el médico ha dicho que así dejaría de escuchar sus gritos. Que había sido una bendición. De esa manera aprovechó para coserle sin que le gruñera. —Su hermana rio por lo bajo. —Si que tiene

mal carácter, sí. Escuchaba sus gritos desde el pasillo.

—No veas que porrazo se ha pegado. Con lo grande que es retumbó la casa.

Miró su perfil. —Pobrecito. Debe ser de esos hombres que no aceptan sus sentimientos.

Su familia asintió. —No lo consientas —dijo su hermana.

—Por supuesto que no. ¿Y padre?

—Tiene abajo al pastor listo para actuar. Menos mal que no se entera de nada, porque así nos ha dado tiempo a arreglarlo todo. Su amigo se marchó hace una hora para atender a otro paciente. Al parecer le habían pegado un tiro.

—Es que las armas son muy peligrosas.

—Ya lo decía padre. Por eso nos enseñó a usarlas.

Asintieron las tres a la vez antes de mirar a su futuro marido. —¿Pero para qué queremos al pastor si no puede casarse todavía?

—Para que le eche la bronca —susurró su hermana—. Por si se resiste a entrar en razón.

—Ah... ¿Creéis que eso de la anulación tardará mucho?

—Padre ya ha hablado con el obispo, que entiende la situación y actuará de inmediato. Mañana tendrá los papeles. Déjalo en sus manos. Este se casa contigo. Vaya que sí.

Sonrió radiante olvidando los dolores y volvió a mirarle. Qué guapo era. Y ahora era todo suyo. —Quiero decírselo yo.

—¿Estás segura? Mira que no puedes correr tras él —dijo Portia reprimiendo la risa.

—Muy graciosa. —Se apoyó en el codo sin dejar de mirarle y jadeó al ver que tenía un morado en el pómulo. —¿Y eso? ¿Se lo hizo en la caída?

—Padre que perdió la paciencia al intentar levantarle hasta tu cama y quiso despertarle a mamporros. Pesa mucho. Cuatro hombres necesitaron.

—¿De veras? —Sonrió como una tonta y le cogió la barbilla para volver su cara hacia

ella. Se recostó de nuevo mirándole. —Es tan hermoso que me quita el aliento.

—Pues cuando se enfada da miedo —dijo Portia—. Niña, ¿qué tal si te ponemos el camisón? Temíamos despertarte. Tienes que estar hermosa para cuando se despierte tu prometido.

Se sentó de golpe. —Sí, sí, rápido.

Para que fuera más fácil sacó un poco las piernas de la cama y así mirarlas de frente. Entre su hermana y Portia le quitaron la chaquetilla y el vestido. Le estaban quitando la camisa interior cuando se sintió observada y bajando los brazos volvió la cabeza sobre su hombro, pero tenía los ojos cerrados. Portia se puso ante ella y Bethany vio lo que llevaba en las manos. —Ese camisón no, Portia. Es muy grueso y tengo calor.

—Pero niña...

—Tráeme uno sin mangas, por favor.

Sintió la mirada en su espalda de nuevo mientras ellas decidían qué camisón era el mejor para que estuviera cómoda, cuando sintió que algo rozaba un mechón de su cabello y tocaba su cintura con suavidad. Fue algo tan sutil que para cualquiera sería imperceptible, pero para Bethany fue como si la alcanzara un rayo provocando que sus pechos se endurecieran en respuesta. Hizo que no se daba cuenta sonriendo a su hermana cuando llegó con un camisón de gruesos tirantes con rosas bordadas. —Con este estarás cómoda.

—Gracias.

—Portia, vete a por algo para desayunar. Debe estar hambrienta. —Bajó el camisón por su torso y ella se recostó de nuevo sobre las almohadas colocando la pierna con cuidado. —¿El doctor ha dejado algo para el dolor?

—Sí, puedes tomar dos gotitas de láudano en...

El Duque se sentó de golpe sobresaltándolas. —¡No tomará nada de eso!

—¡Vaya, se ha despertado! Pues ya era hora —dijo su hermana como si estuviera ofendida. Portia salió de la habitación de inmediato.

—¡No tomará láudano! —Miró a Bethany como si fuera la culpable de todos los males de la faz de la tierra. —¡No lo tomarás!

—¿Acaso tengo que soportar el dolor? —preguntó asombrada.

—¡Sí!

—¡Oiga caballero, mi hermana hará lo que ha dicho el doctor que sabe más que usted! — Cogió un frasquito que había sobre la mesilla de noche y la cucharilla de plata.

Kayne pasó sobre ella alargando la mano y se lo arrebató cuando lo abría, tirando el frasco a la chimenea. Vio otro frasco sobre la mesa y lo estrelló también dejándolas con la boca abierta por la furia que reflejaban sus ojos. —No lo tomará.

—¿Pero qué le pasa? ¿Está loco?

Vio tal tensión en su rostro que le dijo a su hermana —Belinda, ¿puedes dejarnos solos unos minutos?

Belinda elevó una ceja divertida antes de salir de la habitación y él se levantó de golpe. —Ya veo, se larga para comprometerme. —Furioso cogió la ropa. —Pero no vas a conseguir nada.

—Ya lo he conseguido, Duque. Todo Londres sabe que estás en mi casa después de pegarme un tiro. Me has desnudado y has dormido en mi cama. ¡Eres mío! —dijo triunfante.

Tiró la camisa sobre la cama y arrodilló una pierna para cogerla de la nuca y acercarla a él cortándole el aliento por su furia. —Retrátate —siseó cerrando su mano y tirando de su cabello hacia atrás.

—Jamás.

El Duque miró su boca. —Como dijiste no soy como crees.

—No, eres mejor. —Sus preciosos ojos se volvieron violáceos de la excitación. —¿Vas a besarme? Me muero porque me beses y saber qué se siente.

Él gruñó antes de atrapar sus labios y Bethany abrió los ojos como platos cuando su lengua entró en su boca. Eso no se lo esperaba y gimió intentando apartarle cuando se rozaron sus lenguas haciéndola gemir. Fue tan excitante que quiso más, así que le acarició de nuevo sin notar que se estremecía entre sus brazos. Se besaron como posesos y él la tumbó en la cama tirando de su camisón hacia abajo y dejando sus pechos al descubierto. Se apartó de sus labios, pero siguió besando su cuello. Mareada enterró sus dedos en su cabello negándose a que la dejara. Cuando su lengua pasó por el endurecido pezón, gritó arqueando la espalda sorprendida por lo que sintió y se retorció queriendo más.

La puerta se abrió de golpe y Bethany chilló de la sorpresa al ver a su padre con el Pastor Flanagan hecho una furia. Kayne que la cubría se tensó mirando sus ojos. —Tú lo has querido, preciosa. No tendrás un buen matrimonio.

Se quedó sin aliento. —Pero te tendré a ti.

Los ojos de Kayne brillaron antes de cubrirla con la sábana e incorporarse hasta levantarse de la cama. Se puso la camisa tranquilamente antes de volverse. —Conde...

—Va a responder a esto, Duque.

—Todavía no puedo casarme.

—Mañana tendrá la anulación. Y mañana se casará con mi hija.

Ella sonrió satisfecha. —Sí, padre. Yo no necesito una gran boda.

Todos la miraron y al ver que estaban enfadados se sonrojó. —Lo decía por romper este tenso silencio.

Su hermana entró en la habitación con otro frasquito en la mano. —Portia tenía láudano para cuando le duelen las rodillas. Ahora te vas a tomar una cucharadita...

El frasco terminó en la chimenea de nuevo y todos le miraron asombrados. Parecía a punto de estallar. —¡Es mi prometida y hará lo que yo le diga! ¡Y no tomará esa mierda!

Al verle tan alterado se sentó en la cama. —Kayne no te pongas así. Si no quieres no lo

tomaré. —Aunque la pierna le dolía mucho susurró —Te lo prometo.

Eso pareció calmarle y asintió cogiendo la chaqueta de la butaca.

El Conde entrecerró los ojos desconfiando. —Mañana aquí a las diez de la mañana, Duque. No me haga tener que ir a recordárselo.

Kayne sonrió irónico poniéndose la chaqueta y acercándose a su prometida. —Que preparen tus cosas. Mañana nos vamos a Cowlshaw Hills.

—¿A tu casa de campo? —preguntó sorprendida—. Pero se inicia la temporada.

Su prometido se tensó. —Haz lo que te digo.

—Sí, Kayne —susurró porque no quería discutir con él ahora que había conseguido tanto.

—¡Está convaleciente! —protestó su hermana—. ¡Debe descansar!

Él se volvió y salió de la habitación sin decir una palabra más. Belinda se quedó de piedra al igual que su padre. Ahora era suya y él tomaba las decisiones. Bethany chasqueó la lengua. —Tranquilos, he tratado a padre durante años. Antes de dos semanas estaremos de vuelta. El Duque no tiene nada que hacer.

Su padre sonrió antes de echarse a reír. —Cierto, hija. Absolutamente nada que hacer.

Sonrió radiante. ¡Dios, se iba a casar con él! Su pecho iba a estallar de felicidad.

Capítulo 7

Llegaba tarde. Muy tarde. Sentada en el sofá con su vestido de viaje de terciopelo azul se cruzó de brazos molesta viendo como el pastor, su padre y Belinda discutían sobre lo que había que hacer porque el Duque no se había presentado y ya pasaba de las dos horas de retraso.

—¡Esto es inaudito! —gritó el Conde mientras su mujer asentía sentada a su lado.

—Igual ha tenido un problema con el carruaje —dijo el Pastor intentando calmar los ánimos.

Belinda parecía a punto de querer ir a por su pistola. De repente la miró y frunció el ceño. —Cielo, ¿te encuentras bien?

—¡Cómo va a estar bien si la ha plantado su prometido! —gritó su padre furibundo.

La verdad es que no se encontraba nada bien porque tenía el estómago del revés de los nervios, estaba acalorada y la pierna le punzaba horrores haciéndola palidecer de cuando en cuando. Pero aun así forzó una sonrisa para la galería. —Estoy estupendamente y estará al llegar. El Duque tiene palabra.

—Sí, eso lo estamos viendo.

Chasqueó la lengua. —Padre, te está demostrando que él llega cuando le viene en gana. Pero llegará.

El Conde gruñó yendo hasta el mueble de las bebidas y sirviéndose un generoso whisky.

—Si me pone otro —dijo el pastor algo nervioso—. Debo reconocer que su prometido me intimida un poco, milady.

Sonrió sin darle importancia. —¿Sí, verdad? —Parecía encantada de la vida y el hombre

parpadeó como si no se creyera lo que veía. —Es perfecto.

Su padre gruñó antes de beber un buen trago y escucharon el sonido de un carruaje entrando en la finca. Delia fue hasta la ventana para apartar la cortina. —Es el Duque. Lleva todo el equipaje ya cargado.

—Perfecto. ¿Veis cómo iba a venir? —Se levantó para recibirle y cuando entró muy tenso en el salón, Bethany sonrió radiante a pesar de su palidez. Ignorando a todos se acercó a ella mirando fijamente sus ojos y le levantó la barbilla. —Buenos días, esposo.

Él asintió soltándola y se volvió hacia los demás. —Bien, ¿empezamos?

—¡Los papeles llegaron a las diez de la mañana como le dije, Duque!

—Ya, pero yo tenía cosas que hacer. —Cogió del brazo a Bethany y cojeando se acercaron al Pastor, que se bebió el whisky de golpe antes de entregarle el vaso a Jeremy y dar un paso hacia ellos. —Dese prisa, hombre. Tenemos mucho camino por delante —dijo molesto.

Le miró asombrada. —¿Ahora tienes prisa? ¡Llevo dos horas esperando por ti!

—¿Acaso hablaba contigo?

—¡No, pero me meto igual!

Belinda y Eugenia sonrieron de oreja a oreja mientras el Conde se relajaba visiblemente.

—¡Te meterás en lo que yo diga!

—Pues eso.

—¿Pues eso qué? —le gritó a la cara sacándole de quicio.

—Tú dices que soy tu esposa, por eso me meto en tus cosas. ¡Es lo lógico!

Kayne gruñó antes de fulminar al Pastor con la mirada como si quisiera que le traspasara un rayo. —¿Empieza o no?

—Estamos aquí reunidos...

Ella sonrió apretando su mano alrededor de su brazo y él puso su mano sobre la suya. Fue

como si le diera el mejor regalo del mundo y le miró enamorada haciendo llorar a todas las mujeres de la sala. Antes de lo que se esperaba el Pastor carraspeó. —¿Los anillos?

Su padre dio un paso al frente y mostró dos anillos. Sus ojos se llenaron de lágrimas. — Fue con los que nos casamos tu madre y yo.

—Gracias, padre. —Cogió el grande de su mano y el Pastor bendijo los anillos. Cuando le llegó el turno de hablar se quedó en silencio provocando que Kayne la mirara por primera vez en la ceremonia y Bethany sonrió colocando el anillo en su dedo. —Yo Bethany Elionora Laurens te tomo a ti Kayne Robert Furburgh como mi legítimo esposo para amarte y honrarte en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza todos y cada uno de los días que me queden de vida hasta que la muerte nos separe.

Él se quedó en silencio observándola y el tiempo pasó. El Pastor susurró —Hijo es tu turno.

Carraspeó incómodo y dijo muy serio mirando su mano —Yo Kayne Robert Furburgh te tomo a ti Bethany...

Ella entrecerró los ojos. —Elionora.

—Eso, por esposa hasta que la muerte nos separe.

Jadeó indignada, pero él miró al frente como si nada haciendo que el Pastor continuara. El pobre iba a abrir la boca cuando Bethany lo interrumpió. —Oiga... Yo quiero que me lo diga todo.

—Sí, Pastor —dijo su hermana divertida—. Que lo diga todo. Que debe honrarla y todo lo demás. Sobre todo que deberá amarla. No lo hemos oído.

—Bethany...

Ignoró su advertencia. —¿Pastor Flanagan?

Le miró temiendo su reacción. —Entiéndalo Duque, es la costumbre.

Escucharon cómo le chirriaban los dientes intentando controlarse y ella sonrió diciendo — Yo...

—Yo.

—Kayne Robert Furburgh...

—Kayne Robert Furburgh, te tomo a ti Bethany Elionora Laurens por esposa. Para amarte y honrarte, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza hasta que la muerte nos separe.

Ella chilló de la alegría y le cogió por las mejillas besándole en los labios mientras su familia aplaudía. Se apartó mirando sus ojos y durante un segundo pareció divertido. —¿Cómo te sientes, marido? —susurró.

Eso le hizo perder la sonrisa de golpe y cogió su mano. —Tenemos que irnos.

—¿Pero no os quedáis a comer? —preguntó Eugenia sorprendida—. Habíamos preparado una tarta nupcial.

—Tenemos mucho camino por delante y no quiero llegar después de que oscurezca para que nos sorprenda algún asaltante.

—Sí, los caminos están peligrosos en estos tiempos —dijo su padre más serio antes de alargar la mano. Soltó la suya para estrechar la de su padre y el Conde se acercó lo suficiente para decir —Como a mi hija le pase algo, estás muerto. Los Laurens te encontraríamos y te descuartizaríamos lentamente. —Toda la familia sonrió como una loca asintiendo, incluida Delia y Eugenia.

Ella se echó a reír. —Padre, qué cosas dices. —Le abrazó con fuerza. —Te quiero, papá.

—Mi niña. Si me necesitas...

—Estaré bien.

Miró a su hermana y la abrazó con fuerza. —Te quiero —dijo Belinda emocionada—. Si

me necesitas envíame recado.

—Dale un beso a Daniel de mi parte. A los dos.

—Lo haré.

Reteniendo las lágrimas abrazó a Eugenia. —Cuida de ellos.

—Lo haré, cielo. No te preocupes. Sé feliz.

Delia forzó una sonrisa. —Yo tengo dos regalos para ti.

Jeremy se acercó con un lienzo y le dio la vuelta cortándole el aliento. Era ella sentada en el jardín riendo mientras sus ojos brillaban de alegría.

—Milady tiene un talento enorme —dijo su marido admirando el retrato.

—¿Verdad que sí? Me ha sacado guapa.

La familia se echó a reír cuando en ese momento llegó un cuadro mucho más grande. Dos lacayos lo volvieron y dio un paso hacia él impresionada pues estaban retratados todos los suyos. Daniel y Portia incluidos. La imagen representaba un baile en el que la pareja central eran ellos. Y Kayne le sonreía. Maravillada se acercó otro paso para ver como Eugenia bailaba con padre mostrando ya un embarazo que no era visible todavía, al igual que Belinda que bailaba con Daniel. El niño estaba en brazos de Portia y Delia se había retratado sentada mirando al exterior del cuadro. Dejando evidente a quién estaba mirando. —¿Cuándo lo has pintado?

—Lo empecé antes de ayer.

—Me reitero, milady. Tiene un talento enorme. Le aseguro que ocupará un lugar preferente en mi casa.

—Gracias, Duque —dijo sonrojada de gusto.

Bethany la abrazó con fuerza y susurró —No te des por vencida.

—Con todo lo que me habéis enseñado, ¿crees que lo haría? Ese hombre es mío.

—Así me gusta.

La besó en la mejilla y emocionada cogió el brazo de su marido sin darse cuenta de que apretaba su herida hasta que dio un respingo. —Lo siento, ¿te he hecho daño?

Él negó con la cabeza cogiéndola de la mano. —Debemos irnos.

Asintió y Portia que la esperaba en la puerta ya preparada para el viaje abrazó a Belinda. —Cuídala —susurró su hermana.

—Por supuesto. Jamás me separaría de ella.

Su marido la sacó al exterior y dio órdenes a sus hombres para que subieran los cuadros con cuidado. Por su tono como les pasara algo les despellejaría vivos. Como cojeaba la cogió en brazos para subirla al carruaje y contenta gritó a su familia —¡Os quiero!

—¡Escríbenos! —dijo su hermana llorando.

Con lágrimas en los ojos asintió mientras Portia llorando se sentaba a su lado. Su marido se sentó frente a ella que se despedía con la mano sintiendo que se le rompía el corazón. Había estado antes separada de ellos por sus estudios en Londres y odiaba cada minuto que había estado alejada. Al menos tenía a Portia, que por suerte esa vez podía acompañarla en su nueva vida, haciendo que el vacío que sentía en la boca del estómago fuera menor.

El carruaje empezó a andar y estiró el cuello lo que pudo hasta dejar de verles. Al mirar al frente vio que su marido la observaba muy serio y Bethany forzó una sonrisa. —Les echaré de menos.

—Eso es evidente —dijo con ironía antes de mirar fijamente a su doncella poniéndola nerviosa.

—Es Portia. Nos ha cuidado desde pequeñas y ha sido nuestra doncella todos estos años.

—¿Y no prefería quedarse con el pequeño heredero? —preguntó algo molesto sonrojándolas.

—Espero poder cuidar al suyo, Duque. Cuando llegue la hora. Además no estaremos en su finca para siempre. Les veré de nuevo.

Bethany sonrió porque no se dejaba intimidar.

—¿No me diga? Mis planes son otros, así que si aún quiere quedarse en la ciudad está a tiempo. —Eso les borró la sonrisa de golpe.

—¿Cuánto tiempo?

—Como ha dicho la buena señora hasta que me des un heredero.

—¡Kayne!

La miró fijamente. —¿Acaso tienes algo que discutir, Duquesa?

Dijo su nuevo título de una manera que le puso los pelos de punta. Como si se hubiera vendido por conseguirlo o algo así. Pero ella tampoco se dejó intimidar. —Cambiarás de opinión.

—Lo dudo mucho.

—Tienes negocios con mi cuñado y...

—Nuestro cuñado ya tiene vía libre para usar mis terrenos. Esta mañana he hablado con Barry para solucionarlo, como he solucionado algunas cosas más.

Se le cortó el aliento. —¿Qué cosas?

—Me has obligado a hablar con mi amante seriamente.

—¡Excelencia, no se hablan de esas cosas! —dijo Portia escandalizada.

—¿Tu amante? La habrás despachado.

Kayne se echó a reír como si estuviera muy divertido. —¿Esperabas eso?

—¡Soy tu esposa! ¡Me debes respeto!

—Ambos sabemos que me he casado contigo por una cuestión de honor. Tu reputación estaba totalmente arruinada y no todo fue culpa mía, ¿no es cierto, preciosa?

Sin color en la cara no se dejó distraer. —¿Qué le dijiste a la Baronesa?

—Ah... veo que estabas enterada de su existencia. Sherill es una mujer de mundo. Ha

sabido entenderlo después de que tuviera que convencerla. Por eso precisamente llegué tarde. Le gusta hacer el amor con tiempo para quedarse satisfecha. Y yo la consiento en todo.

Su corazón se retorció intentando encajar lo que le acababa de decir y Portia cogió su mano mientras le miraba incrédula. El Duque rio por lo bajo. —Tú eres mi esposa y has variado mis planes, pero eso no significa que vaya a alterar mi vida.

Sin saber ni qué decir porque no se lo esperaba, apartó la mirada dolida. Se pasó en silencio las siguientes horas mirando el camino intentando no llorar porque su esposo había compartido el lecho con otra mujer el día de su boda. Era tan humillante... Nadie había querido hacerle daño a propósito y que lo hiciera su marido había sido un auténtico jarro de agua fría. Pero lo conseguiría. Consegiría que la amara.

El traqueteo del camino la hizo palidecer de dolor, pero no dijo una palabra. Portia la miraba preocupada porque a pesar de no hacer calor su frente empezaba a perlarse de sudor. Su marido parecía sumido en sus pensamientos y la ignoraba totalmente. Empezó a encontrarse realmente mal porque hasta su estómago se alteró y no tuvo más remedio que decir —Necesito bajar.

Él la miró sorprendido como si no recordara que estaba allí y al ver su rostro golpeó el techo. —¡Detente!

Escucharon como el cochero detenía el coche a un lado del camino, pero a Bethany no le dio tiempo a bajarse del carruaje. Abrió la puerta sacando la cabeza y vomitó con fuerza mientras Portia la sujetaba por la cintura. Las arcadas fueron tan fuertes que la dejaron desfallecida y Portia gritó porque no podía sujetarla. Su marido la cogió justo a tiempo de que cayera del carruaje y al volverla vio que había perdido el sentido. —¿Bethany? —preguntó pálido—. ¡Agua, rápido!

La sentó sobre él mientras Portia empapaba un pañuelo en agua. —¡Daos prisa! ¡Debemos llegar a casa!

El coche salió al camino y Portia angustiada le puso el paño sobre la frente. —Tiene fiebre.

—No puede ser. Estaba bien. —Le quitó el pañuelo de la frente y la abrazó poniendo su mejilla sobre ella.

—No tenía que haber salido de Londres. Está herida...

—¡Cállese!

Portia se echó a llorar. —No ha podido dormir en toda la noche de dolor.

Él se tensó. —Puede soportarlo. ¡Ahora cierre la boca si no quiere regresar a Londres de inmediato!

Se pasaron los minutos siguientes atentos a que se despertara y el Duque juró por lo bajo cogiendo la botella de agua y tirándosela sobre la cara. Bethany se despertó de golpe tosiendo porque algo había caído en su boca. Al abrir los ojos sonrió a su marido y sus preciosos ojos brillaron de fiebre. —No me encuentro muy bien.

—Enseguida te recuperarás. —Le pasó el pañuelo sobre su acalorado rostro secándola.

—Una vez me sentí así y casi muerdo.

Él miró a Portia que asintió llorando en silencio, pero ella ni se dio cuenta. —Fue antes de conocer a Daniel. —Sonrió con tristeza. —Él nos hizo vivir aventuras increíbles. Toda nuestra vida cambió con su llegada. —Miró al techo. —Sólo quería lo que ella tiene. —Portia se echó a llorar.

El Duque pasó el paño por su frente que en ese momento ya ardía. —¿Y qué tiene, preciosa?

—Lo único que importa en la vida. Tiene su amor.

A Kayne se le cortó el aliento. —¿Y eso es lo que quieres?

Sin entenderle miró a su alrededor. —¿Portia? —Lloriqueó como una niña asustada—. No

me encuentro bien.

—Lo sé, mi niña. Enseguida te verá un médico.

—Quiero ver a Belinda. ¿Dónde está?

—Enseguida llega.

—Padre, ¿tiene invitados?

—No, también está al llegar.

Suspiró aliviada. —Belinda me cuidará como ha hecho siempre.

—Sí, cielo. Siempre estará a tu lado.

Se quedó dormida entre sus brazos y Kayne impaciente miró por la ventanilla. —Esto no puede estar pasando —dijo entre dientes.

Portia le miró fijamente y en su mente vio al Duque que se llevaba las manos a la cabeza desesperado mientras llamaba a Bethany a gritos. Al no recibir respuesta golpeó la pared con tal fuerza que se destrozó la mano. Portia cerró los ojos muerta de miedo porque acababa de ver su reacción al perder a su niña.

Un dolor intenso la despertó y gritó de miedo al verse rodeada de personas que no conocía. Sintió que le desgarraban el muslo y gritó de nuevo queriendo alejarse. Kayne apareció sobre ella sujetándola y lloriqueó aferrándose a sus hombros. —Enseguida pasa, preciosa. — Cogió su mano y la apretó. —El doctor te está curando. La infección avanza muy rápido.

El dolor volvió a desgarrarla y arqueó su espalda gritando porque parecía que le estaban arrancando la carne a pedazos.

—¡Dróguela! —gritó Portia.

—¡Ya casi he terminado!

El dolor volvió a traspasarla y esta vez con mucha más fuerza sintiendo como si algo en su piel reventara. —Ya está, ya sale la sangre limpia. Dios, nunca había visto algo así.

Agotada sonrió a su marido. —¿Has visto? Soy especial.

Kayne sonrió. —Sí que lo eres. Cuando te vi subida sobre Calígula me dije que eras muy especial.

—¿Me lo traerás? —preguntó sintiendo que se le cerraban los ojos del agotamiento.

—Por supuesto. Es tuyo.

—Quiero montarlo... —susurró quedándose dormida.

—Mejor así —dijo el doctor—. El dolor ha tenido que ser terrible desde ayer. ¿Cómo no le han dado algo para evitar esto? —preguntó impresionado—. Si ni siquiera tiene un emplasto. Podría morir de la infección.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Portia preocupadísima.

—Veremos lo que ocurre. Si la infección ha llegado a la sangre no habrá nada que hacer, Duque.

Él apretó los labios mirando el rostro de su esposa y las marcadas líneas que tenía bajo los ojos. Portia se echó a llorar y él la fulminó con la mirada. —¡Fuera de aquí! ¡No quiero que te vea así!

La doncella salió corriendo y el médico apretó los labios empezando a coser la herida. —Deberé darle láudano, Duque.

Él se tensó aún más girándose para mirarle. —¿Es necesario?

—Totalmente. No sé cómo ha podido soportar el dolor hasta ahora. Cualquier otro no podría ni caminar. También deberé darle unas gotas para intentar remitir la infección y una tisana. Sé que no es partidario a estos tratamientos, pero su esposa morirá sin remedio si no se los toma.

—Haga lo que sea necesario.

—Es culpa suya. —Sorprendido vio a Portia en la puerta donde se había quedado sin decir palabra. —¡Usted rompió los frascos de su medicación y le hizo prometer que no tomaría nada!

El médico le miró sorprendido. —¡Duque!

—¡Si se muere, será culpa suya! —gritó Portia histérica—. ¡Aunque igual es lo que quiere, porque así volvería con su amante que es con quien realmente quería casarse!

El Duque se levantó lentamente, pero ella elevó la barbilla sin dejarse intimidar. Caminó hasta ella y la cogió del brazo siseando —Desaparece de mi vista.

—¡Es mi niña! ¡No podrá separarme de ella nunca!

La sacó a rastras de la habitación y gritó —¡Thomas! ¡Qué esta mujer no se vuelva a acercar a mí!

El mayordomo que estaba en el pasillo por si necesitaban algo, asintió cogiendo a Portia del brazo. —Lo que ordene, excelencia.

—¿Qué hace? ¡Cuando ella se despierte me necesitará! ¡Querrá verme!

Kayne cerró la puerta furioso y el médico le miró de reojo empezando a vendar a su esposa. —¡Termine de una vez! —gritó furioso.

El hombre apretó los labios continuando con su trabajo. Kayne nervioso se pasó la mano por su cabello y se acercó a su esposa sentándose a su lado. El médico suspiró enderezándose. —Excelencia, su esposa necesita sentirse cómoda y protegida en su convalecencia si consigue salir de esta. Sé que no quiere escucharlo, pero se lo voy a decir igualmente por el bien de la Duquesa. Está en una casa extraña, para ella rodeada de desconocidos y esa mujer que ha echado, es la única persona a la que ama aparte de usted. Le aconsejo que se retracte por el bien de la paciente.

—¿Qué tiene que tomar? —preguntó fríamente.

El médico sacó dos frascos del maletín. Uno un poco más pequeño que el otro. —Ayúdeme a incorporarla un poco.

Bajo su atenta mirada le suministró a su esposa la medicación necesaria. —Por la mañana y por la noche. —El Duque asintió. —Si tiene mucho dolor puede tomar dos gotas más de láudano con un vaso de agua en la comida. Pasaré a verla al amanecer.

—¿Se va?

—Tengo más pacientes, Duque. He dejado a una parturienta para venir aquí, pero estoy seguro de que llegaré a tiempo —dijo mirando a Bethany—. Si empeora avísenme.

Ignorándole cogió con suavidad la mano de la reciente Duquesa. El médico negó con la cabeza antes de salir de la habitación. Su esposa gimoteó en sueños. —Shuss... —Se sentó apoyando la espalda en el cabecero de la cama y la cogió con delicadeza abrazándola como si fuera una niña. La besó en la frente y susurró angustiado —Todo va a ir bien. Ahora dejará de dolerte, preciosa. Ya verás como sí.

Capítulo 8

—Bethany. Bethany despierta —escuchó que le decía su Duque. Sonrió agotada e intentó abrir los ojos—. Vamos preciosa, mírame. Hazme caso, esposa. —Levantó los párpados con esfuerzo y sonrió al ver a Kayne. —Abre la boca, tienes que comer algo.

Separó los labios y él acercó una cuchara a su boca. Cuando tragó el caldo susurró —¿Me das tú de comer?

—Prefiero hacerlo yo —dijo asegurándose de que había tragado antes de acercarle la cuchara de nuevo.

—¿Y Portia lo ha permitido?

Vio como se tensaba. —Nadie me prohíbe nada y mucho menos en mi casa.

Tragó el caldo y entrecerró los ojos por su tono. Él acercó la cuchara, pero ella giró la cabeza mirando a su alrededor. Al no ver a Portia se asustó e intentó incorporarse. Su marido la retuvo poniendo la mano en su hombro. —No te muevas. Estás agotada. Necesitas recuperar las fuerzas.

—¿Dónde está Portia? —susurró mirando sus ojos negros.

—¡Come Bethany!

Se miraron durante unos segundos y él suspiró. —Supongo que ya habrá llegado a Londres.

—¿Qué has hecho?

—¡Mejor pregúntame qué ha hecho ella!

—¡Nada que pueda hacerme daño! —dijo levantando la voz.

—¡No pienso consentir que nadie me lleve la contraria en mi propia casa y mucho menos que se me insulte en mi cara! ¡Esa mujer no volverá a poner un pie en esta casa!

Perdió el poco color que tenía en la cara y dio un manotazo a la cuchara tirándola al suelo. Kayne enderezó la espalda. —¿Quieres una lucha de voluntades, Duque? Porque todavía no te has dado cuenta, pero soy más dura de lo que parezco. ¡No vas a quitarme a alguien a quien quiero sólo porque te den la razón! ¡Si te ha recriminado algo, si te ha insultado estoy segura de que te lo merecías! ¡Portia sabe perfectamente cuál es su lugar! ¡Todo lo que ha hecho desde que nació es protegerme y por mucho que llegue a quererte no pienso dejar que pisotees a los míos!

Kayne se la quedó mirando fijamente. —Come, Bethany.

Con esfuerzo se apoyó en sus codos. —No tienes ni idea de lo que has hecho. Prepárate para una visita de los Laurens —siseó—. ¡Ahora desaparece de mi vista hasta que Portia vuelva o no probaré bocado! —De repente su marido sonrió y parpadeó sorprendida. —¿De qué te ríes?

—Tienes mejor color.

Impresionada porque parecía aliviado se apoyó en las almohadas. —¿Cuánto llevo enferma?

—Tres días.

—¿Cuándo se fue Portia?

—No lo sé, pero mis órdenes se cumplen siempre.

En ese momento escucharon que llegaban varios carruajes y él se tensó levantándose y dejando el tazón sobre la mesilla. Apartó las cortinas y Bethany sonrió cuando apretó los labios antes de jurar por lo bajo. —¿Ya han llegado?

Se volvió fulminándola con la mirada para verla sonriendo mientras bebía de su tazón. Los gritos en el piso de abajo indicaban que el Conde había llegado imponiéndose. —¿Dónde está mi hija? —gritó su padre a los cuatro vientos.

Tragó y sonrió a su marido. —Eso para que luego hagas lo que te viene en gana sin pensar

en mí.

La señaló con el dedo queriendo decir algo, pero ella levantó una de sus cejas castañas.
—Querido, ¿no vas a recibir a tus invitados?

La puerta se abrió de golpe y allí estaba su familia al completo. Sonrió radiante. —¿Estáis aquí!

Belinda corrió hasta ella sentándose a su lado mientras los demás se ponían a los pies de la cama con cara de querer matar a alguien. Su hermana miró sus ojeras. —¿Estás bien?

—Ha sido la herida que se ha puesto tonta. —Belinda la besó en la frente comprobando que no tuviera fiebre y frunció el ceño. —Estoy bien.

—Todavía tienes algo de calentura. —Giró la cabeza hacia su cuñado mirándole como si fuera a pegarle un tiro. —Si hubieras tomado la medicación...

—Eso es agua pasada. —Su padre tras Belinda estaba muy enfadado. —Padre, ¿no saludas a mi marido?

Miró a su Duque y entrecerró los ojos antes de decir —¿Portia?

La doncella entró en la habitación levantando la barbilla y sonriendo de oreja a oreja. —
¿Si, milord?

Kayne gruñó apretando los puños y ella sonrió con descaro. —Atiende a mi hija, tiene que comer.

—Enseguida, milord. —Se acercó de inmediato y vio la cuchara en el suelo. —Oh, enseguida traigo otra. —Miró el cuenco frunciendo la naricilla. —Eso no es suficiente para mi niña.

—Ha estado muy enferma. No puede comer demasiado o lo vomitará.

Los Laurens le miraron como si fuera idiota y Portia cogió el cuenco de sus manos saliendo de la habitación.

El Conde dio un paso de manera amenazante hacia su marido. —Supongo que no te molestará nuestra intempestiva visita, ya que mi hija se encuentra en este estado.

—No, Conde. No me molesta. ¡Me molestan otras cosas! ¡Cómo que se me insulte en mi propia casa! ¡Esa mujer no se va a quedar aquí!

—Claro que sí —dijo Belinda levantándose—. Cuida de mi hermana. Y si te has sentido insultado es porque te ha dicho verdades como puños y no lo toleras.

Bethany suspiró llevándose la mano a la frente. —No discutáis.

—Portia se queda —dijo Eugenia muy tensa apoyando a su familia porque nunca había visto a su hijastra tan enferma y había sido un shock—. O nos llevamos a tu esposa a Londres. No vamos a consentir que se quede aquí sola.

—¡Bien dicho, madre! —exclamó Delia dando un paso hacia su marido con ganas de sangre—. ¡Y ándate con ojito! ¡Espero que le estés dando la medicación!

—Claro que sí, hermana —dijo sorprendiéndola porque la consideraba como a Belinda—. Me trata muy bien. Antes de que llegaraís me daba él mismo de comer.

Los Laurens se relajaron visiblemente y Eugenia sonrió. —Así me gusta, yerno... que cuides de tu Duquesita.

—Como debe ser, esposa. —El Conde se acercó a su hija y la besó en la frente. —¿Cómo te encuentras?

Bethany cogió su mano. —Siento que hayáis tenido que venir y que os hayáis preocupado por mí.

—Sabes que haríamos cualquier cosa por ti, mi vida.

Se emocionó y Belinda se apartó para que se sentara su padre. —¿Os quedaréis?

—Por supuesto. No nos moveremos de aquí hasta que estés totalmente recuperada.

Su marido al ver que se iba a poner a llorar dijo enfadado —Se acaba de despertar

después de estar tres días sin sentido. ¡La estáis agotando! ¡Esto no le conviene!

—El Duque tiene razón —dijo Eugenia preocupada por su palidez. Cuando las lágrimas corrieron por sus mejillas añadió —Estas emociones no son buenas en su estado. Debe descansar después de comer algo. Carlton ya has visto que se encuentra mejor y tendrás tiempo a hablar con tu hija.

El Conde asintió y besó su mano antes de levantarse. Belinda sonrió. —Ahora nos acomodaremos y descansaremos. Portia se encargará de ti.

—Sí. —Miró de reojo a su marido y sonrió. —Pero él lo ha hecho muy bien, ¿verdad?

Teniendo en cuenta que había estado a punto de morir por su culpa nadie dijo palabra. —¿Verdad? —preguntó más alto haciendo que todos le dieran la razón como a los locos. Sonrió satisfecha—. Es el mejor marido del mundo.

El Conde gruñó enderezándose y dijo a su yerno —Creo que tenemos que hablar, Kayne.

—No hasta que no la vea comer —dijo dejándoles a todos de piedra.

—Habrá suficientes habitaciones, ¿verdad, cielo? —preguntó preocupada—. Oh, no me he presentado al servicio. No conozco la casa.

Kayne se acercó y se sentó a su lado cogiendo su mano. —No te preocupes por eso.

Le miró a los ojos y se sonrojó ligeramente. —Nunca he dirigido una casa. Lo hacía Belinda y luego...

—Eso no importa. Lo harás con los ojos cerrados. Si puedes conmigo, puedes con el servicio. —Sonrió encantada mientras todos les observaban fascinados. —Y hay habitaciones de sobra. Setenta y dos.

Bethany dejó caer la mandíbula de la impresión porque era el doble que las de Laurens Hall. —¿Qué?

—Estupendo, pues voy a elegir. ¿Hay una en la torre? —preguntó Delia con los ojos

brillantes de la ilusión.

—¿Torre?

—Cielo, es un castillo. Tiene seis torres con tejados picudos en forma de cono —dijo Eugenia emocionada—. Hasta tenéis foso.

Asombrada miró a su esposo. —¿De veras?

Kayne rio por lo bajo. —Al parecer te va a encantar.

—Un castillo. Siempre he querido vivir en un castillo. —En ese momento entró Portia con una bandeja. —¿Has recorrido el castillo?

—No, cielo. No me ha dado tiempo. Ya lo recorreremos juntas.

Emocionada cogió el brazo de su marido mientras Portia se sentaba al otro lado. —¿Y hay pasadizos?

Kayne observó como Portia colocaba la bandeja sobre la mesilla y cogía un cuenco de potaje de verduras. —Sí, cielo. Hay pasadizos —respondió distraído—. Eso está muy caliente.

Portia gruñó por dentro antes de coger una cucharada y soplar. Los Laurens asombrados vieron que supervisaba como se la acercaba a la boca como si no se fiara de la doncella.

—Qué emocionante. Pasadizos —dijo Belinda encantada—. No nos digas dónde están. Queremos averiguarlo nosotras, ¿verdad?

Todas asintieron y Bethany con más vehemencia mientras masticaba con ganas.

—Pues si encontráis el pasadizo que lleva fuera del castillo, me lo decís porque uno de mis antepasados era tan desconfiado que no se lo dijo a nadie y murió llevándose ese secreto a la tumba.

—¿De verdad? —Todo el mundo sonrió por la ilusión que le hacía, incluido el Duque que alargó la mano quitándole un rizo de la sien.

Belinda miró a su padre satisfecha y este asintió. —Bueno, es hora de dejarla descansar.

Acomodémonos. Te vemos luego, hija.

—Sí, padre. Descansad, que seguro que habéis viajado toda la noche. Tú también, Portia. Debes estar agotada después de tanto viaje.

—Pero... —Miró el cuenco que estaba a la mitad. —En cuanto termines.

—Me lo dará Kayne.

El Duque se lo cogió de las manos para sorpresa de todos y Portia asombrada vio que cogía una cucharada acercándosela a los labios para comprobar que no estuviera muy caliente, antes de acercársela a Bethany que la metió en la boca sin rechistar. —Si estás llena no comas más.

—Quiero más —respondió con la boca llena.

Él asintió. —Mi niña tiene muy buen apetito —dijo Portia levantándose.

El Conde le hizo un gesto para que saliera de la habitación y todos la fueron abandonando poco a poco. Su padre iba a cerrar la puerta, pero dijo —Si necesitas algo, estamos aquí al lado.

—Lo sé, padre. —Le guiñó un ojo haciéndole sonreír.

Bethany abrió la boca de nuevo y miró a su marido a los ojos. —No vuelvas a hacerlo.

Él se tensó. —¿Ahora me das órdenes?

—No, cielo. Es una sugerencia, porque si no tendremos viviendo a mi familia aquí el resto de nuestros días. —Kayne dejó caer la mandíbula del asombro y ella soltó una risita. —Qué cara has puesto.

—¡Será una broma!

—Uy, y todavía no ha llegado mi cuñado. Es tan gruñón como tú y me quiere mucho. — Sonrió con picardía. —Mucho, mucho. Soy su ojito derecho.

Kayne se echó a reír. —Me estás mintiendo, preciosa.

Fascinada por su risa asintió. —Totalmente. Nos llevamos fatal.

—Algo haría.

—No lo sabes bien. Aunque ahora he llegado a tenerle cariño, sigo pinchándole para fastidiarle. Me encanta ver cómo rechina los dientes. —Rio de nuevo y cuando vio que levantaba la cuchara de nuevo negó con la cabeza. —No quiero más.

Él se levantó rodeando la cama y dejó el cuenco sobre la bandeja. Le vio coger la medicación y susurró —Dijiste que no lo tomara.

—¿Te duele mucho?

—Me duele.

Su marido apretó los labios porque era evidente que lo que quería decir era que le había dolido mucho más. —Lo tomarás un par de días. El médico está de acuerdo. —Separó los labios y su marido metió la cucharita en su boca antes de hacer lo mismo con la otra medicación. Cuando dejó las cucharas en el vaso se sentó a su lado y sonrió. —Ahora a dormir.

—¿Quién tomaba láudano?

Él apretó los labios. —¿Por qué preguntas eso?

—Lo odias. Como si temieras que me creara dependencia.

—Crea dependencia.

—Lo has visto. Has sufrido las consecuencias y por eso lo odias tanto.

—Mi hermano murió cuando tenía once años. Se ahogó en el foso y el médico se lo recetó a mi madre para calmarla. Nunca dejó de tomarlo. Sus cambios de humor eran insufribles y la vida a su lado un infierno cuando no conseguía que se lo diera el doctor. Mi padre llegó a encerrarla en su habitación y la destrozó completamente. Intentando huir se tiró por la ventana.

Impresionada susurró casi sin voz —Dios mío, lo siento muchísimo.

Él sonrió irónico. —Pero no se mató ahí. Se rompió una pierna y un brazo al caer sobre el árbol que hay debajo y sonreía satisfecha cuando el doctor le dio el láudano para el dolor. Ahí

empezó autolesionarse porque sabía que así recibiría lo que quería. Mi padre no sabía qué hacer y empezó a desaparecer de aquí dándola por perdida. Nos dejó a cargo de la abuela que intentó ayudarla. Hasta que un día su corazón se detuvo. —Kayne sumido en sus recuerdos miraba al vacío. —Fue un infierno. No fue bastante perder a un hermano que tuvo que torturarnos durante cinco años más.

Se le cortó el aliento. —¿Le echas la culpa de la muerte de tu hermano?

Apretó los labios. —Ella le tiró al foso. —Se llevó la mano al pecho impresionada. —David tenía miedo al agua y ella le tiró al foso para que aprendiera a nadar. Yo estaba con mi profesor cuando escuché los gritos porque ella tampoco sabía y no podía sacarle.

—Estaba loca —susurró antes de abrazarle con fuerza, pero él se tensó.

—Será mejor que duermas —dijo cogiendo sus brazos alejándola—. Debes descansar.

Preocupada vio que evitaba su mirada. —¿Estás bien?

—Por supuesto. Voy a ver si tu familia está acomodada. Volveré en unos minutos.

Observó que iba hacia la puerta sin mirarla como si se arrepintiera de habérselo contado. Así que dijo sin poder evitarlo —Te quiero.

Él se detuvo en seco, pero aun así no se volvió antes de sisear —No me conoces—dijo antes de salir.

Se le cortó el aliento porque había dolor en sus palabras. Le había hecho daño de alguna manera y no sabía cómo. Se recostó en las almohadas pensando en ello, pero la medicación le estaba haciendo efecto y se sentía agotada aún. Antes de darse cuenta estaba dormida.

No se despertó hasta la mañana siguiente cuando llegó el doctor que la vio desayunando de manos de Portia. El hombre que debía tener unos sesenta años y tenía un abundante cabello blanco

se presentó —Soy el doctor Maxwell.

—Mucho gusto. —Alargó la mano y el hombre se la besó.

—Es un honor, Duquesa. Me alegro de que tenga apetito. Nos ha dado un buen susto.

—Gracias por salvarme la vida. —Le hizo un gesto a Portia porque no quería más y su doncella se levantó de la cama recogiendo el desayuno. —¿Cómo me ve, doctor?

—Hermosa. —Dejó su maletín sobre la cama y lo abrió. —Me sorprende no ver al Duque a su lado. No se ha separado de usted ni un minuto. —Sonrió divertido. —Veo que ha conseguido que su doncella esté de vuelta.

—Es que con mi familia no puede —dijo maliciosa haciéndole reír por lo bajo.

La doncella se puso a su lado dispuesta a ayudar. —Descúbrale la pierna.

Portia lo hizo en el acto dejando la pierna al descubierto. Perdió todo el color de la cara al ver lo hinchada que estaba. —No perderé la pierna, ¿verdad?

—No, por supuesto que no.

Suspiró del alivio. —Es que la necesito, ¿sabe?

El doctor sonrió. —Lo sé, Duquesa.

—Es el médico de la familia, ¿verdad? —preguntó observando cómo abría la venda.

—Desde que llegué al pueblo hace treinta y cinco años. Yo traje al mundo al Duque.

—Entonces conocía a su madre.

El doctor asintió. —Desde que se casó con el Duque un par de años antes del nacimiento del Duque.

—¿Estaba loca?

La miró sorprendido. —¿Loca? No, no estaba loca, milady. —Miró la herida. —No me gusta hablar de los muertos.

—Pues va a tener que hacerlo, porque desde que mi marido me habló de ella no ha vuelto

por aquí. Y eso me inquieta un poco. —Entrecerró los ojos. —¿Va a dejar a su paciente inquieta?

El hombre sonrió. —Es muy inteligente, Duquesa.

—Gracias, eso dice mi padre.

—Hable doctor o no le dejará irse —dijo Portia mirando la herida y sonriendo—. Tiene buen color.

—Veo que entiende de estas cosas, Portia.

—He visto muchas heridas en esta vida, doctor.

—¿Está bien? —Ella la miró y gruñó al ver el corte que tenía en el muslo. —Me quedará cicatriz.

—Eso es inevitable, milady. Pero va muy bien. —Cogió un paño y un frasco empapándolo.

—Vamos doctor, no se haga el remolón. ¿Estaba loca?

—No milady, no estaba loca. —Pasó el paño con suavidad varias veces por la herida y ella dio un respingo. —Era mala. La persona más horrible que haya conocido nunca.

Se le cortó el aliento. —¿De verdad?

—Le encantaba hacer sufrir a los que la rodeaban. Mató a su hijo en un ataque por pura rabia porque el Duque le había prohibido ir a Londres. Al menos eso se dijo.

Asombrada miró a Portia que se mordió el labio inferior. —Con su actitud torturó al actual Duque todo lo que pudo hasta que el Señor se la llevó. El fallecido Duque huyó de la finca prohibiéndole abandonar el castillo e impotente las pagaba con su hijo.

—Dios mío, podría haberle matado también.

—Ah, no. No era tonta. Justificó la muerte de su primer hijo diciendo que había intentado que aprendiera a nadar, pero no se atrevería con su segundo hijo porque sabía que se jugaba el cuello.

—¿El Duque creyó que le había tirado por enseñarle a nadar? —preguntó incrédula.

—El Duque la amaba con locura. No veía su maldad porque era muy lista. Ante él tenía una cara y ante los demás otra. Pero llegó el láudano...

—Y ya no pudo controlar su carácter.

—Ahí el Duque se dio cuenta de con quien se había casado y huyó a Londres.

—¿Cómo pudo dejar a su hijo aquí? —preguntó sin entender.

—Porque le dijo que como se lo llevara ya no le quedaría nada en la vida y el amor es extraño. No soportaba verla sufrir.

Bethany entendió. —Él le daba el láudano cuando usted se negaba.

—Lo hablé con él mil veces a los pocos meses de la muerte de su hijo. No debía darle más, pero era el Duque quien me convencía porque cuando lo tomaba era la mujer de la que se había enamorado. Dulce, divertida... No quería ver la realidad. El efecto cada vez era menor y tuvo que subir la dosis. Cuando me negué en redondo a darle más, él mismo hacía que se lo enviaran de Londres. Pero llegó un momento en que estaba totalmente drogada todo el día y el Duque se negó a proporcionarle más hasta el episodio de la ventana.

—Mi marido me lo contó. Ahí volvió a recetárselo, ¿verdad?

—Con los dolores que tenía y su dependencia hubiera sido horrible. Así que se lo proporcioné. Después de que se hiciera un enorme corte en la pierna para que me plegara a sus deseos de nuevo, el Duque no lo soportó más y se fue unos meses. Sus visitas eran cortas y cada vez más escasas hasta que al fin murió. Fue un alivio para todos, se lo aseguro. El Duque tenía nueve años cuando murió su hermano y tuvo una adolescencia horrible. Varias veces tuve que venir por los golpes que le daba. Hasta le rompió un brazo. Pero creció y pudo defenderse... — Vendándola de nuevo dijo pensativo —O perdió el miedo, vaya usted a saber. Y su madre ya no se atrevió a tocarle.

—Dios mío. —Impresionada susurró —¿Y la abuela? ¿No hacía nada?

—Uy, la Duquesa viuda. Se odiaban. Si hubiera sido por ella la habría matado desde la

muerte del heredero. Ella sabía cómo era desde el principio y nunca dejó que ocupara su lugar en la finca. Menuda era la Duquesa. Su nuera al verse impune por la muerte de su hijo, hizo lo posible por dejarla en ridículo. La Duquesa fue la única que protegió a su nieto. Tuvo que suspender su vida social cuando le rompió el brazo y nunca más volvió a salir de la finca. Desde ese momento sólo volvieron a llamarme en otra ocasión por el Duque y fue por un corte en el brazo. La Duquesa estaba molida a golpes, pero no me dejaron atenderla. La Duquesa viuda dijo orgullosa que había recibido lo que merecía.

—Kayne se defendió —dijo orgullosa.

Asintió. —Fueron cinco años muy duros para él. —Miró hacia la puerta y susurró —Se rumoreó un tiempo que ella la había matado.

—¿Y es así? —El doctor apretó los labios mirando a Portia. —No se preocupe, es de confianza. No dirá nada a nadie.

El hombre asintió. —La encerró en una habitación de una de las torres diciéndole que le daría lo que necesitaba y le dio láudano hasta que se desmayó. Después ella misma hizo que lo tragara hasta que se le paró el corazón. Yo mismo vi los frascos al lado de su cuerpo. Cuando miré a la Duquesa me dijo que tenía que haberlo hecho mucho antes. De esa manera su hijo y sus nietos no hubieran sufrido. Estaba convencida de que era dependiente del láudano desde antes de casarse, pero que lo tomaba a escondidas hasta el episodio de su hijo.

—Dios mío, qué horror. La Duquesa viuda hizo muy bien.

Portia asintió con vehemencia. —Bien dicho, niña. Menuda zorra.

Ansiosa miró al doctor que tapaba sus piernas con las sábanas. —Cuénteme más. ¿Qué ocurrió después?

El doctor la miró a los ojos. —Su marido no ha tenido mucha suerte en su vida, milady.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Por favor, cuéntemelo. Quiero entender, él no es muy hablador.

—¿Y le extraña? —Suspiró metiendo las cosas en el maletín. —Durante un tiempo era retraído, como es lógico, pero creció convirtiéndose en todo un Duque.

—Gracias a su abuela.

—Le adoraba. No había nada que su nieto hiciera mal. Le consentía todo lo que podía intentando compensar su dolor. Su padre regresó a casa después de la muerte de su esposa, pero en el fondo su madre le tenía algo de rencor.

—Le consideraba un cobarde —dijo empezando a conocerla.

—Era una mujer muy dura y su hijo se comportó como un pelele sin carácter. Aunque le quisiera nunca le perdonó, pero sufrió mucho con su muerte.

—¿Cómo murió?

—Una infección intestinal. No pude hacer nada por él. Comió algo en mal estado y me llamó demasiado tarde. Creo que quería morir. Nunca volvió a ser el mismo. El Duque tenía veinte años y estaba en Londres disfrutando de la temporada. Ninguno de los dos soltó una sola lágrima por su muerte, aunque no me extrañó nada.

—¿Y ella cuándo llegó?

No disimuló que no sabía de quién hablaba. —Unos dos años después. Su matrimonio no duró ni dos años. Otro desastre. Hermosa por fuera, pero vacía por dentro. Le encandiló y creyó que la amaba. Pero se dio cuenta de que su amor no sería suficiente en cuanto llegaron aquí después de la luna de miel. Ella odiaba esto. Las discusiones eran continuas por regresar a Londres. Pero todo empeoró cuando tuvo el aborto.

Se le cortó el aliento. —¿Iban a tener un hijo?

—Esa era la razón por la que el Duque no quería irse. Quería que el heredero naciera aquí y consideraba que este ambiente era mucho más sano.

—Con razón —dijo Portia—. Yo también se lo recomendaría a mi ama.

—Pero en Londres hay más médicos —dijo ella pensando en su hermana. Se sonrojó por lo que había dicho—. Lo siento. No sé si me he explicado.

Él sonrió. —Entiendo lo que quiere decir. Yo puedo estar ocupado o enfermo. Incluso muerto y hasta que me encuentren sustituto...

—Mi cuñado se niega a que mi hermana dé a luz en la finca.

—Y es comprensible, pero el Duque tenía esa opinión. Él nació aquí y confía en mí. —La miró a los ojos. —Y estaré aquí, Duquesa. No debe preocuparse por eso.

Sonrió con dulzura sonrojándose. —Aún es pronto.

—Espero que Dios les bendiga con muchos hijos. Es lo que el Duque necesita.

—No me parezco a ella, ¿verdad?

—En nada y eso es una bendición. Se lo aseguro. Su anterior esposa era una caprichosa que consiguió el Duque que pretendía. No hacía más que exigir y exigir. Cuando perdió al bebé le echó la culpa a él por su mala sangre. —Bethany perdió todo el color de la cara mientras Portia jadeaba. —Esas cosas están en manos de Dios, pero ella lo aprovechó para hacerle daño. Después se fue a Londres con la excusa de que necesitaba estar con su familia y tardó cuatro meses en regresar. El administrador informaba al Duque del despilfarro de su esposa en Londres y tuvo que ir a buscarla porque era evidente que no pensaba regresar. Llegó más altanera, más exigente y el carácter del Duque volvió a cambiar.

—No quería ser como su padre.

—Exacto. Los rumores de que durante esos meses ella había tenido un amante llegaron hasta aquí y el Duque enamorado como estaba le exigió explicaciones. —El doctor apretó los labios. —Pero ella le convenció con sus malas artes. Ya que no podía ir a Londres hizo fiestas aquí e invitaba a todos los que podía. Su marido intentando que estuviera a gusto la consintió en ello, pero cierto Conde visitaba mucho la casa y el Duque le retó a duelo después de encontrárselos en el establo demasiado arrimados para el gusto de cualquiera. Uno de los lacayos

dijo que había visto como la Duquesa le había robado un beso.

—Dios mío.

—Le mató en duelo dejando clara su postura. Ella le temió un tiempo, pero volvió a las andadas. Entonces llegaron rumores al pueblo sobre que la Duquesa estaba en estado, pero yo nunca la reconocí y pasaron los meses sin que se le notara nada.

—Era mentira.

El doctor apretó los labios y se iba a volver cuando le cogió del brazo. —Cuéntemelo por favor. Sé que mi marido nunca me lo dirá.

—Fue a una mujer del pueblo para que se lo quitara.

Se llevó la mano al pecho de la impresión hasta que entendió por qué lo había hecho. —No era de Kayne.

—Todo el mundo sabía que no compartían lecho desde el duelo. La hubiera matado si se hubiera enterado.

—Dios mío —dijo Portia impresionada—. ¿Y siguió con su vida como si nada?

—No sólo eso. Tenía un amante entre el servicio, a espaldas de su marido por supuesto. Era un lacayo muy apuesto que fue despedido unos días antes del día en que ella desapareció. —La miró a los ojos. —Su marido no la buscaba sin descanso por estar locamente enamorado, milady. Dejó de amarla en el mismo instante en que la vio en ese establo. La buscaba para vengarse por dejarle en evidencia ante todo el mundo. Y si la tuviera delante la mataría con sus propias manos.

Asintió entendiéndole mucho mejor y sonrió dulcemente. —Gracias por ser tan sincero, doctor.

—Ha sido un placer, Excelencia. La herida está mucho mejor. ¿Le duele mucho?

Le miró a los ojos. —Ya no lo tomaré más, doctor. Puede llevarse el frasco. Usted puede

necesitarlo más que yo.

—Tomado con prudencia es muy útil.

—A mí me alivia cuando me duelen mucho las rodillas.

—Pues quédesele usted, Portia. ¿Quiere que la revise?

—Sí doctor, hágalo. Últimamente se queja mucho.

Mientras el doctor revisaba a Portia sentada en el diván de al lado de la ventana ella pensó en todo el sufrimiento de su marido. Sólo necesitaba una cosa. Sentirse seguro y amado y ella iba a hacer todo lo posible para que se sintiera así a su lado. Se dejaría la piel si era necesario para que creyera en ella y en lo que sentía por él. Por eso le había respondido que no le conocía cuando le había dicho que le amaba. No la había creído y tenía que hacer lo que fuera necesario para que creyera en su amor. Porque si era posible ahora le amaba y admiraba mil veces más.

Capítulo 9

Su marido apareció por la puerta de comunicación vestido ya para la cena y ella sonrió alargando la mano. —Te he echado de menos. Qué guapo estás. ¿Cómo se porta mi familia?

—Son demasiados—dijo entre dientes haciéndola reír. Era lógico que le volvieran loco porque estaba acostumbrado a estar solo.

—Si quieres comparto un secreto contigo —dijo con picardía mientras tiraba de él para sentarle a su lado.

—Estoy deseando oírlo. —Le apartó un mechón de la frente.

—La única que lee es Belinda y desde que tiene el bebé no lee mucho.

—La biblioteca, entendido. A ver si así puedo leer el periódico —dijo exasperado.

Rio con ganas negando con la cabeza. —Mi padre siempre lo lee en el desayuno. Tendrás que cogerlo después.

—Han invadido mi casa.

—Sí. —Le miró con amor. —Pero en cuanto me levante, se sentirán más tranquilos y se irán. Y nos quedaremos solos.

Él gruñó agachándose y atrapando sus labios. Abrazó su cuello sintiéndose maravillosamente hasta que alguien carraspeó. Su marido apartó los labios sorprendido para ver a Portia roja como un tomate con la bandeja de la cena en las manos. —Tiene que cenar.

—¿No sabe llamar a la puerta, buena mujer?

—Es que nunca llama —le explicó Bethany antes de soltar una risita—. Pero seguro que a partir de ahora llama, ¿verdad Portia?

—Sí, por supuesto. —Se acercó con la bandeja. —A partir de ahora no se me olvidará, niña.

—¡Es la Duquesa!

—Ya lo sé.

Él gruñó levantándose y estirándose la chaqueta de malas maneras. —Querido, te veo algo inquieto —dijo maliciosa.

La devoró con la mirada y dijo con voz ronca —¿Cuándo crees que estarás recuperada?

—Pronto —dijo coqueta—. ¿Pasaras a verme después de la cena? Así hablaremos.

—Debes descansar —dijeron Portia y su marido a la vez.

—Me encuentro mucho mejor. Mira esposo, ya no tomo el láudano.

Él vio sólo el frasco para la infección. —¿Acaso ya no te duele?

—Apenas —mintió descaradamente—. Así que ya no duermo tanto. ¿Vendrás?

—Puede. —Fue hasta la puerta y salió sin decir nada más. Al cerrar escuchó el grito de su marido —¿Qué diablos es esto?

—Es el carrito de paseo de Lord Daniel, Duque —respondió su mayordomo a lo lejos—. Es que no se dormía y le han paseado por el pasillo, Excelencia. Así la Marquesa no tiene que cargarlo.

—¿Y tiene que estar en medio del pasillo? —gritó a los cuatro vientos.

—Así es más práctico. Ese niño se despierta a menudo.

—¡Ya lo quito, pesado! —gritó su hermana a lo lejos.

—Portia.

La doncella suspiró yendo hacia la puerta. Abrió a toda prisa para ver como el Duque empujaba el carrito. Asombradas vieron como el carrito regresaba y Kayne entrecerraba los ojos escuchando la risa provocadora de su hermana que debía estar al otro lado. —¡No tiene gracia,

Marquesa! ¡Puede tropezarse alguien!

Habría que estar ciego para no ver el carrito de Daniel. Su marido volvió a empujarlo y un segundo después regresaba ante él. El Duque entrecerró los ojos y cogió el enorme carrito con ambas manos antes de tirarlo por la barandilla de la escalera. Jadeó sentándose de golpe mientras escuchaba los gritos de su hermana diciendo que lo había destrozado. —Así aprenderá a recoger sus cosas, Marquesa. Sobre todo si está en casa ajena —dijo su marido como si nada antes de alejarse.

Portia cerró la puerta. —Solucionado.

Gimió y empezó a contar. —Uno, dos...

La puerta se abrió de golpe y su hermana furiosa gritó —¡Tu marido es un gañán!

—¿No tiene arreglo?

—¡Está destrozado! ¡La niñera se va a dejar la espalda para cuidar a Daniel!

—Te comprará otro.

—¡Aquí no los habrá! ¡Me lo encargó Daniel en París! ¡Ya verás cuando se entere! ¡Le costó una fortuna con el escudo del Marquesado! —Reprimió la risa y su hermana gruñó —No tiene gracia.

—Se está relajando. Prefiero que haga eso a que no diga nada y os vaya cogiendo rencor poco a poco. En nada de tiempo será otro miembro de la familia y es lo que necesita. —La miró a los ojos. —Lo necesita, Belinda.

Su hermana miró a Portia que asintió. —¿Qué es lo que no me habéis contado?

—No voy a hablar de eso.

Belinda impresionada se acercó a ella. —¿Ni conmigo?

—Hay ciertas cosas en un matrimonio que no se cuentan. Lo sabes bien.

Levantó la barbilla mirando a Portia de reojo. —Me enteraré.

—Seguramente, pero prometí no decir nada a la persona que confió en mí y prometo cumplirlo y Portia también.

—¡Por Dios! ¡Delia cómo te has metido en la armadura! —gritó su marido desde abajo.

Con los ojos como platos salieron corriendo y Bethany apartó las mantas para salir de la cama cojeando. Cuando llegó a la barandilla miró hacia abajo encontrándose el hall más grande que había visto nunca, pero no veía a nadie, así que fue hasta las impresionantes escaleras dobles descendiendo con cuidado de no caerse, fascinada por lo que tenía a su alrededor. El cuadro de una mujer con su cabello canoso cardado exageradamente le llamó la atención, pero fueron sus ojos negros tan parecidos a los de su marido los que la atraparon. Tenía una fuerza en su interior que el pintor había sabido retratar muy bien y eso le indicó perfectamente quien era. La abuela de su marido. Vio que sus manos que descansaban sobre los reposabrazos de la silla mostraban gran cantidad de anillos y levantó una ceja porque la señora se lo había puesto todo. Una enorme esmeralda en su dedo pulgar le hizo susurrar —Debía ser fuerte para llevar tanto peso.

—¡Quítale el casco! ¡Tira! —gritó su hermana.

—¡Ay! —chilló Delia.

—Hija, ¿cómo te has metido ahí?

Con curiosidad llegó abajo y descalza recorrió el impresionante hall hasta llegar a la puerta del comedor más hermoso que había visto jamás. Tenía una larga mesa donde debían caber unas cien personas y al final de ella había una silla que parecía un trono. Separó los labios viendo los maravillosos candelabros de plata y las dos grandes lámparas de aceite de las que colgaban cristales de colores que relucían. ¡Madre mía y ella sin saber llevar una casa!

—¡Ay, mi pendiente! ¡Qué me lo arrancas, bruto!

—Será posible —siseó su marido.

Vio una puerta abierta a la derecha y entró en el comedor caminando hacia allí para encontrarse un comedor más pequeño que era el que debía usar la familia normalmente. Delia

tenía puesta la parte de arriba de una armadura con casco y todo y su marido intentaba quitárselo con pocos resultados. Puso los ojos en blanco antes de decir —Manteca de cerdo.

Su familia se volvió de golpe para verla allí de pie. —¿Es que estas loca, mujer? ¿Qué haces levantada? —gritó su marido yendo hacia ella rápidamente y cogiéndola en brazos. Sonrió disimulando que le había hecho daño en la pierna y le acarició la nuca—. ¡Deberías estar en la cama!

Acarició el lóbulo de su oreja cortándole el aliento. —Me encuentro mucho mejor.

—Eso ya lo veo —dijo con la voz enronquecida—, pero no quiero que te pongas enferma de nuevo.

Empezó a subir las escaleras y ella señaló el cuadro. —¿Era tu abuela?

—Sí.

—¿Cómo se llamaba?

—Gaudencia.

—Ah... Qué mono el nombre. —Su marido se echó a reír. —Cariño, no querrás llamar así a nuestra niña, ¿verdad?

—¿Qué niña? —Divertido la sentó sobre la cama.

—La que me darás.

Se sentó a su lado. —¡Se supone que tienes que darme un hijo, mujer!

Sonrió acariciando su pecho disfrutando de su musculatura. Y era todo suyo. No se lo podía creer. —Estoy deseando que me hagas tu mujer. —Le miró a los ojos y vio la pasión en ellos. Sonrió sensualmente. —Cariño, cierra la puerta.

Su marido carraspeó levantándose y fue hasta la puerta haciendo que su corazón saltara en su pecho de la anticipación cuando él salió cerrando suavemente. Jadeó indignada. —¡Kayne! ¿No te habrás ido? —Frunció el ceño porque no tenía pinta de volver de inmediato. —Vale, tienes

hambre. ¡Te veo luego! ¡Date prisa, que aquí te espero! —Se cruzó de brazos mirando a su alrededor antes de llevar la mano a la boca y exhalar. Asintió cruzándose de brazos de nuevo. —¿Y ahora qué hago?—Vio la bandeja de la cena y jadeó. —Uy, la cena, que se me enfría. Voy a necesitar energías.

La puerta se abrió y Kayne se detuvo en seco porque la cama de su esposa estaba vacía. Miró a su alrededor antes de ir detrás del biombo donde la bañera y el inodoro estaban intactos. —¿Dónde estará ahora esta mujer? —preguntó exasperado antes de gritar —¡Portia! —Fue hasta el cordón y tiró con fuerza. Impaciente se acercó a la cama y levantó las sábanas para mirar debajo.

Portia llegó casi corriendo y al ver la cama parpadeó. —¿Dónde está la niña?

—¡Eso mismo me pregunto yo!

Un ruido al otro lado del panel de madera de al lado del tocador le hizo gruñir. El Duque fue hacia allí y empujó uno de los apliques de madera. La puerta se abrió haciendo jaderar a Portia que se acercó a toda prisa para ver una luz tenue que llegaba desde abajo y unas estrechas escaleras que descendían. —¿Qué es eso?

—Se hizo en el pasado para que los Duques huyeran en caso de asedio. —Metió la cabeza y gritó —¡Mujer, como estés ahí te voy a poner el trasero que no podrás sentarte en una semana!

—¡Mi amor, esto es fascinante!

Portia chasqueó la lengua. —Es que siempre ha sido muy curiosa. Desde pequeña. —Levantó una ceja. —¿No piensa ir a buscarla?

—¡No! Tiene que venir ella. ¡Es muy estrecho para mí!

Ella vio el estrecho pasillo que descendía en caracol y pensó que no era para tanto. Al mirar hacia él vio que estaba muy nervioso. —¡Bethany, tienes que subir! —gritó como si

estuviera desesperado.

—¿Cariño? Todo va bien. ¿Sabes que aquí hay un barril? ¿Qué tendrá dentro?

—¡Bethany!

—Niña, sube. Tu marido se está poniendo blanco.

Bethany teniendo un mal presentimiento se giró y empezó a subir las escaleras con cuidado de no hacerse daño en la herida y cuando le vio él pareció aliviado. Sintió remordimientos por preocuparle. —Estoy bien.

La cogió del brazo arrebatándole la lámpara y le gritó a la cara —¡Nunca vuelvas a entrar en un pasadizo! ¡Son peligrosos! ¡Puedes quedarte encerrada y nadie sabría que estás dentro!

—Lo siento. No lo sabía —dijo al ver su angustia.

La cogió en brazos de mala manera y la tumbó en la cama mirándola como si quisiera asegurarse de que estaba bien. Portia le quitó las zapatillas que se había puesto. —Te has manchado entera —dijo entre dientes furioso.

—Es que había telarañas.

—Portia un camisón. —La fulminó con la mirada. —Como te pongas enferma de nuevo... ¡En esos pasadizos hace mucho frío y tú sin bata! ¡Y coja!

Sonrió y le acarició la mejilla, pero al ver lo sucias que tenía las manos jadeó. —Cuanta mierda hay en esa escalera. Cariño hay que limpiar.

Portia reprimió la risa mientras se levantaba con desparpajo y se quitaba el camisón como si tal cosa haciendo que su marido casi bizqueara de la sorpresa al verle el trasero en forma de corazón. La doncella le puso el camisón en las manos al Duque que lo tiró a un lado sin dejar de mirar a su mujer y Portia sonriendo salió de la habitación discretamente.

Bethany empezó a lavarse enjabonándose muy bien las manos antes de lavarse la cara frotando como si fuera una niña. Con los ojos cerrados buscó la toalla donde siempre la tenía en

casa, pero allí no estaba y cuando abrió los ojos parpadeó quedándose sin aire al ver a su marido totalmente desnudo con una toalla en la mano. Si antes creía que había tenido suerte, mirando su musculoso pecho para después bajar por sus abdominales hasta llegar a su sexo erecto, supo que Dios la había bendecido con ese pedazo de hombre.

—Ven que te seque —dijo él con voz ronca.

Dio un paso hacia él hipnotizada por su sexo que tembló bajo su mirada y su marido gruñó antes de cogerla por la cintura pegándola a él. Sentir su piel pegada a la suya la hizo cerrar los ojos y su duro sexo contra su vientre provocó que un gemido de necesidad saliera de su garganta. Cuando besó su cuello sintió que le temblaban las piernas por el placer que la recorrió. El roce de sus pechos con el vello de sus pectorales era una tortura y sin darse cuenta se pegó a él provocando que su sexo ardiera. El Duque atrapó su boca y mareada acarició sus hombros poniéndose de puntillas, pero su pierna se resintió. Él gruñó cogiéndola en brazos y sin dejar de besarla como si estuviera sediento la tumbó sobre la cama. Sus labios abandonaron su boca y bajaron por su cuello para subir de nuevo hasta el lóbulo de su oreja cuando Bethany sintió que el fuego que recorría su vientre la tensaba con fuerza y gritó arqueando su espalda haciendo que su marido la mirara asombrado. Ella sonrió de manera bobalicona intentando recuperarse del paraíso en el que se encontraba cuando su marido la cogió por la barbilla ordenando —Abre los ojos.

Ampliando su sonrisa los abrió mostrando unos ojos totalmente violetas. —¿Ya hemos terminado? ¿Ya me has hecho un bebé?

Él reprimió la risa. —No preciosa, ni he empezado todavía.

Abrió los ojos como platos. —¿De veras? ¿Y mi corazón podrá soportarlo? No había escuchado nunca que alguien muriera de placer. Mira que estoy delicada y... —Su marido gruñó atrapando su boca y ella se abrazó a su cuello respondiendo a su beso mientras que el fuego empezaba a recorrerla de nuevo. Se giró para besarle mejor y la mano de su marido bajó hasta su trasero pasando la pierna herida sobre su cadera. Su duro sexo rozando el suyo la hizo gritar de placer y Kayne se apartó para mirar su rostro mientras su sexo entraba en ella lentamente. Sin

aliento le miró a los ojos y clavó las uñas en sus hombros al sentir la presión que aumentaba a medida que la llenaba. Con la respiración agitada él amasó su nalga antes de tirar de ella hacia su cuerpo rompiendo la barrera de su virginidad.

Los ojos de Bethany se llenaron de lágrimas y él besó suavemente sus labios. —¿Te duele mucho? —preguntó apartándose para mirar sus ojos.

—¿Cómo va a dolerme ser tuya? —Una lágrima cayó por su mejilla. —No puedo ser más feliz que en este instante.

Él la miró posesivo antes de atrapar su boca acariciando su espalda con pasión antes de que su mano llegara a su pecho. Cuando acarició su duro pezón ella se estremeció con fuerza apretando su miembro de tal manera que Kayne gimió tumbándose sobre ella. Aún estremeciéndose ni sintió cómo entraba en ella de nuevo alargando su éxtasis y de ahí se desencadenó la locura porque ida de placer rodeó sus caderas mientras él con sus desenfrenadas embestidas la catapultaba varias veces hacia el éxtasis hasta que él explotó en su interior provocando que se quedara sin aliento bajo su cuerpo.

Otro estremecimiento de su esposa varios minutos después, le hizo levantar la cabeza y sonrió apartando el cabello de su rostro que mostraba que aún disfrutaba de tenerle dentro. —Había oído hablar de que una mujer podía gozar varias veces en un coito, pero jamás me lo creí.

Ella abrió los ojos. —¿Yo hago eso?

Divertido se movió en su interior y ella gimió arqueando su cuello hacia atrás al borde del orgasmo de nuevo. —Mujer vas a disfrutar mucho del matrimonio.

—No esperaba menos, mi Duque.

Al día siguiente apenas tuvo que discutir para salir de la cama porque estaba tan pletórica de felicidad que al ver su rostro nadie era capaz de seguir llevándole la contraria. Su hermana

sorprendida vio que convencía a su Duque sólo con una mirada, aunque él al principio se negaba en redondo. Fue hacer un puchero y consentir que se levantara unas horas, aunque el médico no había dicho nada de que abandonara la cama. Eso sí, el desayuno lo hacía en la cama.

Cuando bajó al salón todos ya estaban allí y chilló de la alegría al ver a Daniel que soltó un gorgorito en cuanto vio a su tía. Se sentó al lado de su hermana y le cogió en brazos. Su marido la observó con una sonrisa en los labios.

—¿Sabéis? En mi habitación hay un pasadizo —dijo contenta mirando al niño sin darse cuenta de que su marido perdía la sonrisa de golpe mientras las chicas chillaban de la alegría.

—Bethany...

Al escuchar la advertencia de su voz asintió. —Pero tenemos prohibido entrar en él. Es peligroso y está muy sucio.

Kayne asintió antes de mirar el periódico que tenía en las manos y Bethany le hizo un gesto sin darle importancia a Delia y a Belinda que habían perdido algo de la ilusión. Ambas sonrieron de oreja a oreja.

—¿Por qué te niegas ahora a que los busquen cuando las animaste a que los encontraran? —preguntó Carlton sorprendido.

El Duque gruñó bajando el periódico que su suegro ya había leído. —Porque en ese momento estaba intentando distraer a mi mujer enferma mientras comía y yo llevaba sin dormir tres días.

—Oh, cariño... ¿Te quité el sueño? —preguntó radiante de felicidad sin importarle un pimiento que no pegara ojo—. Eso es que ya me quieres un poquito —dijo satisfecha dejándole en shock. Ella miró a su familia—. Ayer eché un vistacito. Hay unas escaleras redondas, pero sólo bajé como dos pisos. La verdad es que es algo claustrofóbico bajar por ahí.

—¿Te quedaste encerrada! ¡Se había cerrado la puerta! ¡Estoy seguro que ni sabías dónde estaba la apertura! —gritó furioso.

—¿De veras se había cerrado? —preguntó sorprendida y sonrió—. Menos mal que me encontraste.

—Niñas, no quiero que entréis en esos pasadizos —dijo su padre sin que le hicieran ni caso—. ¡Hablo en serio! ¡Puede ser peligroso!

—Sí, padre —dijeron todas a la vez.

—Kayne toma medidas. En cuanto nos demos la vuelta empezarán a buscarlos. Por eso se ha levantado la niña. Si la conoceré yo.

Belinda soltó una risita por la mirada de asombro de Bethany. Sí que la conocía, sí, porque precisamente por eso se había levantado. Por eso y porque en la habitación se aburría mortalmente.

—¿Piensas cambiar algo de la decoración, cielo? —preguntó Eugenia bordando.

Su marido la miró con horror. —¿De qué habla tu madrastra?

—Es lógico que cuando una mujer recién casada llega a su nuevo hogar ponga las cosas a su gusto.

—Tú no lo hiciste —dijo Carlton asombrado.

—Oh, porque tu casa en Londres es preciosa, cariño. Me gusta la decoración. Además han pasado tantas cosas que tampoco lo he pensado mucho.

—Así que lo hacéis por aburrimiento —dijo su Duque mirando el niño que tenía en brazos—. Tranquila, que te mantendré entretenida.

Bethany soltó una risita. —No he visto mucho, pero de todo lo que he visto no cambiaría nada. Conserva la esencia del castillo y con mucho gusto.

—Es cierto. Tu casa es hermosa, Kayne —dijo Delia—. Me inspira mucho. Es una pena que no tenga mis pinturas.

—Thomas encárgate que Lady Delia tenga todo lo necesario para pintar.

—Entendido, Duque. Me encargaré ahora mismo.

Todos sonrieron, pero él ni se dio cuenta leyendo el periódico.

—Cariño, te va a llenar el castillo de cuadros.

Delia le sacó la lengua haciéndola reír.

—Con su talento no me importa.

—Gracias, Duque. —Le hizo una mueca a su hermanastra.

—Por cierto, ¿dónde están los que hemos traído? ¿Los han colgado ya?

Él bajó el periódico frunciendo el ceño. —¿Thomas?

—Están en una de las habitaciones vacías, Duque. ¿Quiere que los baje?

—Sí, que decida donde se ponen. Así mi esposa se entretendrá un rato, a ver si me deja leer el periódico.

—Muy gracioso, cielo.

Él sonriendo siguió leyendo. Belinda se acercó y susurró —Tu esposo está muy contento esta mañana. ¿Qué has hecho, pillina?

Se puso como un tomate y su hermana soltó una risita.

—¡Cállate! —dijo antes de sonreír sin poder evitarlo.

—Yerno, ¿tus tierras llegan hasta muy lejos?

—Ya estamos —protestó Eugenia—. ¿Será posible? Siempre hablando de tierras, ovejas y fábricas. ¿Es que no tenéis ya suficiente dinero?

—No —respondieron los hombres como si fuera obvio.

Kayne miró a Carlton. —¿Vas a invertir en las fábricas de tu otro yerno?

—Puedes llamarle Daniel —dijo Belinda satisfecha—. ¿Lo vas a hacer tú? Tenía entendido que mi marido no tenía ni quería socios.

—Es cierto, mi hijo nunca se asocia que luego trae problemas.

—Si quiere usar mis tierras... Ese es el trato al que llegué con Barry —dijo divertido.

—Qué listo eres, amor. —Orgullosa le guiñó un ojo.

—Entonces no se quedará tus tierras —dijo Delia colocando la manga de su vestido.

Todos la miraron mientras Eugenia asentía. —¿Por qué no iba a aceptar asociarse con mi marido? —preguntó molesta.

—Porque las sociedades traen problemas. Ya te has molestado y ni siquiera han hablado de ello en persona. Barry dijo que... —Al recordar a su enamorado fulminó a Carlton con la mirada y este puso los ojos en blanco.

—Ya te lo ha dicho. Habla con tu hermano de esto —dijo su madre.

—¡Ya, pero Bethany pudo casarse con su Duque!

Kayne la miró sin comprender. —¿Perdón?

—Es que padre al principio no te quería por yerno. De hecho eligió a un Conde mata-mujeres como candidato. Esa vez pinchó en hueso. Al elegir el marido de mi hermana tuvo mejor ojo.

—¿Perdón? —preguntó más alto.

Ella sonrió radiante. —Es que escuchamos a escondidas y creímos que el elegido eras tú cuando en realidad hablaban de tus tierras. Pero yo me hice ilusiones.

—Vamos a ver si lo he entendido... —Su hermana gimió por lo bajo. —Me estás diciendo que vuestro padre os elige los maridos.

—Como debe ser —dijo el Conde muy serio.

—Y tú creyendo que me había elegido a mí, te hiciste ilusiones.

—¡Exacto! Cariño, qué listo eres. Cada día me sorprendes más.

—¡Eso es porque no me conoces!

—Eso se arregla pasando mucho, pero que mucho tiempo juntos. —Le guiñó un ojo dejándole con la boca abierta. —Ahí fue cuando me interesé en ti. Y ya no pude separarte de mis pensamientos.

—¡Y me tendisteis la trampa como suponía!

—¿Te estás quejando? —Al ver que lo pensaba parpadeó sorprendida porque después de la noche que habían pasado juntos creía que ya eran un matrimonio y que él la apreciaba. Puede que no como a su amante, pues con ella había pasado mucho más tiempo, pero creía que al menos no se arrepentía de haberse casado. Con cuidado le dio el niño dormido a su hermana antes de levantarse muy digna. —¿Thomas? Los cuadros.

—Enseguida, Duquesa.

Kayne al ver que su esposa se había disgustado apretó los labios, pero todo el mundo esperaba un gesto suyo hacia su mujer que no llegó. Levantó el periódico y siguió leyendo como si nada.

Belinda molesta se levantó lentamente con el niño en brazos. —Vamos, familia. Ayudemos a Bethany a elegir dónde colgar los cuadros.

Capítulo 10

Como estaba enfadada quitó dos cuadros de la escalera de gente que no sabía quién era para poner el suyo al lado de la Duquesa. La verdad es que era un contraste entre las dos, pero le gustó el resultado. El de toda su familia decidió ponerlo en el comedor familiar para verles todas las mañanas desde su sitio. Después volvió al salón y su marido ya no estaba. Decepcionada se sentó en el sofá y forzó una sonrisa mientras su familia hablaba de lo bien que habían quedado los cuadros. Animó a Delia a hacer más y esta le respondió que haría uno del castillo bien grande y eso le recordó que no había visto el castillo desde fuera. Miró hacia la ventana y se dijo que estaba cansada para salir en ese momento. Ya lo haría otro día. Se levantó y dijo —Creo que voy a acostarme un rato.

—Pero si queda poco para la comida —dijo su padre—. ¿No te encuentras bien?

—No, sólo estoy algo cansada, eso es todo.

—Acuéstate, querida —dijo Eugenia mirándola atentamente—. Igual te has levantado demasiado pronto.

Asintió yendo hacia la puerta cojeando y Thomas la observó subir la escalera. — ¿Necesita ayuda, Duquesa?

—No, gracias —respondió distraída en sus pensamientos.

Sabía que todo había sido demasiado precipitado. Que había obligado a Kayne a un matrimonio que no quería pues pensaba casarse con su amante. Que apenas se conocían y que él había tenido una vida muy dura para entregarse a ella así como así. Pero no pudo evitar sentirse dolida porque aún estaba indignado por haber tenido que casarse con ella. Recordó su rostro

mientras le hacía el amor y parecía que la quería. ¿Cómo podía haberse hecho ilusiones de esa manera? Tenía que darle tiempo. Debía tener paciencia con él y lo conseguiría. Consegiría ser lo más importante en su vida. Estaba segura.

Su marido no fue esa noche a su cama y se mordió el labio inferior mirando la puerta que tenía en frente al lado del tocador. Miró al otro lado del mueble hacia la puerta oculta y entrecerró los ojos. Cuando más se habían acercado su hermana y su marido era cuando habían pasado dificultades, y lo mismo había ocurrido con ellos. Los problemas unían mucho a una pareja. Miró la puerta del pasadizo de nuevo y apretó los labios. Le dolía la pierna, mejor dejarlo para otro día. Apartó las sábanas porque también había otra manera de unir a una pareja y salió de la cama acercándose a la puerta de comunicación con la habitación del Duque. Giró el pomo y abrió la puerta deteniéndose en seco al ver que la cama estaba vacía. Frunció el ceño cerrando la puerta y al pasar ante la chimenea miró el reloj. Era casi medianoche. ¿Dónde estaría? Tiró del cordón de terciopelo para llamar al servicio y se sentó en la cama. Llamaron a su puerta apenas unos minutos después. —Adelante.

Una doncella abrió la puerta e hizo una reverencia. —Duquesa... ¿Necesita algo?

—¿Dónde está el Duque?

—Se ha ido, milady.

Tuvo un mal presentimiento. —¿Ido? ¿A dónde?

—A Londres, milady —respondió confundida—. Se fue esta tarde mientras dormía.

Se tensó con fuerza levantándose lentamente. —¿Qué has dicho?

—El Duque recibió recado mientras estaban colgando los cuadros, milady. Ordenó salir hacia Londres después de la comida. Dijo que regresaría en dos días. Seguro que no se lo dijo porque estaba dormida.

Apretó los labios porque Portia en la cena no le había dicho palabra, seguramente para no disgustarla. Se volvió para no mostrar su decepción porque estaba segura de que había ido a ver a su amante. —Puedes retirarte.

—Sí, Excelencia. Buenas noches.

—Buenas noches.

Su primer impulso era salir tras él, pero debía ser más fría. Era obvio que debía tener entretenido a su marido para que no se le ocurriera irse de nuevo. Y las dificultades entretenían mucho también. Debía hablar con sus hermanas para trazar planes. Muchos planes para su futuro.

Cuando el carruaje llegó estaban preparadas y sentadas en el salón como niñas buenas. Sonrieron cuando él entró en el salón dándole el abrigo de viaje al mayordomo. —Querido, dos días exactos. Qué puntual. Era una faceta que desconocía de ti —dijo encantada acercándose a él y dándole un suave beso en los labios—. ¿Qué tal el viaje?

—Muy bien —dijo mirándola con desconfianza—. ¿Y tú qué tal estás?

—Perfecta.

—Bueno, hemos tenido que llamar al médico porque le dolía la herida, pero ya se encuentra mucho mejor —dijo Delia—. Mira lo que he pintado.

Él levantó la vista hacia encima de la chimenea y parpadeó al ver un gran cuadro del castillo con una pareja ante el foso dándoles la espalda con las manos unidas. Era evidente que la pareja eran ellos por la larga cabellera castaña de Bethany y su pelo moreno. —Es precioso, Delia. Veo que has estado entretenida.

Belinda sonrió. —Y no es la única. Tu esposa ha estado muy...

—Belinda, ¿no está llorando el niño?

—¿Si? Voy a ver.

Su marido la miró a los ojos. —¿Qué has estado haciendo?

—Descansar básicamente. —Cogió su mano y tiró de él. —Ven querido, estarás agotado. ¿Quieres beber algo antes de la cena?

—Debería cambiarme.

—Oh, no seas tan estricto. Estamos en familia. Además tú no eres un hombre al que le importen mucho los modales.

Sentándose en el sillón frunció el ceño. —¿Me estás llamando maleducado?

—Uy, uy, me estoy dando cuenta de que estás algo gruñón. Pero debe ser por el viaje, porque tú tienes muy buen carácter.

Delia reprimió la risa y él la miró mosqueado. —¿Ocurre algo, Delia?

—Por supuesto que no. ¿Y qué tal el viaje?

—Ya lo he dicho —respondió muy serio cogiendo la copa tallada que su mujer le tenía con su bourbon favorito—. Muy bien.

—¿Y qué ha ocurrido para que tuvieras que irte sin decirme nada siquiera? Ha tenido que ser una emergencia. ¿Algo grave? —preguntó sentándose al lado de Delia—. ¿Se estaba quemando la casa?

—Algo así. En Londres había un fuego que debía apagar de inmediato.

—Relacionado con tu amante, me imagino.

—Fue una de las razones para mi viaje. Ha tenido una rabieta, eso es todo. No volverá a pasar.

Levantó las cejas intentando disimular la rabia que la recorrió. —Pues aquí también había que apagar un fuego, querido. Se ha quemado el establo.

Él que estaba bebiendo se atragantó poniéndolas perdidas y Delia protestó —¿Mi vestido

nuevo!

—Tranquila, mi esposo te comprará otro.

La miró asombrado. —¿El de aquí o el de cría?

—El de aquí, cielo. Tranquilo que el de cría está a salvo, esté donde esté que todavía no lo sé porque no me lo has enseñado.

—¿Se ha perdido algún caballo? ¿Caín está bien?

—Supongo que es tu caballo. Sí, todos están bien. Por cierto, ¿dónde está Calígula?

—Te lo he traído.

Sonrió radiante. —Te has acordado. ¿Has pensado mucho en mí?

Él gruñó en respuesta poniéndose en pie y bebió su bourbon de golpe. —Voy a ver los daños.

—¿Quieres que te acompañe? No es que quede mucho. En realidad no queda nada. Mejor me quedo aquí que hace algo de frío.

—Sí, mejor quédate.

Salió de allí a toda prisa y gritó —Thomas, ¿qué diablos ha pasado con el establo?

—No lo sé, milord. De repente ardió —dijo saliendo tras él del castillo.

Sonrió maliciosa y miró a su hermanastra que soltó una risita. —Eso por dejarme sola.

—Tienes razón. Ha hecho muy pero que muy mal.

Belinda asomó la cabeza y le guiñó un ojo entrando en el salón. —Eres mejor actriz de lo que creía.

—Gracias, hermana. He practicado mucho.

Entonces vieron como su marido furioso cruzaba el hall y las tres corrieron hacia la puerta. Cuando desapareció corrieron tras él entrando por el pasillo de debajo de la escalera. Torcieron a la derecha al llegar al final y vieron como su marido entraba en su despacho dando un

portazo. —Está furioso —susurró Delia reprimiendo la risa.

—Uno, dos...

—¡Bethany! —gritó su marido furibundo.

Corrieron hacia el salón y se sentaron como si nada. —Oh, sí... esa tela es preciosa. Debería comprarla para hacerme un vestido. No tengo vestidos de colores de mujer casada.

—Sí, hermana... deberías hacerlo.

Su marido apareció en la puerta y la verdad es que su cara daba auténtico miedo. Las tres se levantaron lentamente perdiendo la sonrisa. —Cielo, ¿te ocurre algo?

—¿Qué ha ocurrido en mi despacho! ¿Dónde está?

—¿Hablas de esa habitación tan lúgubre que había al otro lado de las escaleras?

—No, si la habitación sigue allí. ¡Pero no está todo lo demás!

—No sabía que era tu despacho —dijo arrepentida—. Necesitaba una sala de costura porque no había ninguna en el castillo y elegí esa habitación creyendo que no te importaría.

—¿Que no me importaría que quitaras mi despacho, mujer?

—Creía que era de tu padre o tu abuelo. Era tan... feo.

Las tres asintieron. De repente Bethany sonrió. —Ahora es mucho más bonita. El nuevo empapelado hace que sea más luminosa. ¿No te gustan las flores?

—¡No!

Chasqueó la lengua. —Vaya.

—¿De las más de setenta habitaciones tuviste que escoger mi despacho? —gritó furibundo.

—Bueno, es que la chimenea era más grande. ¡Tiene gárgolas! ¡Son un poco tétricas, pero me encantan!

—Yo creía que las gárgolas se usaban para la lluvia en las catedrales y eso —dijo Belinda confusa.

—¿No serán gárgolas? Tendremos que averiguarlo. —Miró a su marido. —Cariño, ¿qué son?

—¡Son caballos!

—Oh, pues entonces el artesano no tenía un buen día.

La miró como si le hubieran salido cuernos y Bethany parpadeó. —Lo siento, cielo. Podemos elegir otra habitación para ti. Hay una al lado...

—¡Esa era la sala de costura de mi abuela!

—Ya decía yo que los muebles eran algo femeninos. —Chasqueó la lengua. —Vale, me trasladaré a la habitación de al lado.

—Uy, qué pena. Con lo bien que había quedado el empapelado.

—Lo que es una pena es lo de los muebles.

—¿Por qué?

—Porque hasta que volvieras estaban en el establo. —La miró como si estuviera loca. — No sabía dónde ponerlos. ¡Esta casa está repleta de cosas!

—¡Ese escritorio tenía más de cien años! ¡Fue un regalo del rey a mi bisabuelo!

—Vaya.

—¿Vaya?

—Si hubieras estado aquí...

Su marido gruñó antes de alejarse y gritar —¡Thomas, cómo has permitido esto!

—No estaba, milord. Era domingo. Día de misa.

—¡Me cago en la leche! ¿Cómo pudieron empapelar tan rápido?

—La Duquesa tiene muchos recursos, Excelencia. Lo hizo todo en un día.

—¡Mi escritorio! ¡Joder, tenía papeles importantes en él!

—Lo siento milord, cuando llegué del pueblo me entretuve un poco con lo del incendio del establo. No daba a más —dijo el pobre hombre muerto de miedo.

—¡Igual debería contratar a alguien que dé más!

Temiendo que le despidiera Bethany salió del salón para encontrárselos bajo las escaleras.
—Deja de meterte con el pobre Thomas. ¡Ha sido culpa mía!

—¡Exacto! —gritó furibundo antes de alejarse y saliendo por la puerta de cristal que daba al jardín de atrás.

Sonrió divertida y miró a Thomas que le guiñó un ojo antes de seguir con sus obligaciones.

—Ese soborno ha sido todo un acierto, cielo —dijo su hermana tras ella.

—Totalmente. Necesito tenerle de mi lado.

—Pues lo has conseguido.

Su marido volvió a entrar y pasó ante ellas sin dirigirle la palabra. Subió las escaleras cruzándose con su padre que levantó una ceja cuando ni le saludó. Todos le observaron entrar en su habitación y cuando cerró con otro portazo su padre hizo una mueca. —Veo que se ha enterado de lo del establo. Yo también me subiría por las paredes.

—Vamos allá. —Radiante subió las escaleras y le dio un beso en la mejilla a su padre antes de continuar.

—Cielo, ten cuidado con la herida.

—Sí, padre. —Entró en la habitación de su marido sin llamar y se lo encontró mirando por la ventana.

—¿Estás tomando láudano? —preguntó él sin mirarla.

—¿Qué?

Se volvió muy tenso. —¿Estás tomando láudano de nuevo para el dolor, mujer? —preguntó levantando la voz.

—No, claro que no. Sólo llamé al doctor por si la herida se había infectado de nuevo. —
Sonrió acercándose y le abrazó por la cintura. Él la miró como si no la creyera sin responder a su
abrazo, pero hizo que no se daba cuenta. Los celos la recorrieron de arriba abajo sin perder la
sonrisa. —Pero él sólo me recomendó descansar.

—¿Y por qué no estás descansando?

—¿Descansas conmigo? —Él miró sus labios sin mostrar deseo alguno y le dolió su
rechazo. —Estarás agotado después del viaje.

Su Duque entrecerró los ojos. —¿Por qué has hecho lo del despacho?

Chasqueó la lengua apartándose y se acercó a la cama acariciando el poste. —¿Crees que
lo he hecho a propósito?

—Sé que lo has hecho a propósito.

Era más listo de lo que pensaba, así que tenía dos opciones decirle que lo había hecho a
propósito y que se enfureciera o hacerse la tonta, pero eso haría que no confiara en ella. Pero
quería que la vigilara de cerca, así que decidió hacerse la tonta. —¿Por qué piensas eso? ¿No
confías en mí?

—¡Pues no! ¡Y menos si tomas láudano!

Jadeó aparentando indignación. —¡Muy bonito, esposo! ¡Si lo tomara, que no lo tomo, es
porque tengo dolores! ¡O crees que me los invento también!

—No dudo que te duela, preciosa. —Suspiró volviéndose y ella se sintió culpable pero
luego recordó que su marido se había ido a ver a su amante y se le pasó.

—Estás agotado, cielo. Deberías descansar un rato.

—Estoy bien —respondió muy tenso.

—¿Por qué estás tan enfadado? —preguntó perdiendo la paciencia.

La miró furioso. —En ese escritorio había documentos muy importantes. ¡Ya te lo he

dicho!

—Ah, ¿es por eso? —Pensó rápidamente. —Están en una caja en algún sitio. ¿Cómo voy a dejar el escritorio en el establo lleno de cosas?

Al ver su alivio le intrigó qué habría en ese escritorio.

—¿Y dónde está esa caja?

—Habrá que preguntarle a Thomas, querido. Pero descansa tranquilo que esos papeles están a salvo.

Él se pasó la mano por la nuca demostrando que estaba agotado. —Sí, será mejor que descansa un poco. —Se quitó la chaqueta por los hombros y ella se la cogió sacándosela por los brazos. Kayne se volvió y la cogió por la cintura pegándola a él. —¿Y qué te dijo el médico aparte de que descansaras?

—La herida está muy bien. —Le quitó el pañuelo del cuello deslizándolo por su nuca lentamente sin dejar de mirar sus ojos negros para dejarlo caer al suelo. —Sólo que he movido demasiado la pierna y el músculo se resiente.

—Sí, al parecer has estado muy ocupada —dijo con voz ronca mientras ella acariciaba su pecho sobre la tela—. Vas a hacerle caso al doctor. —Apretó su cintura antes de bajar sus manos hasta su trasero amasándose con ganas.

—¿Es una orden, marido?

Él gruñó besándola apasionadamente y sujetándola por los glúteos la elevó para ponerla a su altura. Se besaron desesperados como si se necesitaran y se abrazó a su cuello respondiendo con toda el alma porque no había pasado un minuto en esos dos días en que no pensara en él. Se le había metido en la sangre y sería suya hasta el día de su muerte.

Kayne se acercó a la cama y arrodilló una pierna tumbándola sin dejar de besar sus labios y ella chilló cuando sintió su mano acariciándola entre las piernas por encima de su ropa interior. Sin saber cómo sus dedos llegaron a rozar sus húmedos pliegues y estalló en un orgasmo que la

hizo gritar en su boca mientras arqueaba su espalda todo lo que podía. Él se apartó para contemplar su éxtasis sin dejar de acariciarla y susurró —Va a ser una siesta muy interesante, preciosa. Puede que me aficione —Entró en ella haciéndola gritar de placer. —Vamos a ver cuántas veces puedes correrte, esposa. Estoy intrigado. —Se incorporó lentamente y cogió sus piernas acariciándolas por encima de las medias esperando a que se recuperara un poco antes de entrar en ella con ímpetu. Fue como si la traspasara un rayo y gritó sintiendo que no había una sola fibra de su ser que no estuviera totalmente tensa buscando liberación. Su esposo la embistió de nuevo y todo su ser vibró temblando con fuerza dejándola totalmente ida de placer. Kayne entrecerró los ojos y se tumbó sobre ella. —Ah no, preciosa... Vas a volver conmigo. —Se movió lentamente en su interior haciendo que temblara bajo su cuerpo y ella abrió los ojos provocando que sonriera. —Tienes que aguantar un poco más, cielo.

—¿Si? ¿No te hago disfrutar?

Kayne gimió cuando apretó su interior y dijo con esfuerzo —Me haces disfrutar demasiado, pero es que así terminaré enseguida. Y quiero hacerte gozar.

Le miró como si estuviera loco. —¿Más? ¡Tú quieres quedarte viudo!

Se echó a reír y Bethany acarició sus hombros antes de acariciar su nuca. Él perdió la risa poco a poco. —Quiero que seas feliz —dijo cortándole el aliento—. Quiero que seas feliz a mi lado. ¿Crees que lo conseguiré, esposo?

Kayne la miró intensamente antes de besarla como si fuera lo más importante en la vida haciendo que su corazón saltara en su pecho. Cuando apartó los labios de su boca besó su cuello moviéndose ligeramente en su interior. Ella apretó las uñas en su nuca y su marido perdió totalmente el control. Aceleró el ritmo y entró en ella una y otra vez volviendo a llevarla al límite hasta hacerla explotar de éxtasis y esta vez lo hicieron juntos.

Tumbados en la cama a medio vestir respirando agitadamente se miraron el uno al otro. —
Marido, cada vez lo haces mejor —dijo sin aliento.

—Y tú cada vez aguantas más. ¿Te estás acostumbrando?

—Son menos pero más intensos. —Se giró acariciando su pecho desnudo posesiva. —
¿Disfrutas de mí?

—No sabes cuánto, preciosa. —Acarició un mechón de su cabello.

—Y yo disfruto de tenerte dentro.

Él rio por lo bajo. —Ya me he dado cuenta.

Besó su pecho. —Me quitas el aliento.

—¿Y si hubiera sido feo?

Levantó la vista sorprendida. —¿De qué hablas?

—Escuchaste el nombre equivocado y te hiciste ilusiones. ¿Y si hubiera sido feo?

Apoyándose en su pecho se sentó a su lado y su marido se pasó su pierna sobre su cuerpo
para que la tuviera más estirada. —Me informé un poco. Portia te había visto en Laurens Hall
hace unos años.

Él asintió. —Cuando buscaba a Dafne.

—Sí. Y Barry también me contó cómo eras. No me fiaba mucho de Portia —Rio por lo
bajo. —El lacayo del establo de casa de padre le parece atractivo y es tuerto. —Su marido se
echó a reír. —Aunque mi doncella no recordaba el color de tus ojos ni tu cabello...

Divertido preguntó —¿Y qué recordaba de mí?

Rayos... —Bueno, que no estabas de muy buen humor. Y tu nombre. Eso lo recordaba muy
bien. —Él se quedó en silencio acariciando su espalda y se incorporó para empezar a desabrochar
su vestido mirándola a los ojos. Fue un alivio que no se enfadara. —¿Sabes que después te espíé?

—¿Qué? —Rio por lo bajo.

—Un día esperé ante tu casa para verte y ya no hubo vuelta atrás —susurró acariciando su nuca—. Me dije, este hombre tiene que ser para mí. Creía que te resistirías más.

—Es lo que tiene que te obliguen a casarte, que uno se resiste poco.

—Ese duelo fue determinante, ¿verdad? —preguntó asombrada—. Pues no lo hice a propósito. Si no me hubieras insultado...

—¿Me perdonas?

Se le cortó el aliento. —Te perdonaría todo... Excepto una cosa.

Él rio por lo bajo. —¿El qué, preciosa?

—Que ames a otra mujer. La mataría y después te mataría a ti.

Él levantó una ceja. —¿Con duelo o sin duelo?

—Muy gracioso, Duque.

Capítulo 11

Dejó caer la carta al suelo y cogió la siguiente del cajón del escritorio sintiendo que se le rompía el corazón. Belinda y Delia de pie tras ella se miraron mientras la abría a toda prisa. —Cielo, deja de torturarte. Eso es pasado.

Sintiendo un nudo en la garganta negó con la cabeza. —Todavía las conserva. ¡Conserva todas sus cartas! —gritó rabiosa empezando a leer.

—Dios mío —susurró su hermana al ver sus ojos llenos de lágrimas—. Era su esposa. —Bethany ni la escuchaba mientras una lágrima caía por su mejilla. Belinda no lo soportó más arrebatándosela de las manos, pero ella se agachó para buscar más en el cajón. —Déjalo.

—¿Dónde están esos papeles tan importantes? —gritó abriendo otro cajón y tirándolo al suelo. Se agachó a revolver su interior—. ¿Dónde?

—Los papeles importantes siempre se guardan en la caja fuerte. Eso dice mi hermano.

Belinda asintió dándole la razón a Delia. —Es cierto. Nadie dejaría algo importante en un sitio donde puede curiosear cualquier doncella en un descuido.

Se echó a llorar tapándose el rostro. —Las leía a menudo. Por eso las tenía ahí. La echa de menos.

—Pero ahora has llegado tú a su vida. —Su hermana se agachó cogiéndola de los brazos para incorporarla sin importarle ensuciarse su maravilloso vestido de noche y la abrazó con fuerza. —Eso es pasado. Tú eres su esposa.

—Pero no me eligió. A ella sí.

—Y ella le defraudó. Le hizo daño y le abandonó. Le fue infiel. ¿Cómo va a amar a esa

mujer? Le traicionó de todas las maneras posibles. Ningún hombre perdonaría algo así.

La miró asustada. —¿Y si vuelve? ¿Y si se arrepiente de haberse ido?

—Tú eres su esposa ahora. Eso no lo cambiará nada. Y si vuelve, habrá que tomar medidas.

—Menudo descarado si regresara —dijo Delia indignada.

—Además ya oíste lo que dijo el médico. Él la mataría con sus propias manos si la viera. Esa humillación no se perdona.

Se le cortó el aliento. —Te lo ha contado todo, ¿verdad?

Belinda se hizo la tonta. —¿Qué?

—¡Portia te lo ha contado!

—Bueno, es que hay confianza —dijo como un tomate.

La señaló con el dedo. —Ni se te ocurra decirle nada a nadie más. Como él se entere...

Belinda miró a Delia que silbó mirando de un lado a otro. —Dios mío, lo sabe toda la familia, ¿no?

—Cielo, ¿y qué más da? Por aquí lo saben todos. Ahora le entendemos mejor y la verdad me da mucha pena la infancia que ha tenido. Ahora comprendo muchas cosas. Es como mi Daniel, que se ha superado y se ha convertido en todo un hombre. Deberías estar muy orgullosa.

—¡Lo estoy!

—Ah, pues muy bien. ¿Bajamos a cenar? —Miró el suelo y señaló las cartas. —Deberías colocarlas o...

Bethany se agachó a recogerlas y las cerró con cuidado para que estuvieran igual. Iba a meterlas en el primer cajón de la derecha cuando frunció el ceño. —Necesito una caja, se supone que están en una.

Sus hermanas buscaron alrededor. —En este desván hay de todo. —Delia se acercó a un

pequeño baúl y lo abrió. —Eh, mirad esto.

Belinda se acercó para ver su interior y levantó una prenda de bebé que era una maravilla. —Es precioso, hasta tiene gorrito.

Con curiosidad Bethany se acercó con las cartas en las manos y frunció el ceño. —Están muy nuevos para ser de Kayne o de su hermano, ¿no?

Las hermanas se miraron antes de apretar los labios. —¿Creéis que son del bebé que esperaba? —preguntó Delia distraída sacando otro trajecito.

—Dejadlo ahí —dijo molesta dándose la vuelta—. ¡La caja!

Sus hermanas cerraron el baúl a toda prisa y siguieron buscando. —¡Tengo una! —Belinda se acercó con una caja de madera y tiró las cartas dentro. Empezó a coger los cajones volcándolos para tirar su contenido en su interior cuando vieron que un gran sobre caía quedando encima.

Bethany frunció el ceño. —¿Qué es eso?

—¿No lo habías revisado todo?

—Eso no. —Cogió el sobre y lo abrió a toda prisa sacando unos documentos. Al leer el encabezamiento se le cortó el aliento. —Es el testamento de un tal Lord Lambert. —Al ver la fecha vio que apenas tenía una semana y estaba firmado en Londres. Entrecerró los ojos. —En ese día no estaba en Londres. Estaba conmigo.

—¿Sería lo que recibió? ¿Por eso se iría a Londres?

—No, dijo que iba por un problema con esa Baronesa a la que pienso despellejar en cuanto llegue a la ciudad.

—Sí, cielo. Que se vaya preparando.

Ambas vieron como lo leía a toda prisa y de repente las miró asombrada. —Se lo ha dejado todo.

—¿Quién es? ¿Un familiar? —Delia sonrió. —¿Un tío por parte de madre o algo así?

—Es el padre de Dafne.

La miraron con sorpresa. —¿De veras? —Belinda se acercó más. —¿Y qué le deja exactamente?

—¡Todas sus posesiones! ¡Ha desheredado a su hijo en su favor! Al parecer Kayne lleva pagando los gastos de la familia desde que emparentaron y se lo agradece de esta manera. Le deja varias fincas en Bath.

—¿Eso se puede hacer?

—Claro que se puede —dijo Delia—. Sólo necesitas abogados.

De repente Bethany sonrió de oreja a oreja y ellas la miraron sin entender. —No fue a Londres para encontrarse con la Baronesa. ¡Fue por esto! Y este es ese papel tan importante que necesita.

—Vamos, mételo en la caja y bajemos que nos van a pillar y...

Alguien carraspeó y las tres se miraron con los ojos como platos antes de volverse lentamente para ver a su marido observándolas con los brazos cruzados. —Querida, para tener la pierna mal has subido muchas escaleras, ¿no crees?

Se puso como un tomate y al ver que tenía el testamento en la mano se lo llevó a la espalda a toda prisa y sonrió como una loca. —Mi amor estábamos cotilleando un poquito.

—Sí, esta casa es fascinante —dijo Delia.

—Aquí hay miles de cosas —añadió Belinda.

—Sí, cientos de cosas reunidas a lo largo de generaciones. —Levantó una ceja. —Como el escritorio de mi antepasado. Cielo, ¿no se había quemado?

Se volvió de golpe para mirarlo. —Anda, ¿era este? Y yo que ordené al servicio que lo pusiera en el establo. Claro, es que seguramente pensaron que me había confundido. —Se echó a reír. —Lo verían raro cuando tienes más de setenta habitaciones.

—Sí, lo verían raro. Lo que sí que es raro es que Thomas me dijo que lo habían dejado en el establo. —Separó los brazos y chasqueó los dedos sobresaltándolas. —Ya lo sé, está perdiendo memoria.

—¿Tú crees?

Él la fulminó con la mirada. —¡Lo que creo es que mientes más que hablas! —Alargó la mano arrebatándole el testamento de la espalda. —¿Qué haces con esto?

—Bueno, como pediste los papeles...

—¡No, preciosa... di que querías meter la nariz donde no te importa!

—Eso también. —Levantó la barbilla. —Somos marido y mujer, no hay secretos entre nosotros.

La miró como si estuviera loca señalando el escritorio. —¿Y eso?

—Fue una mentirijilla. —Le miró realmente furiosa. —¡Quería fastidiarte!

—¡Sabía que lo habías hecho a propósito!

—Sí, ¿qué pasa? ¡Estaba celosa! ¡Sabía que la verías!

Se le cortó el aliento enderezándose. —Dime que no has tenido nada que ver con el fuego del establo.

Sus hermanas carraspearon. —Uy, qué tarde se ha hecho. Seguro que la cena se enfría y padre se preguntará dónde estamos. Mejor bajamos y...

—¡Quietas! —gritó el Duque furioso sobresaltándolas—. ¡De aquí no se mueve nadie! —Miró a Bethany. —¡Estoy esperando!

Chasqueó la lengua sin sentir ningún miedo y puso los brazos en jarras. —Eso para que te vayas sin despedirte.

—¿Estás loca? ¿Sabes lo que me costará uno nuevo?

—Bah, tienes dinero de sobra. Deja de mantener a esa amante tan cara y a la larga te

saldrá más barato.

Belinda reprimió la risa y él la miró como si quisiera que le cayera un rayo. —Marquesa, es hora de que hagan las maletas.

Jadeó asombrada. —¿Nos estás echando?

—Al parecer tengo muchos temas que resolver con mi esposa y usted me parece una mala influencia.

—¿Quieres dejar de echar a los míos cuando te enfadas? ¡Porque eso hace que me enfade más!

—¿Me estás amenazando?

—¡Sin castillo te vas a quedar como vuelvas a verla! ¡No te lo digo más!

Cogió sus faldas y pasó a su lado aprovechando que se había quedado atónito. Él reparó en la caja y vio las cartas de su primera mujer. Entrecerró los ojos mirando a sus cuñadas. —¿Las ha leído? —Ambas asintieron vehementes. —¿Ha llorado?

Volvieron a asentir y Belinda intrigada dio un paso hacia él. —¿Cómo sabes que ha llorado?

—Sus ojos se oscurecen por tres motivos —dijo muy tenso—. Cuando llora o cuando está radiante de felicidad...

—¿Y la tercera ocasión? —preguntó Delia inocente.

El Duque gruñó saliendo del desván. Belinda soltó una risita y Delia la miró sin comprender. —Ya lo entenderás cuando te cases.

—¿Y eso será?

—Tengo que volver a Londres, no me presiones.

—Nos acaban de echar.

—Bah, se le pasará en cuanto se sienta halagado porque su esposa le quiere tanto que se ha

puesto celosa de otra mujer.

—¿Y crees que tardará mucho en entenderlo?

—Ese ya está sonriendo mientras baja las escaleras.

Bethany sentada a la derecha de su marido por primera vez como señora de la casa miraba de reojo a su esposo revolviendo la comida mientras su familia hablaba de lo que habían hecho durante el día. Afortunadamente ya parecía calmado. Lo que era un alivio porque no había vuelto a mencionar que su familia tenía que irse.

—Después podíamos jugar a las cartas —dijo Delia antes de beber de su copa de vino.

—No, ¿qué tal si jugamos al escondite? —Belinda sonrió.

—En esta casa tan grande no acabaríamos nunca —dijo su padre divertido—. Y soy demasiado viejo para subir tantas escaleras.

—Tú no eres viejo en absoluto, amor. —Eugenia cogió su mano. —Vamos a tener un hijo.

—¿Cómo te sientes, Carlton? Debió ser una sorpresa.

—No lo sabes bien —dijo haciéndole reír.

—La sorpresa se la llevará Daniel. —Belinda rio por lo bajo y le explicó a su cuñado — En su acuerdo de compromiso le dejaba las tierras del campo que lindan con las tuyas.

—Entiendo. Y con la llegada del nuevo heredero...

—Eso se terminó.

—Si es varón, por supuesto. Sino repartiré entre mis hijas.

—Aún queda mucho para eso.

—Sí, padre. No adelantes acontecimientos que luego pasa lo que pasa —dijo Belinda divertida.

Su marido la miró. —¿Y a ti qué te iba a dejar?

—Lo que hay en Londres. —Se encogió de hombros. —Pero ahora ya no importa porque te pillé igual. —Sonrió radiante. —Y sin tentarte con posibles fortunas.

Su hermana gruñó haciéndoles reír.

—No, preciosa. Tú me chantajeaste con mi honor.

—Mucho más efectivo y rápido. —Le guiñó un ojo provocando que sonriera.

—¿Entonces jugamos al escondite? —preguntó Delia.

—Sólo en el piso de abajo y excluyamos las zonas de servicio —sugirió Bethany.

—Preciosa, deberías descansar. No corretear por la casa buscando a tu familia.

Esas palabras le confirmaron que se le había pasado el enfado y le sonrió encantada. —¿Y si te busco a ti? —preguntó mirando sus ojos.

—Eso sería distinto, pero yo prefiero fumar un cigarro y tomarme una copa tranquilamente.

—Opino lo mismo, yerno. Te acompaño.

—Jugamos nosotras, son unos aburridos.

El Duque sonrió divertido. —Preciosa, si te pierdes no iré a buscarte.

—¡Ja! —Le retó con la mirada. —No me encontrarías.

—Me conozco la casa como la palma de mi mano. Podría recorrerla con los ojos cerrados.

—¿Quieres apostar?

—Esto se pone interesante. —Carlton se frotó las manos. —Hija pídele el caballo que he visto esta tarde. Es un castaño precioso que quiero para mi finca.

—¿Y si pierdes que me darás tú?

Ella no tenía nada que apostar que pudiera interesarle salvo... —Te daré un hijo.

La miró intensamente. —Eso vendrá solo. No es algo que me regales.

—Ya, pero si pierdo me empeñaré mucho más por dártelo. Mucho más.

Su padre carraspeó. —Mi hija cuando se empeña en algo...

Se la comió con la mirada. —Ya la voy conociendo, Conde. Trato hecho.

—Ah, ah... Tienes una hora. No puedes tardar más que no vamos a estar así toda la noche.

—Es una casa muy grande.

—Sólo es el piso de abajo. Y sin la zona de servicio. ¿Temes por tu caballo?

—En absoluto. Trato hecho.

—Padre, ya tienes caballo nuevo.

Su padre se echó a reír y Eugenia sonrió al igual que toda la familia.

—Veo que tienen mucha fe en ti, cielo.

—Tú también creerás en mí después de la apuesta.

Su marido con una copa en la mano sonrió divertido sentado en su sillón del salón y Belinda le dijo a Bethany mirando el reloj —Tienes cinco minutos para esconderte. ¿Preparada?

—Dale diez que así no corre —dijo su marido antes de beber.

—Pues diez.

—Gracias, cielo.

—De nada. Tú no corras. —La advirtió con la mirada. —Como te hagas daño me voy a enfadar.

—Bah, se te pasa enseguida.

Su familia se echó a reír y Kayne sonrió sin poder evitarlo.

—¿Preparada? —preguntó Belinda mirando el reloj de nuevo esperando que la aguja llegara al doce—. ¡Ya!

—Hasta dentro de una hora.

—Te encontraré en diez minutos.

Le lanzó un beso desde la puerta y su padre rio divertido sentándose al lado de su esposa.

—Esta niña...

—Siempre ha sido una alegría —añadió Belinda.

—Sí que lo ha sido, sí.

Mientras tanto Bethany pasó por debajo de la escalera y miró a ambos lados del pasillo. Se decidió por la derecha y aceleró el ritmo abriendo la primera puerta, pero en aquel saloncito la vería cualquiera. Cerró la puerta y abrió la del antiguo despacho de su marido que ella se había apropiado. Vio la enorme chimenea y entrecerró los ojos porque era lo suficientemente profunda para esconderse dentro. Se miró el vestido e hizo una mueca. Total, tendría que hacerse vestidos de mujer casada. Estaba harta de esos colores tan sosos.

Sabiendo que tenía una excusa para un vestido nuevo, entró en el despacho cerrando la puerta con suavidad y se acercó a la chimenea. Apartó el protector que pesaba muchísimo porque era de bronce con unas figuras que representaban caballos corriendo por una pradera. Lo esquivó mordiéndose el labio inferior y chasqueó la lengua por las cenizas. Se iba a poner perdida. Se levantó las faldas y agachándose pisó el interior de la chimenea con cuidado para no levantar polvo y que su marido la pillara. Pasó el otro pie y no tuvo más remedio que soltar las faldas para estirar los brazos y agarrar el protector de nuevo. Gimió cuando este chirrió sobre el suelo de piedra hasta colocarlo en su sitio. Mordiéndose el labio inferior estiró el cuello para mirar a la puerta, pero no podían haber pasado ya diez minutos. Cuando la dejó colocada dio un paso atrás y al mirar hacia arriba se dio cuenta de que podía enderezarse. Menos mal, porque estar así una

hora sería un suplicio. Con cuidado de no golpearse la cabeza con el borde de piedra se enderezó y sonrió acercándose a la pared todo lo que podía. Miró hacia arriba y se quedó impresionada por lo grande que era. Se notaba que esa chimenea tenía muchísimos años porque parecía estar hecha con la piedra original que había en la mayoría del castillo. Y era enorme. Se preguntó si esa chimenea formaba antes parte de un salón más grande. Seguramente sí. Dudaba mucho que su marido la encendiera a menudo. Frunció el ceño. Tendría que hablar con Thomas. Esas cenizas tenían tiempo ya porque era seguro que su marido no había estado allí en días. Y eso no podía ser. Se pondría seria. Era su función como señora de la casa.

Pasó el tiempo y a ella se le estaba haciendo eterno, la verdad. Le había caído hollín y debía estar hecha un desastre. La puerta se abrió y retuvo el aliento pegándose a la decoración de hierro que la chimenea tenía en sus laterales interiores. Además apretó el vestido a las piernas para que no se viera desde fuera. Reteniendo la risa vio como su marido pasaba ante la chimenea y como miraba detrás del sofá que ella había colocado allí. Salió tan rápidamente que era evidente que quería encontrarla. Pero no podía salir hasta que pasara una hora, así que apoyó la mano en la pared a su izquierda dispuesta a esperar. Dejó de apoyar la pierna para no forzarla cuando su pulgar rozó con algo metálico. Entrecerró los ojos acercándose y lo palpó. Parecía una argolla. Miró hacia arriba. ¿Sería el tiro de la chimenea? Al mirar al otro lado vio lo que era un tiro moderno como el que tenía en su casa en Londres. ¿Entonces qué era aquello?

Intrigada y dispuesta a ponerse perdida si era la antigua apertura de ventilación tiró de la argolla, pero no se movió. Claro, ¿cómo se iba a mover? Ella no tenía fuerza para mover la piedra a la que estaba agarrada. Chasqueó la lengua cogiendo la argolla de nuevo y palpando la piedra a la que estaba sujeta pasando los dedos por el contorno. Se colocó delante olvidándose de su marido. Agarró la argolla con ambas manos y tiró con fuerza varias veces gimiendo del esfuerzo. Frustrada apoyó la pierna sana en la pared y tiró de nuevo girándose en su empeño por moverla y la argolla giró con ella. Se le cortó el aliento mirando hacia arriba pero no le cayó nada. Siguió girando la argolla y escuchó un ruido a su izquierda, así que movió la argolla del todo abriéndose

la puerta de metal que ella pensaba que era una simple decoración. Impresionada soltó la argolla y estiró el cuello hacia el interior. El olor era muy fuerte y se tapó la nariz. Era un pasadizo y su corazón saltó porque seguro que era el pasadizo que su marido había dicho que no sabían dónde estaba. El que salía del castillo.

Emocionada salió de la chimenea sin importarle manchar de ceniza el suelo o la alfombra y salió de la habitación cogiendo una lámpara de aceite del pasillo. Regresó cerrando la puerta y corrió hacia la chimenea sorteando el protector para entrar de nuevo en ella. Maravillada vio que la argolla tenía unos grabados que parecían antiguos y vio que en el otro lado de la chimenea había una plancha de hierro exacta a aquella que ahora estaba abierta. Metió la lámpara en el pasillo y vio otra argolla al otro lado de la puerta. Supuso que era el cierre para que si se huía nadie supiera que había sido por allí. Además, seguro que alguien encendería el fuego para cubrir su huida por lo que esa puerta quedaría totalmente oculta para los invasores. Fascinada dio un paso hacia su interior y metió la cabeza. Era un pasillo muy largo. La preocupó que allí no había respiraderos. Al menos en el pasillo que veía. ¿Y si entrar ahí no era sano? Dio otro paso dentro y decidió no cerrar la puerta. Además no se veía desde la entrada, así que si su marido regresaba no se enteraría de que estaba allí como no la había encontrado antes. Caminó varios pasos y elevó la lámpara mirando hacia arriba. Era lo suficientemente alto para que Kayne pasara sin agacharse. Al llegar al final vio que el camino seguía a la derecha y pensando en ello se dio cuenta de que pasaría por detrás del actual salón. Divertida siguió caminando y se detuvo en seco al escuchar unas risas. Pasó de puntillas.

—¡Duque te quedan diez minutos! —gritó su hermana para que su marido le oyera donde estuviera.

Siguió caminando y casi pierde el pie sin darse cuenta de que había un escalón que descendía. Miró hacia abajo para ver una escalera de caracol y parecía muy profunda. Claro, si se quería salir del castillo había que evitar el foso. Le quedaba poco tiempo para tener que salir, así que se dio prisa y empezó a descender sujetándose el bajo del vestido. Era claustrofóbico y miró

hacia arriba empezando a angustiarse y pensando en subir, pero sin darse cuenta bajó otro escalón y otro cuando algo brilló en uno de los escalones. Frunció el ceño bajando escalones hasta quedar debajo del brillo y alargó la mano para coger lo que parecía un anillo. Sopló sobre la piedra y lo frotó en su vestido quedándose de piedra al ver la esmeralda de la Duquesa. Se giró mirando hacia abajo y se mareó ligeramente. Asustada se apoyó en la pared dejando caer el anillo. Rayos. —Malditas escaleras de caracol —siseó teniendo que sentarse. Entonces vio algo rojo y estiró el brazo con la lámpara para reconocer que era una tela roja que parecía terciopelo. Asustada se levantó lentamente apoyándose con la otra mano en la pared sin poder dejar de mirar aquella tela llena de polvo. Bajó un escalón viendo que la tela continuaba cuando vio un botín negro. Fue tal el impacto que empezó a temblar, pero algo en su interior hizo que bajara otro escalón para ver el cabello rojo y el rostro momificado de la primera mujer de su esposo. —Dios mío —dijo pegándose a la pared por esa imagen espeluznante. Escuchó su nombre a lo lejos y miró hacia arriba. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue su marido y el escándalo que se produciría si eso se sabía. Miró de nuevo el cadáver. Era obvio que había huido. Con cuidado la sorteó y vio su maletín que se había abierto y se llevó la mano al pecho al ver las joyas y el dinero. Había robado a su marido una auténtica fortuna. Indecisa se dijo que aquello tenía que pensarlo bien. Aquella mujer llevaba allí cinco años y por una noche más no pasaba nada. Pálida empezó a subir las escaleras a toda prisa y cuando cayó de rodillas casi tirando la lámpara dijo por lo bajo incorporándose y cogiendo sus faldas —Sólo faltaba que te unieras a ella.

—¡Bethany! ¿Dónde estás? —gritó su marido empezando a enfadarse.

Se dio prisa por subir y al pasar por el salón su padre dijo preocupado —A ver si le ha pasado algo y no nos oye. ¿Y si se ha desmayado?

—¡Thomas, que todo el servicio la busque!

—Sí, Duque.

Corrió por el pasillo y salió a la chimenea cerrando la puerta. Sorteó el protector de la chimenea cuando la puerta se abrió de nuevo y allí estaba su marido pálido. La miró asombrado

porque su vestido blanco estaba prácticamente gris y su cara llena de hollín al igual que su cabello. —¿Pero dónde te has metido?

—En la chimenea —dijo con la respiración agitada.

Él miró hacia la chimenea como si no se lo creyera acercándose y se detuvo ante ella. —
¿Es que estás loca, mujer?

Bethany sonrió. —Ha ganado.

—¿No nos oías?

—Es que se me enganchó el vestido. Intenté no romperlo, pero creo que está para tirar. Lo decidirá Portia. —Como si nada fue hasta la puerta. —Creo que necesito un baño. —Le miró sobre su hombro maliciosa. —¿Me frotas la espalda?

—¿Bethany? —gritó su hermana al otro lado del pasillo.

Sacó la cabeza y gritó —¡Estoy aquí!

—Gracias a Dios. ¡No vuelvo a jugar al escondite contigo! Menudo susto. —Al verla acercarse jadeó. —¿Pero qué te ha pasado?

—¡A tu hermana se le ha ocurrido meterse en la chimenea! ¡Qué clase de persona se mete en la chimenea! ¡Me he casado con una chiflada!

—Tranquilo, cariño... el hijo te lo daré igual. —Dejó la lámpara sobre una mesa y chilló cuando él la cogió en brazos mirándola posesivo. —Así que al final me frotas la espalda.

—Pienso frotarte mucho más.

Belinda suspiró viendo cómo se iban mientras su hermana reía. —Qué ganas de que vuelva mi Daniel.

Capítulo 12

Tumbada al lado de su marido que dormía a pierna suelta pensaba en lo injusta que es la vida. ¿Por qué tenía que aparecer ahora? Porque su curiosidad la había metido en ese lío. Portia le había dicho mil veces que su curiosidad un día iba a pasarle factura y ese era el momento. Gimió girándose y abrazando su espalda. ¿Y ahora qué hacía? Pensar que estaba allí abajo le revolvió las tripas. ¡Ahora era su casa! ¡Allí no pintaba nada! Frustrada entrecerró los ojos. Tenía que sacarla del castillo. Aquel túnel tenía una salida, así que no sería difícil. Aunque sólo pensar en tocarla la ponía mala. Entonces frunció el ceño. ¿Dónde estaba el caballo? Si no lo habían encontrado y se suponía que estaba de cacería, ¿dónde había dejado el caballo? Al final del túnel con su cómplice. Seguro que esa zorra había entrado por el túnel, había robado y se había largado por el mismo sitio cayendo por las escaleras con el botín. Si ella fuera su cómplice y tardara mucho, se iría de allí a toda prisa, ¿pero se llevaría el caballo? Puede que sí. Eso si no quería que encontraran la entrada y se enteraran de los planes de Dafne, pues temería que algo hubiera salido mal y hubiera tenido que quedarse. Intentaría proteger a su amante porque se jugaba el cuello. Se le cortó el aliento. Igual el amante de la Duquesa pensaba que su marido había matado a su esposa y que simulaba buscarla por toda Inglaterra. Sí, eso pensaría. Pero si era uno de los invitados a la cacería, ¿qué hizo con el caballo? Porque por lo que ella sabía no lo habían encontrado. Se suponía que había huido en él. Si ella fuera el amante y hubiera pensado que algo había salido mal, lo hubiera dejado en el establo porque se suponía que ella estaba en la casa. A no ser que él hubiera entrado en el túnel y la hubiera encontrado muerta. O que la hubiera matado él tirándola por las escaleras. Pero las joyas la rodeaban y él no cogió nada. Porque para llevarse algo se lo hubiera llevado todo, ¿o no? Era una fortuna, ¿quién se resistiría? Además era un hombre sin

muchos escrúpulos si se había relacionado con una mujer casada hasta el punto de querer escaparse con ella. Tenía que ponerse en el lugar de él. Esperando en medio de una cacería con el caballo de su amante que iba a robar en el castillo, estaría de los nervios por si era sorprendido por el Duque y más si tenía que esperar más de lo convenido. Impaciente entraría en el túnel y al ver el cadáver entraría en pánico. Querría salir de allí a toda prisa. No podía dar la voz de alarma porque tendría que dar muchas explicaciones. ¿Y cómo dejar el caballo allí y que descubrieran el cadáver? Tampoco podía llevarlo al establo por si le veía alguien. Era mejor encubrirlo todo. Allí no la encontrarían. Ese hombre se deshizo del caballo y seguramente nunca descubrirían su identidad porque había cubierto muy bien sus pasos. Pero de que había alguien ese día al final del túnel estaba segura porque de otra manera el caballo no habría desaparecido.

¿Pero por qué pensaba en esas cosas? Diablos, ¿qué le importaba a ella con quién iba a irse? Lo importante es que ella estaba allí y tenía que desaparecer de sus vidas para siempre. Y sabía a quién recurrir.

Casi ni desayunó de los nervios ni abrió la boca. Su familia la miraba de reojo al igual que su marido, porque su actitud no tenía nada que ver con ella. —Preciosa, ¿te encuentras mal?

Miró a Kayne sorprendida. —¡No! ¿Cómo voy a encontrarme mal? —Rio sin ganas mirando a su familia. —¿Es que no me veis bien? —preguntó poniéndose muy nerviosa.

—Te veo algo rara —dijo su hermana preocupada—. ¿Te duele la pierna?

—No, está perfecta.

—Siempre desayunas con ganas, cielo —dijo Eugenia—. Y casi ni has desayunado.

—Estoy bien, de verdad. —Se metió el tenedor lleno de riñones en la boca y masticó sin ninguna gana.

Kayne la miró con desconfianza y supo que la vigilaría de cerca por si tomaba láudano. Le

sonrió masticando con cara de loca lo que le tensó aún más y se dijo que tenía que relajarse o la pillarían antes de sacar a aquella zorra de su casa.

Cuando se terminó el desayuno suspiró del alivio con fuerza levantándose de la silla y su marido entrecerró los ojos viendo como casi corría hacia su hermana entrelazando su brazo con el suyo para susurrarle algo al oído —Si está lloviendo —dijo Belinda lo bastante alto como para que lo escuchara.

Kayne caminó tras ellas y su mujer susurró —Pues vamos al invernadero. Quiero hablar contigo.

—Pues vamos a mi habitación —susurró su hermana.

—No quiero que Portia...

—Preciosa... —dijo interrumpiéndola. Su mujer se volvió sorprendida y sonrió de nuevo como una loca—. ¿Ocurre algo?

—No, claro que no.

Delia dijo mirando a través de la ventana del salón —Creo que me voy a pintar. No se puede salir de casa.

—¿Qué tal si pintas a mi esposa?

Ella le miró con horror. —O mejor un retrato juntos. Lo pondremos sobre la chimenea.

Delia sonrió. —Sí, por supuesto. Así nos entretendremos.

Gruñó por dentro acercándose a su marido a regañadientes y cogió su brazo. —Odio posar.

—Así te estarás quietecita un rato y reposarás esa pierna que no para.

—Lo prepararé todo. —Delia salió corriendo emocionada porque nunca nadie quería posar.

—¿Por qué me haces esto? —protestó como una niña y él la miró divertido—. Menuda

tortura.

—No será para tanto.

—Ya verás, ya.

Sentados uno junto al otro en un hermoso sofá, que Thomas se había encargado que trasladaran a la habitación que ella utilizaba de estudio, les dijo que se miraran. —No, así no. — Se acercó a ellos y cogió la mano de Kayne colocándosela en la cintura antes de coger la mano de Bethany poniéndosela a su marido en la cara como si le estuviera acariciando. Kayne la miró divertido. —¿Tenemos que quedarnos así?

—Claro.

—Preciosa, acércate más o te va a doler la espalda.

Mirándole a los ojos se acercó más a él. —Te lo dije.

—No será para tanto. En los otros no posamos y salimos muy bien. En cuanto dé cuatro trazos podremos irnos. Ya verás como sí.

—No, cielo. Aprovechará para hacer no sé qué técnica que aprendió en Verona y querrá que posemos hasta el final.

Delia soltó una risita tras el lienzo. —Qué lista es. —Levantó las cejas diciéndole ya te lo dije —¡Bethany, colócate bien!

Suspiró mirando los ojos y acarició su mejilla. —¿Sabes que esta mañana estás preciosa?

—¿De veras? —preguntó sorprendida—. Pues no he pegado ojo.

—¿Y eso?

Agachó la mirada maldiciendo la boca tan grande que tenía. —No sé. De repente no dejaban de pasarme cosas por la cabeza.

—¿De qué hablas? ¿Algo te preocupa? Si es por Sherill...

—¿Qué Sherill?

Su marido carraspeó. —La Baronesa.

—Ah, no. —Le miró con desconfianza. —Porque no tengo que preocuparme, ¿no? ¡Mira que me planto en Londres!

Él sonrió. —No preciosa, no tienes que preocuparte.

—Menos mal porque ahora me viene muy mal ir a Londres.

—¿No me digas? Y yo que pensaba que nos fuéramos la semana que viene.

Le miró sorprendida. —¡No, ahora no podemos irnos!

—Tú querías vivir la temporada. Todavía no estás en estado y podemos divertirnos.

—¿Desde cuándo te diviertes? —preguntó horrorizada porque no podía dejar a Dafne allí. Necesitaría a Belinda y no sabía si tendrían la oportunidad en una semana de sacarla de allí sin que nadie las viera.

Él frunció el ceño. —Preciosa, ¿estás bien?

—Claro que sí.

—Te veo algo alterada.

—No tomo láudano. —Suspiró acariciando su mejilla. —No soy como tu madre, ¿de acuerdo?

Se tensó. —No te he dicho que seas como ella.

Le miró con amor y su mano rozó su oreja. —Esa es otra vida. Una vida horrible en la que yo no estaba contigo. Ahora eso ha cambiado y deberías estar encantado.

Levantó una ceja como si no se creyera una palabra y en su ansiedad por convencerle besó sus labios suavemente. —Te quiero. —A su marido se le cortó el aliento. —Y como vuelvas a decirme que no te conozco, me voy a enfadar y te quemaré algo. Estás advertido.

—No, preciosa. No me conoces.

Se apartó para mirar sus ojos. —Sé que has sufrido mucho y no crees en el amor porque la única persona que te ha querido ha sido tu abuela. Sé que te entregaste a una mujer que no te merecía y que intentas levantar un muro entre nosotros para que tu corazón no sufra más. Pero voy a derribarlo y conseguiré ser lo más importante en tu vida. Lo conseguiré. —Besó sus labios de nuevo y sonrió. —Claro que sí. Cuando me empeño en algo... Me casé contigo, ¿no?

—Nunca seré capaz de amarte.

Perdió la sonrisa poco a poco. —No digas eso.

—Bethany ...

Se levantó y gritó —¡No digas eso! ¡Me querrás tanto como yo a ti! ¡Lo harás! ¡Tienes que olvidarlas!

—¿Olvidarlas? —Kayne se levantó muy tenso. —¡Por supuesto que las he olvidado si te refieres a mi madre o a mi esposa! ¡Pero ellas me enseñaron a ser así! ¡Dejé de querer cuando con nueve años mi madre me encerraba en el pasadizo de su habitación! ¡Dejé de querer durante esas horas sin comer ni beber, porque sabía que me aterraba bajar esas escaleras para buscar la salida y también sabía que allí no me encontraría nadie! —Palideció escuchándole. —¡Y empecé a odiarla cuando me pilló quitándole el láudano y me pegó con el atizador de la chimenea! ¡Ahí me di cuenta de que había matado a mi hermano! ¡Después de ese día ya no le tenía ningún respeto y si me tocaba se la devolvía! ¿Qué clase de hijo pega a su madre? —preguntó furioso.

—Cariño... —Dio un paso hacia él, pero se apartó mirándola como si le diera asco.

Se echó a reír de una manera que le puso los pelos de punta. —¿Crees que quería a Dafne? —preguntó con desprecio—. Era bella y la consideré perfecta para ser Duquesa. Porque era lo que buscaba, una Duquesa que dejara a todos impresionados y fue lo que conseguí. ¡Leíste sus cartas! ¡Me amaba y sólo la defraudé! ¡Entonces empezaron los amantes por pura venganza!

Eso la hizo reaccionar. —¡Era una caprichosa que no te quería! ¡Si te hubiera amado jamás

te habría dejado en evidencia en ese establo! —gritó furiosa porque hablara bien de ella.

—Al parecer has encontrado un confidente que te ha contado muchas cosas —dijo con rabia.

—Es una pena que no me hubiera contado más. —Le señaló con el dedo. —¿Por eso la buscaste? ¿Porque creías que la habías defraudado? —gritó de los nervios después de la noche que había pasado—. ¡Esa mujer quiso tu posición! Y cuando se dio cuenta de que no conseguía la vida de fiestas que quería y esperaba en Londres para presumir de su posición, ¡te abandonó!

—¡No la conocías! ¿Cómo te atreves a hablar de ella? —gritó fuera de sí.

Impresionada dio un paso atrás por la furia que emanaba, sintiendo cómo se resquebrajaba su corazón por el dolor en sus ojos negros. —Dios mío, todavía la amas.

—¡No digas estupideces! ¡Te he dicho que nunca la amé!

—Por eso la buscabas.

—¿Quieres saber por qué la buscaba? ¡Por las joyas de la familia que se llevó aquel maldito día! ¡Las joyas de generaciones de Furburgh! —Sonrió con desprecio. —Hasta ese punto me importaba mi esposa. ¡Si la busqué fue sólo para recuperar lo que es mío!

Se miraron durante unos segundos, pero no se creyó una palabra. Había conservado sus cartas. Si la odiara las hubiera quemado queriendo borrarla de su memoria. Se sentó en el sofá en silencio y Delia forzó una sonrisa. —Si queréis podemos dejar el cuadro para otro momento.

Su marido la miró durante varios segundos y apretó los puños contemplando su dolor. —Nunca te amaré. ¡Métetelo en la cabeza y deja de insistir con ese tema! ¡Confórmate con lo que tenemos!

Le miró con rencor. —Nunca. ¡Yo lo quiero todo!

Él apretó los labios antes de salir del estudio dejando el silencio tras ella. Delia preocupada se acercó. —No te preocupes. Te amaré.

Sonrió con tristeza. —¿Y tú cómo lo sabes si ni te diste cuenta de que Barry bebía los vientos por ti?

Delia hizo una mueca. —Pues tienes razón.

—Perdona —susurró sintiendo que se quedaba sin energías.

—Te acabas de casar. Mira hasta dónde has llegado. Después de su pasado no puedes pretender que te ame de un día para otro. Fíjate en tu hermana, no se enamoró de inmediato. Debes tener un poco de paciencia.

Sabía que tenía razón, pero le amaba tanto... Sentía tanta necesidad de estar a su lado y ser correspondida que no lo soportaba.

—Hoy estás muy nerviosa —dijo Delia sentándose a su lado—. Todos nos hemos dado cuenta. ¿Te ocurre algo?

—Sí, debe ser por eso.

—¿Qué te ocurre? ¿Puedo ayudarte? Sé que no estoy casada, pero...

Miró a Delia a los ojos y se levantó de inmediato. —Ven conmigo.

Su hermanastra no lo dudó dejando el pincel sobre la mesa y siguiéndola. Al salir al pasillo Bethany miró de un lado a otro y susurró —Corre.

Delia lo hizo tras ella y cuando entraron en el antiguo despacho de Kayne se detuvieron en seco al ver allí a Belinda leyendo un libro.

—Gracias a Dios que estás aquí.

—¿Me buscabas? —Cerró el libro levantándose.

Sin contestar susurró —Delia cierra la puerta con la llave.

Su hermanastra lo hizo y miró a Belinda que no entendía nada. La vieron apartar el protector de la chimenea y entrar en ella.

—Te vas a poner perdida otra vez —protestó su hermana antes de abrir los ojos como

platos cuando abrió la puerta del pasadizo—. ¿Qué es eso?

—Prepararos para lo que vais a ver. Hermana enciende esa lámpara de aceite. La necesitaremos.

Belinda lo hizo a toda prisa y se acercó. Delia ya había metido la cabeza. —Que mal huele.

—Tened mucho cuidado. Enseguida entenderéis por qué. Moveos en silencio que nos pueden escuchar en el salón.

Ambas asintieron y Bethany cogió la lámpara yendo delante. Caminó rápidamente. Ellas la siguieron sin decir palabra y cuando llegaron a la escalera se detuvo mirando hacia atrás para asegurarse de que la seguían. —Cuidado con los escalones, pueden llegar a marear.

—Tranquila —dijo Belinda forzando una sonrisa—. Estaremos bien.

—Belinda ponte detrás de mí —dijo Delia temiendo por ella.

Sonriendo se puso tras ella y Bethany empezó a bajar mostrándoles con la lámpara los escalones. Lo hicieron lentamente y cuando llegaron abajo se apartó para que vieran a Dafne.

Belinda jadeó llevándose la mano al pecho y Delia se agarró a su brazo sin poder despegar la vista del cadáver. —Está momificada —susurró impresionada.

Su hermana fue la primera en reaccionar y miró a su alrededor. —Las condiciones han hecho que el cuerpo se haya momificado. Aquí casi no hay aire.

—Mira las joyas que le había robado a tu marido.

Su hermana miró hacia abajo. —Menuda lagarta. ¿Le había robado?

—¿Qué hacemos? —preguntó ya sin saber qué hacer después de la reacción de su marido.

—Si alguien se entera de esto será un escándalo. Otro más unido a vuestro nombre y creo que ya habéis tenido bastantes —dijo su hermana.

—Eso pensaba.

—¿Y qué más pensabas?

—Sacarla de aquí y enterrarla en cualquier sitio. No quiero que Kayne la recuerde en absoluto.

—Creo que es lo mejor —dijo Delia mirando el pasillo—. ¿A dónde va esto?

—Sale del castillo. Al menos eso supongo.

—Debemos asegurarnos —dijo Delia.

—Sí —la apoyó Belinda—. No debemos dejar nada al azar. Si alguien nos ve sí que será un escándalo. Segunda mujer se deshace del cadáver de la primera. Nos comerían vivas.

—Deberíamos sacarla de noche —dijo Bethany.

—Sí, y ya debemos tener preparada la tumba —añadió Delia.

—Antes veamos a dónde llega esto.

Empezaron a caminar siguiendo el túnel. El calor las asfixiaba y empezaron a sudar. —Dios, ¿hasta dónde lleva esto? —preguntó Belinda

—Lo extraño es que este túnel no se haya hundido después de tantos años —susurró Delia muerta de miedo.

—Por Dios no digas eso.

—Este túnel lleva aquí cientos de años —dijo Bethany—. Ya sería mala suerte que pasara algo así. —Sintió una corriente de aire frío y se detuvo. —Estamos llegando.

—Se nota que estamos ascendiendo —dijo Delia sudando a mares como las demás.

El túnel se fue ensanchando. Tuvieron que pasar entre dos piedras estrechas y asombradas al mirar hacia arriba vieron estalactitas. —Es una cueva —susurró Belinda.

—Qué mejor manera de ocultar una entrada. —Bethany miró a su alrededor y vio seis entradas a túneles mucho más evidentes. —Fijaos.

—Apuesto que los otros no tienen salida. —Delia se estremeció. —Una trampa para

enemigos.

Asintió dando un paso atrás y algo se quebró bajo su tacón. Al mirar hacia abajo vio un hueso largo y el cráneo de un caballo. —Ya sabemos qué ocurrió con el caballo —dijo agachándose.

—¿Y se quedó aquí a morir? ¿Por qué no salió?

Tiró de la rienda y vio que estaba sujeta a una piedra. —Porque no pudo irse.

—Dios mío, pobre —susurró Delia.

Belinda levantó una ceja. —Te da más pena el caballo que la muerta.

—Es que el caballo no tenía culpa de nada. La otra era una lagarta de primera.

Bethany se enderezó y caminó hacia la entrada. Ellas la siguieron corriendo. Una gran roca estaba a un par de metros de la entrada cubriendo la cueva y la rodearon para ver un bosque. —Perfecto para una huida —dijo su hermana.

Chasqueó la lengua. —¡Rayos!

—¿Qué ocurre?

—Mi teoría de que su amante la esperaba aquí se acaba de ir al garete.

—¿Y por qué pensaste algo así? —preguntó Delia.

—¡Por el caballo! Creía que él se había deshecho del caballo cuando Dafne no apareció para huir con él. Bueno, da igual. —Puso los brazos en jarras y miró hacia el bosque. —Necesitamos una pala.

—Hermana yo no descartaría esa teoría.

Se volvió hacia Belinda que estaba tras la roca y se acercó a ella para ver que tenía algo en la mano. Frunció el ceño acercándose más y vio un botón de metal. Se había oscurecido con el tiempo, pero se notaba que era de calidad. —Puede ser de cualquiera, ¿no?

Su hermana señaló hacia la roca con la cabeza y levantó la vista para ver una flecha

marcada en la piedra que señalaba a la izquierda. —Seguro que la hizo con el botón para avisarla de a dónde había ido.

Las tres caminaron en dirección de la flecha y al subir una pequeña colina se detuvieron al ver el enorme castillo en el centro del valle. —Regresó al castillo. Era un invitado porque ese botón es de alguien de dinero —siseó con rabia.

Las tres observaron la edificación. —Eso es agua pasada —dijo su hermana.

Bethany la fulminó con la mirada. —¡Traicionaron a mi marido!

—Y ella lo ha pagado con la muerte. Déjalo estar. Debemos regresar antes de que se enteren de que nos hemos ausentado.

—Sí, daos prisa. Debemos prepararlo todo para enterrar a esa bruja esta noche. Cuanto antes mejor —dijo Delia entrando en la cueva de nuevo—. Esto me pone los pelos de punta.

Escuchó cómo su marido entraba en la habitación del Duque. No le había vuelto a dirigir la palabra en todo el día. En la comida y en la cena ni la había mirado. Se había enfadado más porque le dijera que le amaba que por quemarle el establo. A los hombres no había quien les entendiera. Y tampoco sabía por qué se había puesto así porque no era la primera vez que se lo decía. Aunque en las dos ocasiones no había reaccionado muy bien. De hecho cada vez reaccionaba peor. Se mordió el labio inferior girándose. Era evidente que no la visitaría, así que esperó porque esa era la noche.

Se levantó lentamente y sin cambiarse de ropa se puso las zapatillas para no hacer ruido. Fue hasta al lado del tocador y abrió la puerta oculta. Esperó unos segundos por si escuchaba ruido al otro lado, pero no se oyó nada y cogió la lámpara de aceite. Cerró la puerta en silencio y se volvió mostrando las escaleras. Empezó a descender la escalera de caracol apoyándose con la otra mano en la pared y cuando llegó abajo caminó por el pasillo que había recorrido esa misma

tarde. Al llegar al final este se unió a otro túnel y fue hacia la derecha. Se había pasado horas recorriendo los túneles del castillo, mientras se suponía que estaba en la siesta, y siguiendo aquel camino sabía que llegaba a una de las habitaciones de detrás de la escalera. Al llegar a la habitación de costura de la Duquesa allí estaban. Delia estaba medio dormida en el sofá y su hermana se levantó de inmediato de la butaca al verla entrar. Cerró la puerta viendo que también estaban en ropa de dormir. —¿Listas?

—Preparadas —susurró Delia levantándose—. Has tardado mucho. Pensábamos que no venías.

—No me ha visitado, pero quería asegurarme de que estaba dormido.

Belinda apretó los labios. —No debes preocuparte. Debes tener...

—Paciencia, ya lo sé. No perdamos más tiempo.

Abrió la puerta del pasillo y sacaron la cabeza. A esas horas sería extraño ver a alguien, pero debían tener cuidado. Corrieron al antiguo despacho de Kayne y entraron a toda prisa cerrando la puerta con llave. Rápidamente fueron hacia la chimenea y entraron. Cada una cogió lo que habían dejado allí. Dos palas que Delia le había robado al jardinero, una manta, y una cuerda. Bethany con la lámpara en la mano cogió la cuerda y en silencio caminaron por el túnel. Un chirrido hizo que se volviera y Delia hizo una mueca. —Lo siento. La pala ha rozado la pared.

—Ten cuidado —susurró antes de volverse y llegar a la escalera.

Bajaron con cuidado y al llegar donde estaba Dafne, Bethany tiró la cuerda antes de agacharse para dejar la lámpara en el suelo. Puso los brazos en jarras y se dio cuenta de que a todo se acostumbraba una porque ya no la veía tan horrible. —Recoged las joyas.

Todas se pusieron a buscar a su alrededor y recogieron varias que habían caído del maletín. Bethany metió la esmeralda en él y lo cerró. Su hermana tiró la manta sobre Dafne y gimió. —¿Quién la vuelve?

—Dejadme a mí. Ya habéis hecho bastante. —Se agachó intentando no forzar el muslo y la

empujó sin sentir ninguna pena por ella haciendo que su cuerpo al girarse se enrollara en la manta.
—No ha sido para tanto.

Delia gimió porque una mano se había quedado fuera y Bethany se agachó viendo los anillos que su marido le había regalado. Un diamante enorme en forma de corazón y una esmeralda rodeada de otras esmeraldas más pequeñas. Se le puso un nudo en el estómago porque ella no había recibido ni el anillo de casada, pero era lo que tenía obligar a alguien a casarse. Metió la mano dentro y su hermana preguntó asombrada —¿No se los quitas? ¡Es una fortuna!

—¿Y qué puedo hacer con ellos? ¿Crees que mi marido no los reconocería?

Belinda se sonrojó por su metedura de pata. —Vale, mala idea, pero podrías venderlos y donar el dinero a los niños del orfanato. Es una pena que se entierren con ella. No se los merecía.

—No, me los merezco yo, pero ni loca pienso tocar algo que ha llevado ella. —La empujó de nuevo envolviéndola del todo.

—Bethany tiene razón —dijo Delia—. Mejor enterrarlos con ella no vaya a ser que venga a reclamarlos.

La miraron como si estuviera loca. —¿Has visto que volviera algún muerto? —preguntó Belinda divertida—. Si fuera así tu hermano no tendría paz con todos los que ha despachado.

Delia frunció el ceño. —Pues tienes razón. Ya le quito yo los anillos.

Dejándolas de piedra se agachó y volvió a girar el cuerpo sacando la mano y tirando de los anillos. —Uy... su piel parece cuero.

—¡Oh, por Dios! ¿Quieres dejar eso? —Bethany no se lo podía creer.

Un dedo se desprendió y Delia chilló cayendo hacia atrás. Cuando Delia vio el dedo en su mano y chilló de nuevo tirándolo a un lado Belinda puso los ojos en blanco. —¿Terminas de una vez? Las embarazadas dormimos mucho.

—Me he asustado, ¿vale? —Se acercó de rodillas y cogió el dedo con asco sacando el

anillo. —Muy bonito.

—Esto no está pasando —dijo Bethany exasperada—. ¡Date prisa!

Tiró del otro anillo que salió solo, lo que fue un alivio. —¿Lleva pendientes? —preguntó su hermana.

—¡Ni hablar!

Sin hacerle caso Delia descubrió su rostro y las tres dieron un respingo al ver el rostro deformado por la postura de la muerta durante todos aquellos años. —Dios mío —dijo sintiendo que se le revolvía el estómago.

Belinda se cubrió la boca con la mano teniendo una arcada, pero para su asombro Delia se agachó y le arrancó los pendientes de perlas de las orejas. —Ya está —dijo empujándola de nuevo para cubrirla hasta enrollarla del todo. Se levantó mostrando las joyas—. No tengo bolsillos en la bata.

—Mételos en el maletín —dijo exasperada queriendo acabar de una vez. Delia asintió y lo hizo a toda prisa. —Belinda, coge el maletín y sube. Nosotras nos encargamos.

—Ni hablar, alguien tiene que vigilar. Además alguien tiene que llevar la lámpara. Venga, daos prisa.

Al cargarla les sorprendió lo ligera que era y caminaron por el túnel a toda prisa. Pero el cuerpo empezó a pesar y la falta de aire las obligó a detenerse un par de veces antes de llegar a la cueva. Agotada Bethany dejó caer el cuerpo sentándose al lado del cráneo del caballo mientras suspiraba del agotamiento.

—Y ahora empieza lo peor. Teníamos que haber hecho la tumba antes de sacarla — protestó Delia.

—Sí, para que la viera alguien si pasaba por allí. —Bethany chasqueó la lengua. —Vale más hacerlo todo a la vez.

—Estamos perdiendo mucho tiempo —dijo Belinda asombrándolas—. ¿Pensáis que una

tumba se cava en unos minutos? Ya veréis, ya. Tiene que ser bien profunda para que no la huelan los perros. ¿Imagínate que escarban y la sacan?

Bethany palideció. —Dios mío, ¿en qué lío nos estamos metiendo?

—Ahora no hay tiempo para arrepentimientos. ¡Moveos! Coged las palas. Primero haremos la tumba antes de sacarla al bosque.

Y así lo hicieron. Buscaron un lugar alejado de la cueva y se pusieron a cavar. Su hermana tenía razón. Aquello era más duro de lo que parecía y quedaba poco para amanecer cuando terminaron. Agotadas corrieron a la cueva para recoger a Dafne y ahora sí que pesaba porque no les quedaban energías. —Dios mío, y aún hay que cubrirla —dijo poniéndose muy nerviosa porque casi no tenían tiempo. Enseguida se levantaría el servicio.

Belinda estaba helada de frío mientras ellas sudaban a mares y su hermana impaciente empezó a tirar tierra con el pie deseando terminar de una vez. Cuando acabaron el sol se estaba asomando y con la respiración agitada vieron perfectamente la tierra removida. —Espero que nadie pase por aquí —dijo Delia haciendo una mueca.

Histérica se pasó la mano por la cara quitándose el sudor sin darse cuenta de que se manchaba de nuevo con tierra. —Cubrámoslo con ramas. No podemos dejarlo así.

Belinda las ayudó y cuando quedaron satisfechas corrieron hacia la cueva de nuevo. Bethany cogió el maletín asegurándose de que todo estaba correcto antes de pasar tras ellas entre las piedras. Cuando llegaron a la chimenea cerró la puerta girando la argolla y después de salir de la chimenea colocó el protector. Delia se quitó la bata dándole la vuelta y se arrodilló para limpiar el suelo. Llegaron a la puerta y Bethany puso un dedo ante la boca. Giró la llave muy lentamente y abrió la puerta intentando no hacer ruido. Al no ver a nadie en el pasillo fueron lo más rápidamente que pudieron a la habitación de costura de la Duquesa. Fue un alivio entrar en el pasadizo.

—No hagáis ruido. Si despertamos a Kayne estamos perdidas —susurró haciendo que

asintieran. Subieron lentamente y cuando llegaron a su habitación empujó la piedra que abría la puerta. Apretó los labios porque estaba lo bastante alta como para que Kayne no llegara a ella cuando era pequeño. La muy zorra. Si la tuviera delante iba a acabar donde estaba la otra. Menos mal que se había encargado la Duquesa.

Sus hermanas entraron en la habitación y ella dejó el maletín en el pasadizo antes de cerrar la puerta. Belinda abrió la puerta de la habitación de la Duquesa saliendo al pasillo y corrieron a la habitación de su hermana intentando no hacer ruido. Cuando llegaron allí Portia se levantó de la silla donde estaba sentada. —Vamos, niñas. Llegáis muy tarde.

En silencio se quitaron los camisones. Una por una se fueron metiendo en la bañera. Belinda sólo se lavó superficialmente y se cepilló el cabello antes de ponerse un camisón limpio.

Portia aclaró el cabello de Bethany mirando la herida de su muslo. —Se te ha roto un punto.

Miró sorprendida su pierna y suspiró del alivio. —Pero no se ha abierto la herida. No pasa nada.

—El médico dirá algo, ya verás. Y más cuando vea que te has cambiado la venda.

—Déjame el médico a mí.

Se secó el cabello con la toalla y gimió al ver la bañera con el agua tan sucia. —¿Cómo nos libramos del agua?

—Dejádmelo a mí —dijo Portia inquieta—. A la cama, rápido.

Belinda se metió en la cama y Bethany fue hacia el pasillo. Salió más tranquila sobresaltándose al ver a una doncella ante la puerta. —Buenos días, Duquesa.

—Buenos días. Que no molesten a mi hermana. No se encuentra bien —murmuró yendo a su habitación y cerrando la puerta.

—Entendido, Duquesa —dijo mirando su cabello húmedo.

La doncella iba hacia la escalera de servicio cuando Lady Delia salió de la habitación de la Marquesa. Frunció el ceño porque también tenía el cabello húmedo. Qué raros eran en esa familia.

Capítulo 13

Portia no las dejó dormir ni tres horas para no levantar sospechas y con cara de agotamiento se sentaron a la mesa. Su marido la miró de reojo y levantó una ceja cuando bostezó sin poder evitarlo. —¿No has dormido bien?

—Yo tampoco he dormido mucho —dijo su padre—. ¿Hay fantasmas en el castillo? Porque anoche oí ruidos.

Le miraron con los ojos como platos. —¿Qué dices, padre? ¿Cómo va a haber fantasmas?

—Pues ayer estaba en el salón después de que todos se retiraran y escuché un chirrido. Y después varios chillidos. Te aseguro que me pusieron los pelos de punta.

—¿De veras? —preguntó Eugenia intrigada.

Miró a su hermana que forzó una sonrisa. —Serán imaginaciones tuyas, padre. Yo no he oído nada.

—Sí, y escuché algo de unos anillos.

Su marido levantó la vista del desayuno mirándole fijamente. —¿Anillos?

—Sí, y algo de un pendiente. Eso fue después de los chillidos. Te aseguro que estaba muy atento.

Fulminó con la mirada a Delia que se sonrojó con fuerza metiéndose el tenedor en la boca.

—Después me fui a la cama cuando ya no escuché nada más, pero ya no pude pegar ojo. Después se levantaron las niñas muy temprano cuando me estaba quedando dormido y me desvelaron.

Su marido frunció el ceño. —¿No te acabas de levantar?

—Oh, es que Belinda no se encontraba bien al amanecer. Vomitó.

—¿Habéis llamado al médico?

Su hermana que estaba desayunando con ganas forzó una sonrisa con la boca llena. —Son cosas del embarazo. Ya estoy bien.

De repente el mayordomo entró pálido. —Duque...

Levantó la vista hacia él. —¿Qué ocurre, Thomas?

—Una de las doncellas ha encontrado algo que...

Kayne frunció el ceño mientras todas se tensaban. —¿De qué se trata?

—Las joyas de la Duquesa, Duque. En el pasadizo de la habitación de la Duquesa. Dentro de un maletín.

—¿Cómo? —Su marido se tensó levantándose mientras ella palidecía mirando a su hermana. —¿Cómo que las joyas de la Duquesa?

—La doncella vio que la puerta no estaba bien cerrada y la abrió por curiosidad porque nunca la había visto abierta. Al otro lado había un maletín de viaje. Lo reconocí enseguida, Duque. Era el de Lady Dafne.

Kayne corrió fuera del comedor y Bethany juró por lo bajo levantándose. —¿Qué haces? Siéntate —susurró Delia cogiéndola de la mano para detenerla.

Su padre frunció el ceño. —¿Qué está pasando aquí?

—Luego te lo cuento —susurró Belinda

—Uy, uy. Cariño, que las niñas tienen algo que ver —dijo Eugenia.

—Están descontroladas. ¡Qué ganas tengo de que vuelva tu marido!

Belinda se sonrojó con fuerza. —Yo también tengo muchas ganas, padre. No lo sabes bien.

Se sentó de nuevo cuando Delia volvió a tirar de su mano y muy tensa esperó porque sabía que su marido volvería. Y no la defraudó porque apenas cinco minutos después apareció en la

entrada del comedor con cara de querer matar a alguien. Y cuando la fulminó con la mirada supo que era ella el objeto de sus deseos. —Esposa... Ven un momento. Hay algo que tengo que enseñarte.

Forzó una sonrisa. —¿De verdad son las joyas de la Duquesa?

—Me extraña mucho que con la curiosidad que tienes no hayas venido a averiguarlo tú misma. —Se acercó a la mesa y la cogió de la muñeca levantándola de golpe. —Ven, querida. Quiero que las veas

Sintiendo que se le helaba la sangre susurró —Sí, por supuesto. Me muero por verlas.

Él tiró de ella y le siguió casi teniendo que correr para mantener su paso. —Querido, si vamos más despacio...

Se detuvo siseando —Ni se te ocurra hacerte la tonta en esto. Ahora cierra la boca hasta llegar a tu habitación. Y te advierto que como me mientas lo vas a pagar.

—¡Oye, a mí no me amenes! —Soltó su muñeca y corrió escaleras arriba. Al mirar sobre su hombro vio que la seguía sin quitarle ojo y entró en la habitación donde Thomas estaba sacando cada pieza poniéndolas con delicadeza sobre el tocador una tras otra. Se le cortó el aliento al ver un collar de diamantes que era lo más impresionante que había visto en la vida. —Dios mío... —susurró acercándose.

—Es increíble, Duquesa. Las dábamos por perdidas —susurró el mayordomo colocando el anillo de boda de Dafne sobre el tocador. Sintió como su marido se tensaba tras ella y gimió. Eso no iba a poder explicarlo sin contar la verdad.

El mayordomo sacó también una muda de ropa interior que estaba amarillenta y un cepillo de plata con una D grabada en el mango.

—Eso es todo, Duque.

—Muy bien Thomas, puedes retirarte.

El mayordomo inclinó la cabeza antes de dejar el maletín en el suelo para salir de la

habitación.

Se apretó las manos y le miró de reojo. Él se acercó al tocador y levantó el anillo de diamantes de Dafne. —Se lo regalé el día de nuestro compromiso. Nunca se lo quitó. —Su mirada no presagiaba nada bueno. —Le encantaba este anillo. Está muerta, ¿verdad?

Le miró a los ojos angustiada. —La encontré en el túnel de la chimenea.

Su marido perdió todo el color de la cara. —¿Qué chimenea?

—La de tu despacho —respondió viendo su angustia—. Es el pasadizo que sale del castillo. Debió caerse por las escaleras al huir. La he enterrado en el bosque.

Su marido dejó caer el anillo de la impresión y se llevó las manos a la cabeza. —¡Joder!

—Cariño... —Se acercó y le tocó la espalda.

Él se volvió y le dio un bofetón que la tiró al suelo. —¿Cómo te atreves? —Sorprendida y aterrada por su mirada se apoyó en su codo sintiendo que la sangre salía por la comisura de su boca. Dio un paso amenazante hacia ella y Bethany asustada chilló cubriéndose con el brazo, pero la agarró por el cabello haciéndole daño y apartando su brazo. —¿Cómo te atreves a ocultarme algo así? —le gritó a la cara—. ¿Quién te crees que eres? ¡No eres nadie! ¡Ella fue mi esposa y tenía derecho a conocer la verdad!

—No quería que sufieras con el escándalo —susurró rogándole con la mirada.

—¿Que sufiera? —le gritó a la cara. La soltó como si le diera asco—. No puedo ni imaginar la clase de persona que eres para hacer algo así. Sabía que siempre te salías con la tuya, pero ni me imaginaba lo manipuladora que eres. Sólo lo has hecho para que no la recordara, ¿no es cierto? ¡Te daba igual el escándalo! —Se le cortó el aliento porque no podía negar que tenía razón. —¡Reconócelo!

Levantó la mano para pegarle de nuevo y ella llorando sin darse cuenta gritó —¡Sí! ¡Odio que haya estado en tu vida! ¡No quiero que la recuerdes ni que pienses en ella! ¡Creí que era lo mejor para todos!

—¡No, era lo mejor para ti! ¡Creía que ellas eran unas zorras manipuladoras, pero tú las superas con creces! Puta mentirosa, ¡tenía derecho a saber la verdad! —Bethany se quedó helada por el odio que emanada en cada palabra. —Lo hiciste anoche, ¿verdad? —gritó fuera de sí.

—Sí —dijo con la voz congestionada de dolor.

Sonrió con desprecio. —Por eso tu padre había escuchado ruidos. ¡Le quitaste los anillos de sus manos muertas como una zorra avariciosa! —La miró como si fuera una loca rompiéndole su destrozado corazón. —Y supongo que tus hermanas te acompañaron. —Se pasó la mano por la comisura de la boca. —¡Contesta!

—Fue idea mía. —Reprimió un sollozo y vio la sangre en el dorso de su mano. Jamás había pensado que su marido la pegaría. Ni su padre la había pegado nunca. No se lo podía creer. Sollozó de nuevo cubriéndose la cara con las manos rota de dolor.

Kayne muy tenso siseó —No saldrás de tu habitación hasta que yo lo diga. ¡Vuelve a entrar en el pasadizo y te daré una paliza que no te levantarás de la cama en una semana! —La señaló con el dedo. —¡Creo que te has equivocado de marido si piensas que conmigo puedes hacer lo que te venga en gana! ¡Aprende a ocupar tu lugar o te va a ir muy mal, eso te lo juro por lo más sagrado!

—Creía que hacía lo mejor para ti.

—¡Entraste en el pasadizo cuando te lo había prohibido! ¡Me has ocultado algo vital para el ducado! ¡Te has comportado como una loca enterrando a mi primera esposa y no pienso consentirlo! ¡Ahora tendré que dar un montón de explicaciones para justificar esas joyas! ¡Seguro que los rumores ya corren entre el servicio y correrán como la pólvora por toda Inglaterra! ¡No te das cuenta de que pensarán que la he matado yo, estúpida? ¡Sólo tenías que haber dicho la verdad! Eres la Duquesa de Cowlshaw y si no sabes cómo debe ser tu comportamiento, te juro que yo te lo voy a enseñar.

Furiosa le miró. —¿Como lo hiciste con ella?

Él dio un paso hacia ella y Bethany levantó la barbilla con orgullo. Kayne entrecerró los ojos. —No me provoques, preciosa. No me provoques más.

Ella lo había hecho todo por él y que se comportara así había sido una decepción enorme porque en ningún momento había intentado comprenderla. Le miró incrédula porque lo único que le importaba en realidad era el escándalo para justificar las joyas. Un escándalo que ella había intentado evitar. Era tal la contradicción de su comportamiento que no salía de su asombro. Observándole salir de la habitación dando el portazo de rigor se quedó allí sentada sabiendo que se había equivocado por completo con él. Ni le tenía el más mínimo aprecio y en ese momento supo que jamás conseguiría su amor. Y lo que era peor ya no lo quería. Los Laurens no se dejaban pisotear por nadie.

Sentada en su habitación mirando por la ventana vio como su familia subía a los carruajes. Ni les había dejado despedirse de ella. Belinda miró hacia su ventana y ella con lágrimas en los ojos tocó el cristal. —¡Fuera de mi casa! —le escuchó gritar a su marido.

Su padre muy tenso cogió del brazo a su hermana y la obligó a subirse al carruaje. Portia subió en el carruaje de detrás llorando con el bebé en brazos. Era un insulto echarles así de su casa. No se podía creer que eso estuviera pasando. Cuando los carruajes se alejaron se echó a llorar tapando su rostro y al tocarse la mejilla hinchada se preguntó qué les habría dicho para conseguir que se fueran, porque Belinda no se daría por vencida fácilmente.

La puerta se abrió cortándole el aliento y vio que su marido entraba en la habitación. —Ya no son bienvenidos aquí —dijo fríamente. Se quedó en silencio mirando sus ojos negros. —Tu hermana me ha enseñado su tumba. He llamado al alguacil y le he explicado lo que a tu padre se le ha ocurrido. Que os asustasteis y que la enterrasteis creyendo que me acusarían de asesinato. Que querías protegerme. Afortunadamente Thomas sabe muy bien que jamás entraría en los túneles por

lo que me ocurrió de niño y el alguacil al ver el cadáver se dio cuenta de que se había roto el cuello. Ha cerrado el caso.

Siguió en silencio sin mostrar nada. —No se podrá evitar el escándalo, pero era algo inevitable. El funeral será mañana y no asistirás. Le he dicho al alguacil que estabas trastornada por lo que había pasado.

—Ahora estoy loca. —Sonrió con ironía. —Eres un cabrón de mierda. —La sorpresa de su rostro la hizo reír. —¿Yo soy la loca? ¿Tu madre mata a tu hermano y te maltrata haciendo de ti una persona sin sentimientos y la loca soy yo? ¿Tu maravillosa Dafne, esa que querías por Duquesa te pone la cornamenta cada vez que puede e intenta abandonarte por otro robándote la herencia y la loca soy yo? —Se levantó furiosa. —¿Sabes qué? ¡Tienes razón, no te conocía! ¡Porque jamás se me hubiera pasado por la imaginación que el hombre que quiero pudiera dañarme simplemente porque la mierda de su pasado le vuelve a salpicar cuando yo lo único que he hecho es intentar evitarlo! ¡Tienes toda la razón, debo estar loca para fijarme en un hombre tan despreciable como tú!

Él apretó los labios. —Pues ahora tendremos que soportarnos hasta que te mueras.

—O hasta que te mueras tú —dijo con odio—. Y te juro que en este momento deseo que sea pronto.

Kayne sonrió con ironía. —Al parecer el amor se te ha pasado pronto.

—Es lo que tienen los golpes, que te enseñan muchas cosas.

Su marido miró su mejilla y apretó los puños antes de sisear —Jamás había pegado a una mujer.

—No olvides a tu madre, cielo. —Kayne palideció. —No la olvides.

Su marido salió de la habitación y ella volvió la vista hacia la ventana. Era increíble lo que había cambiado en un año. Antes jamás se hubiera atrevido a hablarle así. Y todo gracias a su cuñado. Al pensar en él se echó a llorar porque estaba segura de que si estuviera allí su marido ya

estaría muerto.

El disparo la sobresaltó y se sentó en su cama con la respiración agitada. Suspiró del alivio. Había sido un sueño. La puerta de su habitación se abrió sobresaltándola de nuevo y vio a su hermana con el arma en la mano. —Vamos, date prisa.

Pálida corrió hacia la habitación de su marido y gritó al verle bañado en sangre. —¿Qué has hecho? —gritó desquiciada.

—Darle su merecido. La sangre de los Laurens con sangre se paga.

Mirando a su marido gritó por cómo luchaba por respirar y cuando tosió sangre gritó —
¡Thomas un médico!

—¡Bethany! —La cogieron por los hombros agitándola y sorprendida abrió los ojos empapada en sudor para encontrarse allí a Kayne gritándole —¡Bethany, despierta!

Con los ojos como platos no reaccionó y su marido se levantó empapando una toalla en agua. —¿Bethany? —Volvió a su lado y le pasó la toalla por la frente. —Vamos preciosa, sólo ha sido una pesadilla.

Mirándole como si no le conociera susurró —Te van a matar.

—Has tenido una pesadilla, eso es todo —dijo preocupado—. Voy a llamar al doctor.

Eso la hizo reaccionar y le cogió de la muñeca. —Mi hermana vendrá a por ti.

—¿Tu hermana? —preguntó divertido—. ¿Tu hermana me va a matar? —Asintió asustada.
—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Porque me has hecho daño.

Kayne apretó los labios sentándose a su lado. —Preciosa...

—¡No me llames así! —le gritó a la cara.

Él apretó los labios apartando la vista y dejando el paño sobre la mesilla. —Va camino a Londres. Has tenido una pesadilla por todo lo que ha ocurrido. Te ha afectado ver el cadáver de Dafne y...

—¿Pero qué dices? ¿Por qué iba a afectarme esa mujer? ¿Y muerta además? Fue una alegría saber la verdad.

—¿Una alegría? —preguntó incrédulo.

—Claro, imagínate que se hubiera presentado más adelante. ¡Eso sí que me hubiera afectado porque hubiera tenido que matarla!

—¿Quieres dejar de matar a la gente?

Parpadeó sorprendida. —Hace un año ni se me hubiera ocurrido. Pero he madurado mucho.

Él gruñó. —Voy a decir algo que nunca creí que iba a salir de mi boca. Voy a buscar algo de láudano.

La puerta del pasadizo se abrió y ella gimió al ver a su hermana con un arma en la mano. —Te lo dije.

—Bethany levántate, te vienes conmigo.

Su marido se levantó lentamente. —Marquesa, creo que... —Ella le apuntó a la cara.

—Cielo, déjame esto a mí, ¿de acuerdo? Belin baja el arma.

—Ni hablar. ¡Este cabrón te ha pegado! —Dio un paso hacia él. —Apártate de mi hermana o te pego un tiro entre los ojos.

Bethany le pegó un empujón a su marido en la cadera para que se apartara, pero este no se movió un ápice. —¡Kayne ayúdame un poco!

—¿No me querías muerto, preciosa?

—Sí, pero no así.

La miró asombrado. —¿De verdad?

Levantó la barbilla. —Me has pegado. Tienes que pagarlo.

—¿Perdón? ¡Enterraste a mi mujer muerta! ¡Y me lo ocultaste!

—¡Ya estaba muerta! —Se puso de pie sobre la cama. —¡Si la hubiera matado yo puede que entendiera tu enfado, pero ya estaba muerta!

—¡Estás loca! —le gritó a la cara.

—¡Sí, eso ya lo has dicho!

—Bethany, tenemos que irnos. ¿Ahora os poneis a discutir?

—Es que es muy poco oportuno. —Saltó de la cama y abrió el armario.

—Ni hablar. ¡No te vas a ningún sitio!

—Claro que sí. No viviré contigo.

—Si eres bueno y la dejas en paz no te mato. Sólo te pegaré un tiro en... —Le miró de arriba abajo desde su pecho desnudo bajando por sus piernas cubiertas por el pantalón hasta sus pies desnudos. —Un pie. Eso me vale como reparación.

—¡No! —protestó Bethany haciendo sonreír a Kayne—. ¡Se quedará cojo!

—¿Y a ti qué más te da? —Miró a Kayne a los ojos. —¿Hay trato?

—Está claro que estás chiflada. ¡Es mi mujer y no se va a ningún sitio! —Al ver que su mujer se ponía una capa se acercó a toda prisa, pero ella corrió tras su hermana que sonrió con malicia sin dejar de apuntarle. Parecía que le había dado la sorpresa de su vida. —¿Bethany?

Ella le miró sobre el hombro de su hermana mientras se ponía la bota y vio algo en su mirada. Como si estuviera asustado. Su corazón se retorció. —Lo siento, Kayne. Te he querido, te he querido de verdad y hubiera dado cualquier cosa por ti. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Pero me has hecho daño.

—Preciosa... —Dio un paso hacia ellas, pero Belinda amartilló la pistola.

—Elige, Bethany. No tenemos toda la noche.

—El hombro.

El disparo le sorprendió tanto que dio un paso hacia atrás atónito antes de mirarse el hombro. Bethany se echó a llorar. —No tenías que haberme pegado. Daniel nunca hubiera pegado a Belinda. Has demostrado que no eres el hombre con el que debo compartir mi vida. No quiero verte más. —Se volvió cogiendo la lámpara y desapareció en el pasadizo.

—¡Bethany!

Belinda le apuntó a la cara deteniéndole en seco. —Abre la boca sobre lo que ha ocurrido aquí y te encontrarás en la tumba al lado de esa esposa que querías tanto. Aléjate de mi hermana. No volverás a verla nunca, ¿me has entendido? Porque sino vas a conocer al Diablo, eso te lo juro por lo más sagrado.

Corrió tras su hermana y él impotente vio como desaparecían en el túnel. Intentó entrar, pero su respiración se agitó con fuerza y su vista empezó a nublarse provocando que se tuviera que sujetar al marco de la puerta. Dando un paso atrás la llamó a gritos llevándose la mano a la cabeza antes de pegar un puñetazo a la pared que le destrozó la mano. —¡Thomas! —gritó.

Capítulo 14

Daniel suspiró pasándose la mano por su cabello negro y apartó la vista de su cuñada que estaba en el jardín de su casa de Londres pasando un frío de mil demonios, pero no se daba ni cuenta. —¡Oh por Dios, que alguien vaya a buscarla!

—Ya ha ido Portia, pero la ha ignorado —dijo su esposa preocupada.

Delia pasó como alma en pena por el hall y Daniel gruñó. —¡No me puedo creer lo que ha pasado! ¡Me voy un mes y todos se han vuelto locos!

—Eso te pasa por irte sin mí.

—Sí, seguramente ha sido eso, porque estoy seguro de que has tenido mucho que ver en todo lo que ha pasado —dijo fulminándola con esos ojos verdes que la volvían loca.

Se sonrojó ligeramente. —Sí, igual las animé un poco. Pero es que estaban tan ilusionadas...

Delia volvió a pasar por el hall con una cara de tristeza que no podía con ella y él puso los ojos en blanco. —Cuando pille a Barry...

—¡Barry!

Fueron hacia la ventana y vieron que Bethany se acercaba al caballo que acababa de llegar. Al parecer su mejor amigo ya sabía que había llegado. Daniel se tensó. —Le voy a arrancar la piel a tiras.

—¿Y luego? —preguntó su hermana ilusionada desde la puerta.

Gruñó yendo hacia la salida, pero se detuvo en el hall mientras el mayordomo abría la puerta dándole paso a Barry que se quitó el sombrero con cara de haberse tragado un palo. —

Daniel...

El primer puñetazo le tiró escaleras abajo haciéndole caer ante su caballo y todas chillaron de la sorpresa. Bethany se acercó corriendo y Daniel bajó los escalones lentamente. — ¡Debería matarte, cabrón! ¿Con mi hermana? —Se agachó cogiéndole por el abrigo para incorporarle y le dio un puñetazo en el estómago que le dobló.

—Daniel que me lo matas —dijo su hermana llorando.

—Cielo, te están mirando. ¿Por qué no sigues pegándole dentro? —dijo Belinda como si nada. Delia la fulminó con la mirada—. Es por no estar en boca de todos. Esto es Londres no el Oeste.

Un gemido les hizo concentrarse en la paliza y Bethany hizo una mueca cuando vio como le arreaba un puñetazo que le tiraba casi sin sentido sobre un seto.

—Barry defiéndete —dijo Delia.

—Cielo, es tu hermano. ¿Cómo quieres que me defienda?

Bethany chasqueó la lengua. —Es tan injusto que ni tiene gracia. Cuñado, déjale que después tendrás remordimientos.

—¿Como los tienes tú por haber disparado a tu marido? —preguntó furioso.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y salió corriendo hacia la casa de su padre.

Belinda se tensó mirando a su marido como si quisiera matarle y Daniel carraspeó. —Está un poco sensible.

—¡Te aconsejo que lo arregles! ¡Todo! ¡Ya estoy harta de tanto lloro!

—¿Tú lo lías y yo tengo que arreglarlo?

—¡Claro que sí! ¡La culpa es tuya por dejarme aquí! ¡Me dijiste que me entretuviera!

Entró en la casa furiosa mientras Delia corría hasta el enrejado saliendo de su jardín hacia la calle detrás de Bethany. —¡Delia!

Su hermana se detuvo y se volvió mirándole con lágrimas en los ojos. —¡Me voy a casa! No hacéis más que estropearlo todo. ¡Nosotras os queremos y sólo nos hacéis sentir mal!

Atónito vio que se iba corriendo sin dejar de llorar. ¡Aquello era el colmo! Su amigo gimió y él gruñó mirando a Barry. Furioso dio un paso hacia él provocando que se encogiera. Exasperado siseó —Levántate.

—Sé que he hecho mal...

El Marqués totalmente decepcionado le observó durante varios segundos antes de entrar en la casa dando un portazo. Barry miró la puerta incorporándose y pasándose la mano por la barbilla antes de moverla de un lado a otro.

—Chiss... —Miró hacia arriba para ver a Belinda que le señaló la puerta. —Síguele. Ya casi está convencido —susurró.

—¿De veras? —preguntó asombrado.

—Confía en mí. —Le guiñó un ojo antes de cerrar la ventana.

Barry entrecerró los ojos mirando la puerta. —De todas maneras de algo hay que morir.

Se levantó como pudo y abrió la puerta. El mayordomo le chistó y señaló el despacho. Cojeó hasta allí para encontrárselo de espaldas a él sirviéndose un whisky. —No pude evitarlo. Llevo amándola tanto tiempo que cuando me di cuenta de que me correspondía... Sé que es imperdonable. Sé que no me la merezco. No tengo título ni fortuna, pero te aseguro que nadie la amará en la vida tanto como yo.

Daniel bebió de su whisky sin volverse y decepcionado agachó la mirada. —Venía a presentar mi renuncia. Quería decirte la razón yo mismo. Me pareció lo más honorable.

—¿Honorable? —Se volvió con ganas de matarle. —¡Confiaba en ti! ¡Dejé mi familia a tu cargo!

—Siento haberte decepcionado. Si quieres nos encontraremos en el campo del honor.

Levantó una de sus cejas negras. —Así que estás dispuesto a morir.

—Siento no haber estado a la altura. Tienes derecho a reparación.

—No, no has estado a la altura. —Se sentó tras su escritorio. —Jamás me hubiera imaginado que no lucharas por lo que querías. No debes quererla lo suficiente.

Se le cortó el aliento. —Sí que la quiero.

—¡Pues no lo has demostrado!

—Creía que mi título...

—¿Desde cuándo me importan a mí esas cosas? —Su decepción aumentó y Barry lo vio en sus ojos. —¡Eras como un hermano para mí, sólo tenías que haberlo hablado conmigo!

—¡No seas hipócrita! —gritó sorprendiéndole—. ¡Te has casado con la hija de un Conde!

—¡Porque la amo más que a mi vida!

Barry palideció y se arrepintió de sus palabras. Agachó la mirada sintiéndose derrotado. —Daniel, no tengo fortuna.

—Pues entonces tendrás que conseguirla.

Le miró sorprendido. —¿Qué quieres decir?

Daniel apretó los labios y se reclinó en su sillón. —Vas a demostrarme si la quieres tanto como dices.

Dio un paso hacia él. —¿Qué tengo que hacer?

—Cerca de Texas hay una mina de plata. Su valor es incalculable. La encontré por casualidad cuando estaba allí, pero nunca me apropié de ella solicitando la concesión de los terrenos porque yo tenía centrados mis negocios en Boston. Además la descubrí justo antes de regresar y me decidí a olvidarme de ella. Si todavía no han solicitado su concesión, allí tienes la fortuna que necesitas. —Le miró a los ojos. —Pero te advierto que te jugarás la vida cada minuto que estés allí y más si saben que tienes dinero.

—Dime dónde está.

Minutos después abrazó a su amigo en el hall. —Suerte, Barry. Te la deseo de veras.

—Gracias. Regresaré.

—Lo sé.

Barry salió de la casa y él le observó ir hasta su caballo evidentemente dolorido por los golpes.

—¿Qué has hecho, amor? —Se volvió viendo a su esposa tras él con lágrimas en los ojos.
—¿Por qué le has enviado a América?

—Su orgullo no les permitiría ser felices, cielo. Se sentiría menos que un hombre si les mantuviera yo para que Delia lleve la vida a la que está acostumbrada. Ese rencor sería como una ponzoña dentro de nuestra familia.

Belinda le abrazó por la cintura. —¿Crees que volverá?

—Le he dado un año. Si no regresa en un año...

—Dios mío, prepárate para la reacción de tu hermana.

—¿Te odio! —gritó saliendo del salón de los Condes llorando a lágrima viva.

Daniel suspiró mirando a su suegro que de pie a su lado ante la chimenea hizo una mueca.
—Eso mismo me dijo a mí. Se puede vivir con ello, no te preocupes.

Eugenia se apretó las manos y miró a Belinda sentada a su lado. —Mi pobre niña.

—Cuando regrese tendrá fortuna propia y ya no habrá razón para no casarse. Él estuvo de acuerdo —dijo Daniel sirviéndose un brandy.

—Sí, por supuesto. Él también tiene su orgullo. Tu hermana lo entenderá, no te preocupes, hijo.

El Conde carraspeó. —¿Te has enterado de la buena nueva, yerno?

Belinda gimió revolviéndose en el sofá y Daniel entrecerró los ojos. —¿No estará en estado? ¡Porque si no tengo que ir a buscarle al puerto y entonces sí que le mato!

—No, cariño. Es otra cosa.

Daniel suspiró. —Menos mal, porque por un momento pensé que era otra mala noticia y...

—¡Estoy en estado, hijo!

El Marqués perdió todo el color de la cara dejando caer la copa al suelo. —¿Perdón?

—Vamos a tener un bebé. ¿A que es una noticia maravillosa?

—¡Si tienes casi cincuenta años!

Su madre se puso como un tomate y su marido la miró horrorizado. —¡Me dijiste que tenías cuarenta y cinco!

—¡Tengo cuarenta y ocho!

Su hijo gruñó. —Madre, no podéis hablar en serio. ¡Tiene que ser peligroso!

—El médico dice que todo va bien —dijo angustiada.

—¡No la preocupes! —protestó su esposa.

—¡Es que no lo entiendo! —Se giró exasperado pasando las manos por su cabello.

—Pues no te has dado cuenta de otra cosa... —Se volvió mirando a su mujer fijamente. — Cielo, estás un poco espeso del viaje. Si tiene un varón...

Su marido dejó caer la mandíbula del asombro antes de fulminar a su suegro con la mirada. Carlton se sonrojó con fuerza. —¡Estupendo! ¡Esto es estupendo!

—Parece que no te alegras por nosotros.

Daniel miró a su mujer buscando ayuda y ella sonrió. —Claro que se alegra, pero todo lo que se ha encontrado de repente le ha sorprendido un poco, eso es todo.

Eugenia sonrió. —Perdona, hijo. Te estamos atosigando con tantas cosas, ¿verdad? Sí, tienes mala cara. Igual deberías descansar porque...

—¿Por qué?

—Mis informadores dicen que llegaba hoy.

—¿Quién?

—Cariño, el Duque. Igual sí que necesitas descanso —dijo su mujer preocupada.

—Ah, no. ¡Eso sí que no!

—Lo que yo digo, yerno. Belinda le pegó un tiro, pero al parecer quiere más —dijo el Conde molesto.

Asombrado miró a su mujer. —No estabas en casa y padre no podía subir tantas escaleras. Es muy largo de contar.

—¡Estás embarazada! ¡Y al parecer me cuentas lo que te interesa!

—Vamos a ver, ¿qué te ha contado? —preguntó Eugenia asombrada.

—¡Pues que Bethany se ha casado con un Duque del que se ha enamorado locamente y él la ha pegado! ¡Y que por eso él recibió un tiro en el hombro! ¡Pensé que se lo había pegado ella!

—Uy, hija... cómo resumes.

Belinda reprimió la risa.

—¡No tiene gracia! —gritó su marido—. ¡Ahora mismo me lo vais a contar todo con pelos y señales!

Una hora después Daniel tuvo que sentarse. —Estupendo. Ahora sí que voy a tener que matarle.

—¿De veras? —preguntó su mujer decepcionada.

—Sí, cielo —dijo con ironía—. Porque ese cabrón viene a buscarla. ¡Viene a reclamar a su mujer y legalmente tiene todo el derecho!

—O no. Igual viene a ver a su amante.

Daniel miró a su suegro. —¿Tú crees?

—Ha tardado un mes en venir. Mucha prisa no tenía por recuperar a su esposa.

—Por eso está así, ¿verdad?

Belinda asintió. —Supongo que esperaba que la siguiera.

Se quedaron en silencio y Daniel suspiró apoyando los codos en sus rodillas. —¿Cómo es ese hombre?

—Ha sufrido mucho. Creo que cuando se enteró de lo que le sucedió a su primera esposa estalló y lo pagó con ella por haber intentado ocultárselo. Reaccionó mal.

—¿Y si la hubiera matado? ¿También habría reaccionado mal? Si fue un impulso y no se controló podría haberla matado con un mal golpe. No tiene justificación. —Todos asintieron sabiendo que tenía razón. —Ese hombre no va a volver a acercarse a ella. No hay más que hablar.

Bethany que les estaba escuchando en el hall apretó los labios sabiendo que esa iba a ser su reacción y se volvió para subir las escaleras. Portia la observó con pena hasta que desapareció en el pasillo y tomó aire dándose valor antes de ir hacia el salón.

Belinda levantó la vista al verla. —¿Si, Portia?

—Siempre he tenido presentimientos... —La miraron sin comprender. —El Duque ha sufrido mucho.

—Eso ya lo sabemos, Portia —dijo el Conde—. Pero hay cosas imperdonables.

—Se ha intentado matar.

Todos se quedaron de piedra y Daniel se levantó lentamente. —Por Dios, ¿qué has dicho?

—Lo soñé. Se emborrachó cuando la niña se fue y se intentó pegar un tiro por los

remordimientos. El mayordomo le cogió del brazo para impedírselo.

—Dios mío —dijo Eugenia impresionada.

—¡Ese hombre no está bien de la cabeza! —exclamó Daniel.

Belinda se pasó la mano por la frente. —Esto es culpa mía.

—¿Cómo va a ser culpa tuya?

—Si no hubiera ido a buscarla, puede que lo hubieran arreglado. —Daniel la miró incrédulo. —¡Se aman!

—¡Un hombre que ama a una mujer no la golpea!

—Tú no has vivido lo que él pasó en su infancia y con su primera mujer. No sabes cómo reaccionarías ante algo así.

—Oh, sí. ¡Sé cómo reaccionaría porque si te encontrara con un hombre en el establo, él estaría muerto y tú también! ¡Lo sé muy bien!

Belinda sonrió. —Entonces eso demuestra que no es capaz de hacer daño de veras porque ella siguió viva para hacer de las suyas.

—Pues le hizo daño a la que menos culpa tenía, ¿no crees?

—Removimos su pasado y no medimos las consecuencias. No fue intencionado. Es más, intentábamos que lo que le ocurrió a su esposa no le afectara de nuevo, pero cometimos errores y le herimos. —Le miró con sus preciosos ojos azules. —Y si hieres a un león al que ya hirieron en el pasado, no puedes extrañarte de llevarte un zarpazo. Creo que empezaba a confiar en ella y a sentirse cómodo...

—Cuando esa mujer tuvo que aparecer de nuevo —dijo Eugenia molesta.

—Exacto. Lo he pensado muchísimo.

—Oh, por Dios. ¿Y si dejamos que vuelvan juntos y la vuelve a pegar? ¿Y si él mató a su mujer?

—No, ella le era infiel. Vi la señal en la piedra.

—¡Podía haberse hecho después! ¡O años antes! —Nadie pudo rebatir al Marqués.

—Ella le ama. —Todos miraron a Portia que se apretó las manos. —Es el amor de su vida. Está dolida y sé que se negaría a verle de nuevo, pero sé que nunca amará a nadie como le ama a él. Se entregó por completo y nunca volverá a ser la misma sin el Duque. —Se volvió dejando el silencio tras ella.

—Estupendo. —Daniel fue a servirse un whisky y se volvió con dos vasos en la mano dándole uno a su suegro que casi se lo bebió de golpe. —Muy bien, cielo... —Belinda le miró. —¿Qué propones?

—Creo que antes de proponer nada deberíamos averiguar las intenciones del Duque. No sabemos a lo que ha venido a Londres. Igual sólo quiere hablar con Barry por los terrenos de las afueras de Londres.

—Sí, no nos anticipemos —dijo su padre algo molesto porque no estaba muy conforme—. Ese hombre nunca me gustó. Os lo dije.

Eugenia le sonrió. —Pero es que no tiene que gustarte a ti, mi vida. Lo único importante es la felicidad de tu hija.

—Pues esperemos a ver qué hace —dijo Daniel—. Igual nos sorprende y viene rogando su perdón en lugar de exigir a su esposa.

Bethany vio como su padre rechinaba los dientes leyendo el periódico donde anunciaba que su marido había vuelto con su amante y que se les había visto juntos en una fiesta. También hablaban de ella a la que tildaban de loca por su comportamiento con su primera esposa al encontrar el cadáver. Incluso hablaban del duelo que le había atrapado en un matrimonio que no quería según una fuente fiable y se rumoreaba que el Duque iba a solicitar el divorcio para

casarse con la Baronesa. Se quedó mirando fijamente el desayuno porque hasta las ganas de llorar había perdido.

—¡Esto es inaudito! —gritó su padre—. ¡Mienten como bellacos!

—No han mentido, padre —susurró sin apetito—. No han mentido en nada.

—Pero lo exponen como si estuvieras loca, cuando tú sólo has luchado por su amor —dijo su hermana preocupadísima por el estado de Bethany que cada día estaba más desmejorada—. Cielo, ¿piensas dejar las cosas así?

—¿Qué puedo hacer? No le importaba antes y no le importo ahora —dijo en voz baja—. Y además, aunque se disculpara, que no lo va a hacer, no quiero ni verle. Mucho menos ahora. Es lógico que hablen así. Me lo he buscado con mis absurdas ideas de un matrimonio de cuento de hadas. —Se levantó lentamente. —No me encuentro muy bien. Voy a acostarme un rato.

En cuanto salió su padre golpeó la mesa con el puño. —Ese canalla...

—Padre, temple tu ánimo porque eso no nos beneficia en nada.

—¡Ni siquiera le ha interesado su estado!

Daniel apretó los labios y cogió la mano de su mujer. —¿Y si nos está provocando?

Todos le miraron sin comprender y sonrió. —Vamos, es un hombre que ha conocido a una mujer que le retó a duelo. Que ha sido capaz de enterrar a su primera esposa y no le tembló la voz al decir que le pegaran un tiro. —Río por lo bajo. —A esta Bethany no la conoce. La está provocando con su amante para que sea ella la que se acerque a él buscando venganza.

Todos le escucharon con los ojos como platos. —¿Tú crees? —preguntó su mujer sorprendida.

—Es tan rocambolesco que tiene sentido —dijo el Conde atónito.

—Quiere comprobar si aún le quiere. Si tiene una oportunidad porque sabe que la ha tratado mal y que no se lo merecía. La necesita, pero teme acercarse para no sufrir con su rechazo.

Pero si ella va a él...

De repente Bethany apareció en la puerta del desayuno con los ojos entrecerrados y todos vieron su cara de furia. Todos sonrieron de oreja a oreja. —¿Te encuentras mejor, cuñada?

—Padre...

—¿Si, hija?

—Necesito tu pistola.

—Ah, no. Mejor dejemos las armas fuera de esto que ya le has pegado dos tiros y no hay que tentar a la suerte.

Belinda soltó una risita levantándose y cogió su mano. —¿Por qué no desayunas algo?

—Tengo mucho que hacer —dijo con ganas de matar.

—Por eso necesitas energía. Debes tener fuerzas para despellejar a la Baronesa. Y según tengo entendido esta noche estará en el teatro.

Los ojos de Bethany brillaron. —¿De veras?

Su padre giró el periódico. —¿No es interesante que diga aquí que van asistir esta noche? Esa fuente debe conocerles muy, pero que muy bien.

Ella gruñó sentándose. —Sí, padre... Debe ser una fuente muy próxima.

Capítulo 15

Vestida con un precioso vestido azul pavo real con cuentas negras entró en el hall del teatro rodeada de su familia y se abanicó sin quitar la sonrisa de la boca. Había aceptado el reto y estaba dispuesta a todo. Empezaron a subir las escaleras mientras todos en silencio les observaban asombrados y Belinda a su lado del brazo de su marido susurró —Si la Reina entrara en este momento ni se darían cuenta porque no te quitan ojo.

Bethany se echó a reír y cuando la familia desapareció en el pasillo los espectadores corrieron a sus asientos para no perderse nada. Entró en el palco y movió sus faldas para pasar entre las sillas antes de levantar la vista y encontrarse con esos ojos negros que tanto había echado de menos. Se quedó sin aliento y separó los labios sin darse cuenta. Los ojos de Kayne brillaron de satisfacción y eso la hizo reaccionar levantando su rostro antes de sentarse muy tiesa.

Su hermana lo hizo a su lado y abrió el abanico para susurrar —Es muy hermosa. Es una pena que esa belleza no le vaya a durar mucho tiempo. —Su mirada pasó de su marido a la preciosa rubia que tenía a su lado que reía como una hiena de algo que habían dicho en el palco. Esta sonrió irónica y tuvo la poca vergüenza de inclinar la cabeza.

—Menudo descaró —dijo Eugenia indignada.

—Sácale los ojos a esa bruja. —Delia se acercó para susurrarle al oído —¿O quieres que vaya yo?

—No, hermana... Yo me encargo. —Levantó una de sus cejas mirando a su marido y este levantó una de las suyas.

—Ahí tienes tu provocación, cuñada —dijo Daniel divertido.

Un brillo le llamó la atención y se quedó sin aliento al ver la esmeralda de la abuela en su dedo. ¿Estaba loco? ¿Cómo se le ocurría hacer algo así? Fuera de sí abrió con tal fuerza el abanico que lo rompió en dos y su hermana chasqueó la lengua antes de susurrar —¿Quieres el mío?

—¡Quiero un arma!

—Ya estamos —dijo su padre poniendo los ojos en blanco.

Su mirada cayó sobre su marido que sin dejar de mirarla se acercó lentamente a su amante y le susurró algo al oído haciendo que riera. Todo el teatro volvió la cabeza hacia ella que sentía en ese momento que se la llevaban los demonios. En ese instante se apagaron las luces y hubo protestas, pero se inició la obra. Apretó lo que quedaba de su abanico viendo como ella miraba hacia el escenario y le susurraba algo a lo que él asintió sin dejar de observar cada una de sus reacciones. Se miraron a los ojos y fue tal el cúmulo de emociones que sintió en ese momento que los suyos se llenaron de lágrimas. Kayne se tensó enderezándose y avergonzada porque viera que le había hecho daño que estuviera con ella apartó la vista de golpe para mirar al escenario. Se limpió las lágrimas disimuladamente y le miró de reojo. Parecía derrotado. Como si se hubiera dado por vencido miraba al vacío. Sintió rabia porque la hiciera pasar por eso. Porque les hiciera pasar por eso y furiosa lanzó su abanico con tal fuerza que atravesó el teatro dándole en la cabeza a su amante. Levantó la vista asombrado para verla sonreír de oreja a oreja mientras su amante jadeaba de la sorpresa.

Todo el teatro giró la cabeza hacia el Duque que aún sorprendido ni reaccionó cuando la Baronesa le cogió por el cuello besándole en los labios. Fue como si se la llevaran todos los demonios porque se levantó de golpe haciendo jaderar a medio teatro y gritó —¡Vuelve a tocarle zorra y te quedarás sin labios, eso te lo juro!

Los actores se detuvieron en seco. —Debería controlarse porque todo el mundo pensará que está loca, Duquesa —dijo ella con burla.

—¿Loca yo? ¿Por qué no me esperas en el hall, puta aprovechada?

—¿Ves cómo está loca, querido? Menos mal que vas a divorciarte de ella.

El teatro murmuró y muerta de rabia siseó —¿Antes te mato a que te quedes con algo que es mío!

—¿Me ha amenazado? —preguntó asombrada.

—Ah, ¿que también eres tonta?

Varios se echaron a reír y la Baronesa miró a Kayne. —¿No piensas decirle nada?

—Desde que conozco a mi mujer, me he dado cuenta de que es la persona más sensata que conozco. Mucho más que yo.

Su corazón saltó en su pecho y la Baronesa jadeó por el desplante. —¿Cómo te atreves a defenderla?

—Será que la amo más de lo que nunca creí amar a nadie y sólo deseo que me perdone. — La miró a los ojos esperanzado. —¿Me perdonas, preciosa?

Levantó la barbilla orgullosa mientras todo su cuerpo gritaba de la alegría. Había dicho ante todo Londres que la amaba y sintió que no podía ser más feliz, pero aun así dijo —¿Ya hablaremos en casa!

Kayne sonrió. —Lo estoy deseando.

—¿Cómo que lo estás deseando? —preguntó su amante asombrada—. ¿Cómo que la amas? ¿Y yo?

—No lo sé. Pregúntaselo al Conde con el que te has estado acostando y que te ha regalado ese carruaje del que presumes tanto. —Se levantó mientras todos se echaban a reír por su cara de asombro. —Por cierto... —Cogió su mano y aunque ella se resistió chillando Kayne consiguió quitarle el anillo. —Esto es de mi mujer. La Duquesa de Cowlshaw. —Lo lanzó a través del teatro y Bethany alargó la mano cogiéndolo al aire. Retando a esa mujer con la mirada se lo puso

en el dedo.

Se miró la mano ilusionada. —¿Kayne?

—¿Si, preciosa?

—Aún no te he perdonado del todo.

Sonrió divertido. —Me lo imagino.

—Bien. —Se sentó de nuevo y se sonrojó cuando vio que todo el mundo la miraba esperando algo más. —¿Pueden continuar! —gritó a los actores.

—¿Seguro? —preguntó alguien con recochineo sonrojándola aún más.

—¡Sí, seguro!

Belinda rio por lo bajo mientras su padre ponía los ojos en blanco como si no se lo creyera, antes de fulminar a Daniel con la mirada como si fuera el culpable de todo. —Tranquilo suegro, tenemos que amoldarnos. Tus hijas son especiales.

—No sé qué les ha pasado. Con lo educadas y obedientes que eran —dijo con asombro.

Bethany suspiró. —Padre, prometo que cuando arregle esto me quedaré mucho más tranquila hasta dar a luz.

Los Laurens chillaron de la alegría antes de abrazar a Bethany que sonreía. El Duque recibió varias palmadas en la espalda mirándola como si fuera la mujer más hermosa de la tierra y se sonrojó de gusto.

—¡Felicidades por el futuro heredero, Duque! —gritó una actriz—. ¡Debería acompañar a su esposa!

El teatro se puso a aplaudir y Kayne salió de su palco. Incomprensiblemente se puso nerviosa y miró a su hermana que sonrió encantada. —¿Hago bien?

—Todo el mundo merece otra oportunidad. Sino le pegaré otro tiro.

Se echó a reír asintiendo y cuando Kayne entró en el palco ella se volvió sonrojándose de

gusto. Pero en lugar de ir hacia ella se detuvo muy serio ante su padre mirándole fijamente y el Conde apretó los puños. Preocupada dio un paso hacia ellos. —¿Padre?

—Que no vuelva a pasar, Duque.

—Se lo juro por mi vida.

—Y será lo que pierdas como vuelvas a hacerle daño.

Él asintió y miró a su esposa alargando la mano. —Creo que es mejor que nos vayamos, preciosa. Tenemos mil cosas que hablar. —Insegura miró su mano y él susurró —No voy a defraudarte de nuevo, Bethany. Por favor.

Que le rogara la emocionó y mirando sus ojos que le pedían una oportunidad cogió su mano. Kayne sonrió y entrelazó su brazo para salir de allí mientras todos les observaban.

Caminando por el pasillo sonrieron cuando el público salió de sus palcos para aplaudirles deseándoles lo mejor. Bajaban las escaleras cuando él susurró —¿Es cierto que vas a darme un hijo?

—Sí, algún día —respondió como si nada deteniéndole en seco.

—Pero has dicho... —Se echó a reír viendo su cara y él gruñó —¿Era una broma?

—No.

Sin entender nada siseó —Mejor hablamos en casa.

—Sí, cielo. Todavía no la conozco por dentro. ¿No te da vergüenza?

Se sonrojó ligeramente. —Preciosa...

—Vas a pagar haberme dejado.

—¡Me dejaste tú!

—¡Y con razón!

Salieron del teatro y él impaciente miró a su alrededor soltando su brazo. —Mejor no discutamos.

—¡Oh, sí... vamos a discutir y mucho! Te voy a hacer pagar que me hayas provocado con esa...

Alguien se tiró sobre ella y se quedó sin aliento del golpe cuando vio que la loca de la Baronesa la agarraba de los pelos. Chilló empujándola por el pecho, pero ella tiró con saña. — ¡Basta, Sherill! —Furioso cogió a su amante de la cintura tirando de ella, pero la muy bruta no soltaba su cabello.

Escucharon un grito y antes de darse cuenta Delia se tiraba sobre la mujer mientras Daniel agarraba a Kayne apartándole a la fuerza. —¡Déjalas a ellas!

—¿Estás loco?

Delia había tirado a Sherill al suelo antes de volverse para comprobar su estado. —¿Estás bien?

Bethany se levantó mirando a su rival como si quisiera matarla sin darse cuenta de la cara de loca que tenía. A su vez Sherill se levantó con los pelos revueltos y ambas se retaron con la mirada antes de gritar tirándose una sobre la otra.

—¡Dale, hermana! —gritó Delia antes de gemir cuando recibió un fuerte bofetón.

Se arañaron como gatas y en el forcejeo se rasgaron las mangas de los vestidos pegándose tortazos la una la otra. Los Laurens la animaban mientras Kayne gritaba sin poder soltarse — ¡Cielo, písala!

Como si le hubiera escuchado le dio un pisotón que la hizo gritar de dolor antes de arrearle un puñetazo. Sherill puso los ojos en blanco cayendo hacia atrás y uno de los lacayos la agarró antes de que se desplomara en el suelo.

Kayne se soltó yendo hacia su mujer. —¿Estás bien?

Sonrió radiante mostrando el arañazo en la mejilla. —¡He ganado!

Él puso los ojos en blanco. —¡Estás embarazada! —le gritó a la cara.

—Tenía que defenderme. ¿Acaso no quieres que me defienda? ¡Porque me voy a defender siempre! ¡Así que métetelo en la cabeza!

Gruñó cogiéndola de la mano y tirando de ella hacia el carruaje. La subió antes de que pudiera despedirse de su familia que sonreían satisfechos y en cuanto se sentó frente a ella gritó —¡A casa!

El lacayo cerró la puerta a toda prisa y casi de inmediato el carruaje empezó a andar. Ella sonrió encantada sin darse cuenta de su aspecto y sorprendiéndole se lanzó sobre su marido llenándole de besos toda la cara. Kayne la cogió por la nuca apartándola y sonriendo susurró — No sabes cómo te he echado de menos, preciosa.

Se emocionó al escucharle —Y yo a ti, mi amor.

—Lo siento, no sabes cómo lo siento. No entré en razón hasta que te fuiste. —La abrazó a él con fuerza. —Sentí que me faltaba la vida. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas necesitando sentirle. —Nunca he sentido más miedo que en el momento en que entraste en ese pasadizo. Creía que no volvería a verte.

—Estoy aquí.

Él preocupado la apartó para verle la cara. —No llores.

—Es de felicidad. —Sonrió mirando sus ojos negros. —Creía que no me entenderías nunca.

—Lo siento. Mi reacción...

—Shusss... —Besó suavemente sus labios. —Esto es lo único que importa. Ahora ya estamos juntos y te amo.

Le besó de nuevo y Kayne la sujetó por la nuca tomando el control haciendo que ella gimiera por lo bien que la hizo sentir. Él apartó su boca viéndola al borde del orgasmo y Bethany impaciente le besó de nuevo muerta de necesidad. Kayne apartó sus labios. —Preciosa, no podemos...

—Claro que sí.

—Hemos llegado a casa.

Asombrada miró por la ventanilla para ver la casa de su marido y dijo impaciente —¿Y a qué esperas?

Divertido vio como casi saltaba del carruaje sin que la ayudara el lacayo y en ese momento se abrió la puerta de la casa mostrando al mayordomo, que abrió los ojos como platos al ver a una mujer toda despeinada con el vestido roto y arañazos que entraba en la casa como si tuviera todo el derecho del mundo. —¿Excelencia?

—Travis, te presento a la Duquesa de Cowlshaw —dijo sonriendo.

Ella miró de nuevo para ver asombrado que la duquesa subía las escaleras llevándose las manos a la espalda. —¡Cariño! —exclamó exigente.

—Sí, preciosa. Ya voy.

—Me alegro de que se hayan reconciliado, Excelencia.

—Gracias, Travis.

Ambos la vieron entrar en la primera habitación que pilló y el mayordomo levantó una de sus cejas canosas. —Me ha echado de menos.

—Eso es estupendo, milord. Espero que sean bendecidos con muchos hijos.

Sorprendiéndole el Duque palmeó su espalda. —Ya llega el primero.

—Felicidades, Duque.

—¡Kayne! ¡Ya estoy en la cama!

Sin poder creérselo vio como su señor reprimía la risa antes de ir hacia las escaleras y cuando llegó arriba le escuchó decir —Preciosa, sabes que esta no es mi habitación, ¿verdad? Ni la tuya.

—¡Me da igual!

El Duque riendo cerró la puerta a su paso y el mayordomo con los ojos como platos miró a una de las doncellas que tenía la boca abierta. —¿Ese es nuestro Duque? —preguntó ella—. Se ha reído.

Travis sonrió. —Me parece que la nueva Duquesa va a traer mucha alegría a esta casa.

—Que Dios le oiga, Travis. Que Dios le oiga.

—¿Se puede saber que estás haciendo, mujer?

Bethany gimió bajando el pie del estribo de Calígula. —Por favor...

—¿Te has visto?

Se miró su abultado vientre e hizo una mueca. —¡La culpa es tuya! Así que no tengo por qué pagar las consecuencias. ¡Él lo está deseando!

—¡Y yo estoy deseando que des a luz para no tener que vigilar todo lo que haces!

Le miró maliciosa. —Lo harías igual. —La cogió de la muñeca sacándola del establo nuevo y fueron hacia el castillo. —Sólo quería subirme un poco. No iba a cabalgar ni nada.

—¡Ya, y yo me chupo el dedo!

Escucharon el llanto de uno de los bebés y ella dijo —Ese es el pequeño Carlton.

—¿Cómo lo sabes?

—Su chillido es más agudo que el de Letitia. La hija de mi hermana pega unos berridos que me pone los pelos de punta. Menudo carácter va a tener mi sobrina.

Sorprendido se detuvo. —¿Los reconoces por el sonido de sus llantos?

—Claro.

Él sonrió. —Vas a ser una madre estupenda.

—Yo en este momento con traerle al mundo. —Le miró maliciosa. —Luego te encargas tú.

Su marido se echó a reír. —Conociéndote siempre le tendrás en brazos.

—Es que huelen tan bien...

Él besó sus labios y en ese momento escucharon que llegaba un carruaje. Cuando le vieron cruzar el puente pasando la empalizada dijo —¿Será el doctor para asegurarse de que todo va bien?

Su marido frunció el ceño. —No. Cielo, entra en la casa.

Se tensó por su tono. —¿Qué ocurre?

—Una visita indeseada. Hazme caso, entra en el castillo.

Cogiendo el bajo de su vestido subió los escalones y él se quedó más tranquilo, lo que la preocupó aún más. Al entrar en la casa pasó ante el mayordomo corriendo. —¿Quién es?

—No lo sé, Duquesa.

—Oh, Thomas... —Corrió hasta la primera ventana que pilló que era la del salón y su familia levantó las cejas viéndola espiar descaradamente.

Daniel reprimió una sonrisa volviendo a su periódico. —¿Algo interesante?

—Kayne se ha puesto en guardia en cuanto ha visto ese carruaje. Quiero saber quién es porque ese o esa no entra en casa.

Las chicas se tiraron a las ventanas de al lado y vieron bajar a un hombre de la edad de su marido. Este alargó la mano con una afable sonrisa, pero su marido en las escaleras del castillo no se acercó para estrecharla. Se le cortó el aliento porque estaba viendo al Duque de hacía meses, frío y sin sentimientos y se preguntó quién era aquel desconocido. El hombre perdió la sonrisa dejando caer la mano y le dijo algo molesto.

—¿Quién será?

—No lo sé, pero es obvio que no es bien recibido —dijo su padre tras ella.

—¡Es el hermano de Dafne! —exclamó Eugenia—. Lo recuerdo de aquella fiesta. Se emborrachó de manera escandalosa.

—Es extraño que venga aquí —dijo su hermana—. Sobre todo después de que tu marido le arrebatara la herencia.

Daniel se levantó de inmediato corriendo fuera del salón y a Bethany se le heló la sangre. Como si el tiempo se detuviera giró la cabeza para ver como aquel hombre sacaba un arma disparando y gritó cuando su marido cayó al suelo.

—¡Daniel no! —gritó Belinda antes de salir corriendo y como en un sueño corrió tras ella para ver como su cuñado sujetaba la mano que llevaba el arma antes de pegarle un puñetazo que le sacó dos dientes. Furioso siguió pegándole y ella miró a su marido que gimió girándose de costado.

Al ver la sangre en su camisa se agachó pálida. —No es nada, preciosa.

—Déjame ver —dijo muerta de miedo.

Levantó su brazo y al apartar la chaqueta frunció el ceño porque no veía el agujero por ningún sitio. Rasgó la camisa, pero no había ningún agujero en el costado lo que fue un alivio. Buscando la bala le cogió el brazo tirando más de él hacia arriba cuando vio que le sangraba la manga y encontró la pequeña quemadura en la piel que estaba al aire. Le miró a los ojos. —¿Te quejas por esto? —le gritó a la cara.

—Preciosa, es una zona que duele mucho —dijo a punto de reírse.

—¡No tiene gracia! ¡Creía que te había matado!

Gimió sentándose. —Eso intentaba el muy cabrón, pero siempre ha tenido una puntería pésima. Por eso no ha tenido los arrestos para retarme a duelo.

El hermano de Dafne estaba sentado en el suelo apoyado en la rueda del carruaje y tenía la cara destrozada. —Hijo de mala madre —dijo antes de escupir sangre—. El día en que te fijaste en mi hermana nos maldijo la mala suerte.

—¿Mala suerte? —Furioso se levantó. —¡No, Michael... todo lo contrario! ¡Si no hubiera sido por mí os hubieran acuciado las deudas! ¡Yo he mantenido tu estilo de vida hasta la muerte de tu padre!

—Será desagradecido —dijo Eugenia escandalizada con su niño en brazos.

—Me lo has quitado todo. —Se echó a llorar como un niño y Bethany impresionada se llevó la mano al pecho. Él vio la esmeralda y chilló —¡Ese anillo es de mi hermana! ¡Lo robó para mí! ¿Dónde está? ¿Dafne?

—Dios mío, ha perdido el juicio —susurró Belinda.

—¿Lo robó para ti? —Bethany dio un paso hacia él, pero su marido la cogió del brazo y ella le miró a los ojos. —Déjame hablar con él.

—No te acerques —siseó.

Ella miró al hombre. —Así que lo robó para ti, Michael. —Se quitó el anillo y se lo mostró. —¿Estás seguro?

—¡Sí! ¡Dámelo, zorra! ¡Es mío!

—¿Y por qué iba a dártelo ella? ¿Quería ayudarte? ¿Por tus deudas?

Él se echó a reír de una manera que ponía los pelos de punta y sin darse cuenta se acercó a su marido. Michael la miró con odio. —¿Tú eres su nueva zorra?

El Duque muy tenso se acercó a él y le cogió por las solapas de la chaqueta elevándole. —Vuelve a insultar a mi esposa y te vas a quedar sin el resto de tus dientes.

—Maldito estúpido. Esa puta se burlará de ti como lo hizo mi hermana. —Les dejó helados cuando se echó a reír. —¿También lleva en su vientre al hijo de su hermano?

—Santa madre de Dios. ¿Pero qué disparates dice? —dijo Eugenia mientras Delia dejaba caer la mandíbula de la sorpresa.

—Sólo quiere hacerte daño —dijo Daniel—. Déjalo, el alguacil se encargará de él.

—¡No! ¡Quiero saber! —exigió desgarrado.

—¿Cielo?

—¡Llevala dentro!

Se apartó de su padre que intentó cogerla del brazo sin dejar de mirarles y Michael se echó a reír. —Rebelde como la bella Dafne. —Rio de nuevo. —¿Acaso creías que te quiso alguna vez? —Acercó su rostro al de su marido y dijo con desprecio —Yo la convencí. Ella no quería. Siempre le diste miedo. Antes de casarse creía que si te enterabas de su juego la matarías.

—¿Qué juego? —gritó en su rostro.

Impotente porque miraba sonriendo a su marido y este perdería la paciencia en cualquier momento preguntó —¿Quieres el anillo, Michael? —Él la miró y vio a Bethany con el brazo extendido mostrando la esmeralda. —¿Lo quieres?

—¡Sí!

—Pues cuéntanos de qué hablas. Queremos saber qué tramabas con tu hermana. Habla de una vez que me aburro y me llevaré mi esmeralda.

Él miró el anillo con avaricia. —Él es rico. Pero ella era una puta que se abría de piernas con cualquiera. ¡No lo podía evitar! ¡Hasta a mí me sedujo en mi cama cuando era casi una niña!

—¡Mientes! —gritó Kayne asqueado dejándole caer al suelo.

Él se echó a reír. —¿Porque era pura en vuestra noche de bodas?

—¡Sí!

—Un simple corte en el dedo con el anillo que yo mismo le había regalado justo después de hacerte el amor y sólo tenía que acariciar tu miembro en cuanto salieras de su interior... — Kayne dio un paso atrás asombrado y él se echó a reír. —Seguro que aún recuerdas esa caricia, ¿verdad?

—Me das asco —dijo Daniel haciéndole reír aún más fuerte mientras que ellas estaban

horrorizadas por su maldad.

—Asco. Eso es lo que temía que su marido sintiera por ella porque sabía que lo perdería todo. —Miró el castillo. — Supo que estaba preñada de mí y fingió que era tuyo. Cuando llegó aquí sólo quiso huir porque se sentía vigilada constantemente. Pero lo perdió y fue su oportunidad para regresar a Londres, a su vida oculta. Al principio era tan amable... parecía tan enamorado... pero la hizo regresar y se la encontró en el establo fornicando con un simple lacayo. ¿O fue con un Conde? No recuerdo bien. La sorprendió un par de veces, ¿no es cierto, Duque? ¡Y él no hizo nada! —exclamó antes de reírse—. Ella se mofaba contándome sus correrías. Fueron tantas que perdí la cuenta.

Asombrada miró a su marido que apretaba los puños impotente.

—Se dio cuenta de cómo él iba cambiando. ¡Sabía que estaba preñada de nuevo y no era suyo, porque la asqueaba tanto que no la tocaba hacía tiempo! ¡Y no podía quitárselo! La vieja a la que siempre acudía para abortar, la última vez le advirtió que no podía quedarse embarazada de nuevo porque no soportaría otro aborto. ¡Qué moriría de la hemorragia! Por eso me hizo venir para la cacería cuando yo no debía estar aquí. ¡Pensaba fingir un robo y darme las joyas!

—No podía abortar y cuando su embarazo fuera evidente su marido se enteraría de su traición —dijo Daniel con desprecio—. ¡Así que le robó para que no os quedarais sin nada cuando él la repudiara y tuviera que regresar a casa!

—Dijo que conocía el modo de entrar sin ser vista. Que había encontrado la forma. ¡Yo la esperé fuera de la cueva, pero no regresaba! Sólo tenía que darme las joyas y regresar a la cacería como si tal cosa. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y sollozó. —Pero no volvía y escuché que llegaban unos caballos. Me asusté y le indiqué con una flecha donde me escondía.

—¿Viniste al castillo? —preguntó asombrada.

Él señaló con la cabeza al otro lado del muro. —Como a diez millas hay un granero. Nos encontrábamos allí cuando venía al castillo.

—¡Por Dios, matad a este enfermo! —gritó el Conde furioso mientras Kayne se volvía llevando las manos a sus cabellos como si no soportara escucharlo.

—¡Cómo llegaste allí sin ser visto! —preguntó Belinda.

—No fue difícil. Lo he hecho muchas veces. Mi hermana dejaría las joyas en la cueva porque es muy lista y esperé. Sabía que mi preciosa Dafne se enfadaría conmigo por cambiar sus planes, pero en cuanto entendiera que podía haber sido descubierto me daría un beso demostrando que me perdonaba. Como hacía siempre —dijo con la mirada perdida—. Pero no volvió. Nunca volvió. —Bethany se puso el anillo en el dedo y él lo vio gritando —¡Es mío!

Kayne se volvió pegándole un puñetazo que le dejó inconsciente. —Encerrad a esta escoria hasta que llegue el alguacil.

—Sí, Excelencia —dijo Thomas antes de hacer un gesto a los lacayos armados que les rodeaban.

Preocupada por su marido que tenía el rostro congestionado de dolor se acercó a él, pero Kayne pasó a su lado entrando en la casa. —Déjale un momento, hija. Todo esto le ha sobrepasado.

Sin hacerle caso entró en la casa tras él y pasó bajo la escalera yendo hasta el despacho que había sido reformado de nuevo. Estaba ante la chimenea. Cerró la puerta lentamente y él sonrió con tristeza mirando las cenizas. —Te mentí, preciosa.

Con lágrimas en los ojos susurró —Siempre supe que la habías amado. Necesitado de amor te dejaste engañar.

—Yo no podía haberlo dicho mejor.

—Me lo confirmó tu reacción el día que la doncella encontró el maletín —dijo con suavidad—. Por mucho que lo negaras...

—En ese momento ya no la quería, te lo juro. —Se volvió para mirarla a los ojos. —Te lo juro por mi vida. Mató mi amor poco a poco y cuando desapareció no había nada. Pero ese

maldito día confirmé al fin que se había burlado de mí. Me enfureció todo el tiempo que perdí buscándola cuando estaba aquí mismo. Los años perdidos. Con ese maletín saltó algo dentro de mí que me volvió loco. —Apartó la mirada como si estuviera avergonzado. —Todavía no me lo puedo creer. Era una demente sin sentimientos. Peor aún que mi madre. Debes creer que soy estúpido.

—¿Cómo vas a ser estúpido si te elegí por marido? —Le abrazó por la cintura sabiendo que la necesitaba. Mataría a esa zorra si pudiera por hacerle daño de nuevo. Habían pasado años y se preguntó si algún día se librarían de ella y de su maldad. Ella iba a hacer todo lo necesario porque fuera así. Intentando demostrarle todo lo que le amaba se abrazó más a él. —Sólo amaste a la persona inadecuada, eso es todo. Pero ahora estoy yo aquí y...

Él sonrió acariciando su espalda. —Sí, estás aquí. A mi lado.

—Y siempre lo estaré, mi amor. Ese pasado ya no tiene nada que ver con nosotros. Ha quedado atrás para siempre y no quiero que pienses más en ello porque tenemos un futuro lleno de sorpresas.

—Eres lo mejor que he tenido en mi vida. Te amo más que a nada.

—Lo sé —dijo sabiendo que le haría reír como ocurrió. Besó su barbilla—. ¿Querido?

—¿Si, mi preciosa Duquesa?

—Ahora que hemos desterrado de nuestras vidas la tristeza, los engaños y todo lo demás y que vamos a ser felices para siempre...

Él sonrió. —¿Si? Continúa.

—¿Por qué no decidimos el nombre del niño?

—Eso ya está decidido, cielo. Se llamará Kayne.

—Ya, lo suponía.

Hizo que no le gustaba nada y la miró indignado. —¿Qué tiene de malo mi nombre?

—Nada.

La miró con desconfianza. —¿No te gusta? ¡Pues se va a llamar así!

Maliciosa sonrió apartándose y yendo hacia la puerta. —¿Bethany? ¡Hablo en serio! ¡Se llamará Kayne y no hay más que hablar! ¡Sé que eres muy cabezota cuando se te mete algo en la cabeza, pero en esto no voy a ceder!

La siguió fuera del despacho. —No he dicho nada.

—¡Sí que lo has dicho! ¡Tu mirada lo dice todo!

Llegó al salón y se sentó. Su hermana soltó una risita. —¿Ya se ha olvidado del tema? — preguntó por lo bajo.

—Por supuesto.

Su marido entró en el salón con el ceño fruncido. —¿Y si es niña?

—Se llamará Belinda.

Su hermana asombrada susurró —¿De verdad?

La miró a los ojos. —¿Qué mejor manera de agradecerte que me hayas cuidado desde que murió mamá?

Emocionada su hermana la abrazó. —Entonces será niña.

Su marido gruñó yendo hacia el mueble bar.

—Ah, no. No quiero que bebas.

Kayne se volvió sorprendido. —¿Y eso por qué?

—Porque te quiero despejado cuando Belinda llegue al mundo y los partos son largos. Puedes emborracharte.

Dejó caer el vaso al suelo de la impresión mirándola como si no entendiera una palabra. —¿Estás de parto?

Sonrió radiante. —Hoy va a ser un gran día para los Laurens.

—¡Un médico! —gritó su marido acercándose a su esposa—. ¿Te duele algo?

—No.

—¿Entonces cómo sabes que estás de parto? —preguntó exasperado mientras todos se reían. Les fulminó con la mirada—. ¡No tiene gracia!

Ella le acarició la mejilla llamando su atención. —Mi amor, si digo que nace hoy, es que nace hoy. Yo cuando me empeño en algo...

A las doce menos cinco su preciosa hija Belinda llegó al mundo. Su marido rio cuando la pusieron en brazos de su madre y su Duque besó a su esposa en la frente. —Es rubia como tu padre. Cielo, ¿no podías haberla hecho morena?

—Y bien hermosa que me ha salido. Duque no te quejes que me enfado.

Kayne se echó a reír y maravillado por lo que estaba sintiendo dijo —No me quejo. No podría ser más feliz.

Le miró a los ojos. —¿De veras?

Besó sus labios. —Cómo me alegro de que escucharais el nombre equivocado.

—Ahí empezó mi dicha —dijo con amor.

Portia se acercó. —Dale la niña a tu marido. Debemos arreglarte.

El Duque sonriendo la cogió con sumo cuidado y enternecida vio cómo la acunaba, como si fuera de porcelana. —Ve a enseñársela a la familia. Estarán impacientes.

Deseándolo Kayne fue hacia la puerta orgulloso y cuando salió escuchó los gritos de su familia felicitándole.

—Lo has hecho muy bien, niña —dijo Portia sonriendo con cariño.

—¿De veras?

—Y no lo digo sólo por la niña. Lo digo porque no te has rendido y has conseguido su amor.

Sus preciosos ojos brillaron de felicidad. —Es que era el apropiado, Portia.

Epílogo

Delia pintaba a toda la familia con los niños y la pequeña Belinda se echó a llorar. Bethany se levantó de inmediato. —Uy, lo siento, pero tiene que comer y...

—Ve, ve... Pero que los demás no se muevan —dijo como toda una sargento.

Belinda bufó ganándose una mirada de rencor de su hermanastra y Daniel reprimió la risa. —Esta necesita un marido.

—Te he oído —dijo Delia desde detrás del lienzo.

—Pues ya estoy aquí.

Dejó caer el pincel de la impresión y se volvió lentamente para ver a Barry en la puerta. Se le cortó el aliento porque estaba muy cambiado. Estaba más fuerte y su piel estaba mucho más morena, pero sus preciosos ojos castaños le dijeron que aún la amaban más que a nada. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras se acercaba con mucha más seguridad que antes y vestido con ropas de calidad. Sintiendo que su corazón se salía del pecho pensando que era una aparición ni se dio cuenta de que la cogía por la cintura pegándola a él. —Dime que me has esperado.

Una lágrima cayó por su mejilla. —Siempre.

La abrazó a él como si necesitara sentirla y susurró —Te amo, mi Delia. No sabes las veces que he repetido tu nombre para darme fuerzas.

Se aferró a sus hombros. —No me puedo creer que ya estés aquí.

—Dime que me amas.

Se apartó sorprendida. —¿Acaso lo dudas? ¡Sigo soltera por tu culpa!

La familia se echó a reír y Barry sonrió. —Pues ya no te haré esperar más.

—¡Eso espero! ¡Míralas! ¡Todas han tenido hijos!

Barry miró a la familia y sonrió. —Felicidades por... —Contó a todos los niños. —Los tres nuevos retoños.

Daniel se echó a reír acercándose y le dio un fuerte abrazo. —Te veo bien, amigo. Se apartó para mirarle. —¿Ha sido duro?

Miró a Delia demostrando todo su amor. —No. Volvería a hacerlo mil veces más.

—Tenemos que preparar una boda —dijo Belinda emocionada.

Barry carraspeó. —Lo siento Marquesa, pero como ha dicho mi mujer ya hemos esperado mucho.

Daniel asintió. —Lo entiendo.

Delia emocionada le abrazó por la cintura pegándose a él. Barry miró a Kayne. —Siento haber irrumpido así en su casa, pero no podía esperar a que llegaran a Londres.

—No pasa nada. Eres de la familia y tus motivos son más que comprensibles.

Portia se llevó a su bebé para que la nodriza le diera de comer y el Duque pasó un brazo por su cintura viendo como los enamorados se miraban a los ojos mientras susurraban. —¿Yo te miro así? —preguntó ella emocionada por el amor que se tenían.

—Sí, preciosa. Aunque tu mirada se oscurece de una manera muy peculiar.

—Eso es porque te amo intensamente, esposo. Tan intensamente que alteras mi alma.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo

- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora

- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.

- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes

- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.

